

La huelga que vivimos

Francisco Pérez Arce Ibarra

© **Francisco Pérez Arce**
Octubre 2016

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Ezra Alcázar.
Diagramación y diseño de portada: Daniela Campero.

“somos la plebe de Espartaco,
la plebe con que Munzer proclama la igualdad,
la plebe con que Hidalgo incendia Granaditas,
la plebe con que Juárez sostiene la Reforma.”

Ricardo Flores Magón

“No es necesidad de novedad lo que atormenta a los
espíritus, sino una necesidad de verdad.”

Víctor Hugo

La huelga que vivimos en 1975 se hizo emblemática. Fue contada en las guardias de otras huelgas, en auditorios sindicales y salones universitarios. “La experiencia de Motores Xalostoc” era referida con entusiasmo y rabia, a veces también con nostalgia. A quienes la vivimos nos marcó para siempre. Nos hubiera gustado que sucediera de otro modo.

A TRES VOCES

Esta es la historia de una huelga obrera, un crimen y una huelga de hambre sucedidos en 1975.

Diecisiete años después, en 1992, tres protagonistas relatan lo vivido:

Montserrat Cavani, 22 años, estudiante de antropología, decidió acercarse a la clase obrera y convertirse en militante sindical. Es muy bella. De pelo caoba y ojos cafés; de cara más bien redonda, tiene la piel clara y una sonrisa gloriosa adornada con agujeritos en los cachetes. Es alta y de cuerpo atractivo. No puede pasar desapercibida en ningún lugar, menos aún en una zona fabril.

En aquellos años no había mucha distancia entre los pasillos de las escuelas universitarias y las fábricas. Allí se hablaba de proletariado, socialismo, revolución. Acá se sentía la necesidad de sindicatos independientes. Los estudiantes suelen ser adictos a las causas justas y en algún momento sienten que tienen que “hacer algo”. Cada cierto tiempo las ideas y la juventud se mezclan en un coctel explosivo y entonces se producen revoluciones visibles e invisibles.

Virgilio Lima, 38 años, policía judicial. Tiene los rasgos típicos del mercenario. Representa a una raza maldita, consciente de su fuerza y adicta a la impunidad.

En sus años de policía se ha habituado a “comer sapos”. Cada día se aleja más de la imagen del policía de novela negra, salvo por su cinismo, y se acerca a la del cri-

La huelga que vivimos
minal con licencia. Sin embargo le queda un resto de conciencia justiciera que, en circunstancias atípicas, lo hizo actuar de modo atípico. Es el enemigo de la huelga, la vigila y la acosa. Su función es intimidar, hacer sentir la fuerza de los poderosos a quienes sirve. Pero un episodio toca una nota inesperada.

Diecisiete años después encontré a mi antiguo enemigo y entendí que quizá siempre fue distinto de lo que yo creía. Aceptó contar su parte de la historia.

Martín Médanos soy yo. En 1975 tenía 25 años. Había leído muchos libros. Acompañar la lucha obrera era mi forma... nuestra forma... de hacer la revolución. Pensaba... pensábamos... que el socialismo era una necesidad, que el mundo se encontraba en el tiempo justo, que era inevitable pero lo inevitable necesitaba brazos. Había... habíamos... recorrido un tiempo de protestas estudiantiles festivas y trágicas, y había llegado la hora del proletariado.

Motores Xalostoc fue la trinchera que nos tocó. Llegamos Montse y yo un día a platicar con Ricardo Moisés, el líder natural de unos obreros que se habían cansado y querían cambiar su vida un poco. Y nos quedamos ahí y vivimos la historia que aquí se cuenta.

El movimiento de Motores Xalostoc es una manche redonda: una gota de tinta en una hoja blanca. Otras gotas caen en la misma hoja, separadas entre sí, como lunares. Cuando alejamos la vista no vemos manchas aisladas sino un paisaje sorprendente.

Martín Médanos.
Ciudad de México, octubre de 1993

I. El círculo (Vida)

MONTSE

Aritmética

La fábrica era grande, tenía mil obreros, conocíamos a uno, Ricardo Moisés, quien había acudido al despacho de los jóvenes abogados a pedir consejo. Ahí lo conocimos, nos inspiró confianza y nosotros a él. Desde el mismísimo primer día se estableció una corriente de simpatía mutua o algo así.

El cambio de turno era a las tres de la tarde. La calle desierta, un largo muro estéril gris y un olor para mí extraño, de zona industrial, me recibieron en ese mundo nuevo. Me daba seguridad que Martín estuviera conmigo, Martín Médanos, mi novio. Me agarraba de su brazo como niña miedosa. Yo me había vestido ad hoc para pasar desapercibida: un pantalón corriente que me quedaba grande y una blusa holgada, blanca, de algodón, con bordados verdes sencillos en el pecho. El morral chiapaneco era lo único que me delataba como estudiante de antropología. Ni una gota de maquillaje, y una trenza mal hecha, nunca aprendí a hacerla: se me aflojaba luego luego.

No es necesario disfrazarse, dijo Martín.

No lo hice, contesté molesta.

Él no hacía el menor intento por parecer obrero, parecía exactamente lo que era: un recién egresado de la Facultad de Ciencias Políticas convertido en activista sindical. Llevaba el pelo largo. Usaba un eterno saco de pana color tabaco sobre una sudadera, y botas cortas tipo minero.

La huelga que vivimos

Después dejé de disfrazarme, iba de huipil ojeans, y los obreros y las obreras me aceptaban sin ningún problema.

A las tres de la tarde sonó el silbato y dos policías abrieron el portón negro de lámina. Afuera se habían juntado aboneros, vendedores de comida(tacos de canasta, frutas, chicharrones), y muchos trabajadores del segundo turno. Empezaron a salir: primero unos cuantos, como gotera, y luego en bola. La banqueta desierta se llenó de pasos y voces y bicicletas y silbidos y albures... y mentadas de madre aparentemente no agresivas o hasta amistosas. Me cuesta trabajo descifrar los albures, pero los reconozco por el tono malicioso de los diálogos, las frases cortas y absurdas, y las risas. De pronto en la banqueta había un griterío como de patios de escuela pero de voces graves y rostros también graves, cansados, viejos algunos y torvos, redondos y flacos, pieles oscuras, sonrisas, palmadas obscenas. Entre los que salen vienen algunas mujeres... pocas... es un mundo masculino.

Ricardo Moisés, nuestro único contacto, se distinguía por su estatura: uno ochenta en un universo que promediaba uno sesenta. Su gesto serio, casi solemne, se acentuaba por los lentes rectangulares de montura negra. Caminaba a pasos largos y pausados. Sus compañeros se despedían de él con respeto, como de un maestro o de alguien con autoridad.

Caminamos los tres hasta la esquina y nos sentamos a platicar frente al tedajón La Liga. Hablamos largamente. En realidad hablaron ellos, Martín y Moisés, yo no dije una palabra. Me moría por prender un cigarro, pero no sabía cómo sería visto que una güerita fuera de lugar además se pusiera a fumar campechanamente. Por fortuna Martín

sacó una cajetilla y le ofreció uno a Moisés que aceptó. Yo lo rechacé, porque fuma cigarros fuertes, y saqué uno de los míos. Estaba toda cohibida y fumaba y presenciaba su plática sin decir palabra.

El siguiente martes nos volvimos a encontrar en la tiendita. El nombre de la tiendita, La Liga, le venía de un pizarrón que colgaba en la pared donde se informaba de los partidos de la liga de futbol del barrio, de los próximos encuentros y de los marcadores de los partidos anteriores. Participaban tres equipos de la fábrica, Atlético Motores, Motores Oro y Motores Rojo, que se enfrentaban a equipos llamados: Muebles, Envases, Casa Torres, La Presa, Tiburo-nes, Huracán, Callejeros, Olimpia, Santos, Inter y Tigres. Me enteré después que casi siempre quedaba campeón Motores Oro, pero en el último torneo sorprendió Callejeros que en la final apaleó al Inter en un partido que acabó en tal bronca que meses después todavía se recordaba.

Moisés hablaba de un modo muy formal. Insistió en invitarnos un refresco y nos sentamos en los bancos que ponían en la banqueta, que no eran bancos sino huacales de tiras de madera, de los que se usan para empacar frutas. Dio un trago largo a su Manzanita, se quedó en silencio un momento, como descansando, y luego dijo:

“Ya elaboré un plan”.

Sacó una libreta de taquigrafía y empezó a hablar con voz monótona, ideas claras y ninguna experiencia. Su “plan” era una cosa muy simple, empezaba con una lista de 20 nombres de obreros, casi todos de su propio departamento, el taller mecánico, con quienes hablaría en los siguientes 20 días, uno por uno, explicándoles la situación y la necesi-

La huelga que vivimos
dad de organizar un nuevo sindicato porque el que tenían era bien charro y no servía para nada, o mejor dicho, servía exactamente para lo contrario de lo que debía servir. A cada uno le leería los artículos de la Ley Federal del Trabajo en los que se apoyaba. Con cierto orgullo, delatado en una media sonrisa, sacó del maletín un ejemplar de la ley, una edición de pastas rojas, muy leído y con muchos subrayados a lápiz. Nos señaló cuidadosamente los artículos aplicables. Martín hizo algún comentario que Moisés agradeció con un gesto. Terminada esa primera fase, cada uno de los veinte ya convencidos hablaría con otros dos en el plazo de una semana, y así la red se extendería de volada. En un mes podría reunir por lo menos a cincuenta compañeros en una asamblea. Subrayó dos veces “por lo menos”, acomodándose los lentes contra la frente. Era asombrosa la seguridad con la que hablaba. Quizá esa seguridad provenía de una mente formada en la Mecánica, donde la causa efecto es infalible.

Martín puso algunas objeciones al plan, insistía con demasiada frecuencia que había que ir despacio; él, Moisés, y sus primeros convencidos debían actuar con mucha cautela para evitar que la empresa y los charros se enteraran antes de tiempo y emplearan toda su fuerza para abortar el movimiento. Martín tenía absoluta confianza en su primer lista. “Absoluta confianza”, repitió varias veces con su voz monótona empujándose los lentes: “absoluta confianza” en los veinte, los conocía de mucho tiempo, eran gente honrada, algunos podían no estar interesados en lo que les iba a proponer, pero ninguno se convertiría en soplón, eso podía jurarlo.

Nos despedimos de manera afectuosa, aquella corriente de simpatía entre nosotros era ahora más notoria.

Pero la actitud que teníamos era grave, sobria... como de conspiradores rusos de principios de siglo, como los imaginábamos con la lectura de *La Madre*, de Gorki, pero sin el frío ni los guantes ni los abrigos negros.

Ya se había alejado unos metros cuando volvió sobre sus pasos para preguntarnos si podíamos conseguir algunos ejemplares de la ley, "si no es demasiado pedir", dijo, "como esta de pastas rojas, que es muy buena, trae explicaciones muy claras". Dijimos que sí. ¡Por supuesto que las conseguiríamos! Era la edición más usada entonces, de Editorial Porrúa, comentada por el maestro Trueba Urbina.

El plan de Moisés contenía más aritmética que otra cosa... y buenos deseos y cuentas alegres. Daba por descontado que sus compañeros aceptarían sus palabras y entrarían al movimiento; no podía ser de otra forma porque las condiciones de trabajo eran malas, y empeoraba cada semana; ganar el mismo salario costaba mayor esfuerzo, los supervisores apretaban las tuercas, pedían más producción, más producción, más producción... recortaban el tiempo para ir al baño, se quedaban parados junto a los más lentos en actitud amenazante... No era algo casual, no era que a todos los supervisores de repente les hubiera dado un ataque de mala onda, más bien parecía una política de empresa, diseñada en la gerencia de producción o más arriba. Todos se daban cuenta de lo que sucedía. Estaba claro como el agua.

"¿Pero el miedo?", pregunté.

"No tienen miedo, Montse." Fue la respuesta cortante de Moisés. Tenía una fe ciega en su plan. Porque lo que sucedía "estaba claro como el agua", y todos tenían que verlo.

Sí, la fe siempre es ciega en asuntos religiosos ¿no? Pero Moisés tenía fe ciega en su plan simplemente porque no

La huelga que vivimos
concebía que sus compañeros pudieran estar en desacuerdo: ¿cómo iban a estarlo si lo que decía era obvio? Y lo que es obvio no puede negarse. Lo aceptarían. Sonaba ingenuo y optimista. Y al mismo tiempo tenía una seguridad de piedra. Causa-efecto, este engrane mueve a este otro, y la consecuencia es necesaria. Mecánica pura. El plan no podía fallar.

El rostro indio de Moisés no expresaba mucho. O no sé, quizá la aparente inexpresividad contagiaba algo. Tenía cara de ídolo. Pero detrás de tanta seriedad se adivinaba calidez. Además tenía una paciencia interminable. Sabía escuchar. Recibía las dudas sin inmutarse, ninguna pregunta le parecía tonta y contestaba con el mismo tono, la misma voz, incansable, monótona. La palabra es “confianza”. Inspiraba confianza. No era un agitador, al contrario, si se puede decir, era un “serenador”. Las agitadoras eran las ideas claras que repetía con su infinita paciencia.

Usamos el fondo de La Cooperativa, nuestra organización, la de Martín y mía, formado con las cuotas que pagábamos semanalmente, para comprar 50 “leyes de pastas rojas”. Las iríamos llevando de diez en diez. Nos fascinaba la idea de que en el futuro, en el maletín de cada obrero hubiera un libro; ahora una Ley Federal del Trabajo, pero después serían otros, de marxismo, de historia, novelas... Los libros que nosotros habíamos leído y eran los que nos tenían ahí.

El tercer día, la tercera semana, Moisés había comenzado su plan y estaba contento, sonreía satisfecho. Pocas veces le vi esa sonrisa. Generalmente no sonreía, y cuando lo hacía era con una media sonrisa que algo tenía de sarcástica. Pero esta vez era alegre. La respuesta de sus amigos había sido favorable como lo previó.

“Reaccionaron como si estuvieran esperando que alguien les propusiera hacer algo”, dijo. La frase decía mucho de la situación. Se había llenado el vaso. Estaban cansados del trato prepotente de los supervisores (nosotros empezamos a llamarlos “capataces”, y los obreros adoptaron rápidamente el cambio: quitaba el aura profesional de la palabra “supervisor”, y ponía el contenido verdadero de su trabajo, con toda su carga villana). Estaban hartos de las horas extras que les endilgaban mediante chantajes, y que luego ni siquiera les pagaban completas. Cansados del asedio de los jefes que les exigían más producción en menos tiempo. Estaban temerosos por la falta de medidas de seguridad industrial. Estaban enojados con el ridículo aumento salarial del año anterior: no alcanzaba ni para cubrir las nuevas tarifas de los camiones. La lista de quejas se acompañaba de anécdotas, repetían las frases de los capataces, relataban la vigilancia de sus idas al baño, sacaban de la bolsa los recibos de la raya para enseñar los descuentos indebidos y las horas extras mal pagadas.

La reunión de la siguiente semana ya no fue en La Liga, sino en casa de Cipriano Duarte, en la colonia Olimpia, vecina de la zona industrial. Llegaron siete obreros. Cipriano había mandado por refrescos para la ocasión. Me tocó una Lulú roja, que detesto, pero me aguanté; Martín agarró la Coca y Moisés no dejó escapar la Manzanita.

Moisés habló largamente, siempre en su estilo pausado. Era reiterativo y monótono pero quizá gracias a su voz de tenor y a la expresión severa de su rostro mantenía la atención de todos. Su discurso era lógico y conducía paso a paso a conclusiones simples. Y cuando parecía que había

La huelga que vivimos terminado, volvía a recorrer todo el camino. Era tenaz barredor de dudas, no dejaba una viva. Los compañeros habían comprendido y movían la cabeza afirmando. Todos estaban contentos de estar ahí, en casa de Cipriano, hablando de organizar un sindicato. Era algo nuevo. Lo tomaban en serio.

Después habló Martín, con cautela como siempre. Para mí, con excesiva cautela.

Yo seguía sin decir palabra. Quería pasar desapercibida, lo que resultaba ilusorio por ser la única mujer, y además güerita. Los compañeros me trataban con cortesía y con mucha ceremonia, pero también, creía yo, con desconfianza o algo así. Sentía que mi presencia les impedía estar a sus anchas, creo que los obligaba a ser más solemnes o algo así... más formales. O no sé. Seguramente se iban acostumbrando a verme ahí.

De esa cuarta reunión salí eufórica. Fue un momento padre. Habíamos formado un auténtico círculo obrero y Ricardo Moisés se nos revelaba como un líder con madera de líder, perdonando la redundancia.

La Cope

La Cooperativa estaba formada por estudiantes o exestudiantes marxistas o anarquistas o cristianos o simplemente rebeldes. La formamos para hacer cine y exhibir nuestras propias películas... películitas... filmadas en súper ocho, un formato casero que dejó de usarse con la llegada del video. Al principio hicimos películas de ficción, pero luego pasamos al documental. Nos proponíamos dejar testimonio del movimiento obrero que en 1971 vivía su primavera. De pronto vimos que proliferaban las huelgas. Por todas partes

te encontrabas con una puerta cerrada, una bandera rojinegra, una tienda de campaña improvisada en la banqueta, y un grupo de personas haciendo guardia.

Ese año presenciamos la primera gran manifestación obrera. Eran los electricistas. Habíamos estado en marchas estudiantiles gigantes en el 68, pero esta era diferente. Tenía otro tono. A lo mejor menos festiva. Más solemne, pero con una fuerza que para nosotros era nueva.

De repente cualquier noche, caíamos con nuestro mini proyector en una huelga. A veces se trataba de huelgas desahuciadas, de esas que se alargan y nadie les hace caso, más que los poquitos obreros que resisten en guardias tristes. Pero las más eran huelgas recién estalladas, muy animosas.

Venimos a apoyarlos, somos estudiantes, quisiéramos pasarles una película. Claro que sí, por favor pasen a lo barrido, tomen un refresco, un cafecito de olla, una limonada... Y un taco si llegábamos a la hora de la comida, o un pan dulce si a la hora de la cena, o huevos al albañil, si en el desayuno... Hacíamos la exhibición generalmente al oscurecer sobre una sábana, o sobre la pared pelona. Nos recibían con simpatía... No sólo por curiosidad sino porque el movimiento estudiantil del 68 estaba reciente y en la mente de estos nuevos luchadores sobrevivía como algo admirable... Nos despedían con mucho agradecimiento y mucho saludo de mano y a ver cuándo vuelven... y entonces teníamos que buscar otras películas, ya no de súper ocho sino de dieciséis milímetros, más profesional; quién sabe de dónde sacamos un proyector de dieciséis y hacíamos una proyección más larga, y los huelguistas felices, y se corría la voz y de volada se juntaba gente del barrio, y montones de niños se arrima-

La huelga que vivimos ban y se quedaban muy atentos, de repente aparecían niños de todos tamaños, algunos apenas caminaban, quién sabe si entendieran algo, pero absortos, con la boca abierta, veían los monos moviéndose en la pared, y luego oían los comentarios nuestros y de los huelguistas.

Las proyecciones eran un éxito. Nuestros caballitos de batalla eran “La sal de la tierra”, la película protagonizada por Rosaura Revueltas que cuenta una huelga minera en el Sur de Estados Unidos, y “La hora de los hornos”, un largo documental argentino que denunciaba la explotación de los pueblos latinoamericanos, y hablaba del neocolonialismo.

De nuestra producción en súper ocho exhibíamos varias. Recuerdo una titulada “Panaderos”, que narraba la formación de un sindicato en una panificadora; duraba media hora y tenía la virtud de haber sido filmada con la participación de los propios panaderos; ellos habían escrito el guión y actuaban en la película; la historia era emotiva y aunque no daba cuenta de “grandes triunfos de la clase obrera”, recordaba una pequeña historia que dejaba un buen sabor de boca con la idea de que más importante que la meta era el camino, la vieja historia de Itaca. Terminaba con el diálogo entre dos de los protagonistas:

“—Y eso es todo lo que pasó — dice uno.

—Sí —contesta el otro— es hermoso haberlo vivido y saber lo que hoy sabemos.”

Recuerdo también los “Comunicados Electricistas”, que informaban del curso de ese movimiento que había empezado en 1971; filmábamos asambleas, manifestaciones discursos, grupos coreando consignas por la democracia sindical y contra el charrismo. Empezaban con un tema mu-

sical, una voz femenina cantaba acompañada de una guitarra: “Hay una luz en provincia/ que ilumina la nación/ y es que los electricistas/ buscan su liberación...”, inspirada en una vieja canción de los mineros asturianos.

Las proyecciones nos abrían las puertas. Éramos incansables. Puede sonar presuntuoso que lo diga, pero éramos incansables. Nos dividíamos en pequeños grupos y, cargando proyector y rollos, visitábamos cuanta huelga encontrábamos, casi todas en la ciudad de México, pero también algunas en Morelos, Guanajuato, Hidalgo. Pocas veces fuimos a lugares lejanos: Mérida, Chihuahua, Torreón...

Nuestro menú de servicios se amplió cuando cuatro compañeros, una mujer y tres hombres, formaron un conjunto musical, La Conga Obrera, que tocaba ritmos tropicales y hacía bailar hasta al más solemne de los huelguistas.

Así nos fuimos involucrando en las huelgas y ganándonos la simpatía de los obreros. Éramos “los muchachos” o “los estudiantes”, o para los que ya nos conocían, “los de la Cope”. Nos convertimos en amigos de los movimientos, y en compañeros o asesores... y en algunos casos hasta en dirigentes. Fuimos parte de La Insurgencia Obrera.

Nos acercamos al despacho del Licenciado Armando Castillejos y de su esposa Adelita Salazar, que ya eran conocidos por su participación en luchas sociales, incluso habían sido presos políticos, y se dedicaban en cuerpo y alma a defender obreros.

También entramos en contacto con el Frente Auténtico del Trabajo, FAT. Visitábamos con frecuencia su oficina en la Unidad Tlatelolco. Afiliaban a varios sindicatos, casi siempre pequeños. La oficina siempre estaba llena de grupos en busca de apoyo o asesoría.

La huelga que vivimos

En nuestras primeras andanzas conocimos a Ana, Pablo y Arturo, a quienes bautizamos como “los jóvenes abogados”. Nos pusieron a leer la Ley Federal del Trabajo, esa de pastas rojas que luego nos pidió Ricardo Moisés; llegamos a conocerla bien, sobre todo los artículos requeridos para el registro de sindicatos, despidos injustificados, revisión de contratos colectivos... y así. Nos fuimos familiarizando con el texto de la ley, y también aprendimos algo de lo procesal.

Producíamos un periódico mensual que originalmente se llamó *La Causa del Pueblo*, después lo llamamos *Trabajadores en Lucha*. Hacíamos crónicas de los movimientos, lo ilustrábamos con fotografías o caricaturas, y distribuíamos unos diez mil ejemplares. Era mucho trabajo.

Seguíamos con el cine, aunque cada vez le dedicábamos menos tiempo. Ya nomás filmábamos mítines y manifestaciones y huelgas y hacíamos cortos que luego pasábamos a los mismos que aparecían en pantalla, lo que desataba risas, pero también verse retratados en una película les daba importancia... poco a poco desapareció la idea de convertirnos en cineastas, o siquiera activistas del cine. Éramos y queríamos seguir siendo sindicalistas.

Así fue, más o menos, como nos convertimos en parte de la Insurgencia Obrera. Por eso es que una organización sindicalista tenía el extraño nombre de Cooperativa de Cina Marginal, o simplemente, La Cooperativa, o más familiarmente, La Cope.

Terreno baldío

En la Cooperativa teníamos reuniones plenarias cada mes y ahí expusimos el asunto de Motores. Nos urgía informar

lo que estaba pasando: el liderazgo de Ricardo Moisés, el descontento en la fábrica, y el círculo que se había formado y que se fortalecía semana tras semana. Nos urgía informar todo eso porque veíamos cerca el estallido y teníamos que estar preparados.

Martín presentó un informe detallado. Había registrado cosas como el número de departamentos y la forma en que se encadenaba la producción. Dibujó un diagrama en el pizarrón que describía todo el proceso. Hablaba como si conociera la fábrica por dentro. De veras me sorprendió. También habló de la importancia de lo que ahí se producía para el conjunto de la industria automotriz. Me gustó su exposición, al menos esa parte, era muy clara y a mí misma me informaba de cosas que de plano ignoraba. Saber qué se produce y cómo y a dónde va a dar la producción era clave a la hora de pensar una estrategia. Me tenía con la boca abierta. Pero lo que no me gustó fue la otra parte... la parte, digamos, política. Su propuesta era demasiado tímida, demasiado lenta, demasiadamente lenta.

Tomé la palabra y dije que veía un gran potencial, que Motores podía ser una chispa en la zona, que era una de las zonas industriales más grandes del país, que teníamos que ser más arrojados, arriesgar y apretar el acelerador; que no era el momento de ser tibios. Conforme hablaba me iba calentando, ya no sé si creía realmente lo que estaba diciendo, no eran cosas que hubiera pensado antes... simplemente hablaba y me iban saliendo las palabras, se encadenaban unas con otras, era como pensar en voz alta, como decirme a mí misma lo que había pensado y que ahora convertía en palabras, y conforme salían las palabras me iba pareciendo

La huelga que vivimos
que tenían sentido. Quería decir que demasiada cautela podía dar al traste con ese potencial y que sería nuestra culpa frenar un movimiento que podía ser un gran impulso para el sindicalismo independiente. No, no dije “un gran impulso”, dije que podía ser un “empujón”, lo recuerdo porque la palabra después se utilizó mucho en la discusión, a veces en son de burla.

Martín se enojó. Me reclamó que lo había llamado tibio y burócrata. Yo no utilicé esa palabra, la de burócrata, no estaba en mi lenguaje, menos la aplicaba como insulto. Pero en la discusión se repitió muchas veces, y se asociaba con lo que yo sí había dicho, que debíamos ser menos tímidos. En realidad ser tibio y ser burócrata son cosas distintas. Pero en la discusión todo se mezcló, y se formaron dos bloques acalorados que no se escuchaban entre sí. Discutíamos como si en ello se nos fuera la vida. Fumábamos como chacuacos y manoteábamos.

Yo también me enojé con Martín porque dijo que yo no abría la boca en las reuniones de la fábrica y sin embargo venía aquí a soltar grandes rollos criticándolo y sin proponer nada serio. Tenía razón, en parte, pero en parte no... Nos separamos unos días... pocos días... después tuvimos una reconciliación con un encuentro sexual rabioso... El tibio y la acelerada en una cama que a partir de entonces llamamos la cama de los debates.

Como quiera que sea, después de eso me juré a mí misma vencer el miedo y hablar en las reuniones del círculo a como diera lugar, y no seguir apareciendo ahí como una mensa. ¡Y lo hice! ¡Y me sentí maravillosamente! Cada vez hablé con más naturalidad. Adquiriría confianza conforme

notaba que todos me ponían atención y a veces afirmaban con la cabeza. Yo sonreía, hacía pausas para ver la reacción de todos y darle largas chupadas al cigarro, para darme tiempo a pensar lo que seguía. Siempre me inclinaba hacia acelerar el movimiento: no esperar mucho, estallar pronto, lo antes posible, ¡el momento propicio era ya! No sé si mis argumentos eran buenos, yo lo sentía más como una intuición de que eso era lo mejor. En cambio Martín seguía con su cautela: insistía demasiado en mantener las acciones en tono bajo para evitar, o al menos dilatar la represión. Visto desde ahora los dos teníamos razón. El movimiento se aceleró solo. No por mi opinión ni por la de nadie, sino porque el descontento crecía y no había manera de pararlo. Era como si la iniciativa de Moisés hubiera destapado una olla hirviendo. El temor de Martín era que llegara la represión cuando el círculo aún no tuviera fuerza para soportarla. Y la represión llegó demasiado pronto.

La primera asamblea general fue unos dos meses después, casi exactamente en el tiempo previsto por Ricardo Moisés en su plan aritmético. Nos prestaron un terreno baldío en la Colonia Olimpia, lo escombramos más o menos y rentamos cien sillas que luego resultaron insuficientes. Ricardo presidió la asamblea, a su lado estaban Martín y Pablo, a quienes presentó como “licenciados”. Pablo Alcalde era del despacho de los Jóvenes Abogados. Ricardo Moisés pidió que la asamblea nombrara un presidente de debates. Alguien propuso a Cipriano Duarte y lo eligieron por aclamación. Era muy simpático Cipriano, muy dicharachero, y todo mundo lo quería. En esa primera asamblea se acordó formar un “fondo de resistencia”, pensando que podía llegarse a estallar una huelga.

La huelga que vivimos

Yo estaba nerviosa, me reía de tonterías, a mí los nervios me provocan la risa por cualquier cosa. Me tranquilicé cuando vi que el lugar se llenaba. Y yo reía y reía ya no de nervios sino de gusto al ver en muchas manos las leyes de pastas rojas.

Muertos de hambre

Los días que siguieron fueron muy rápidos. Una semana después de la asamblea metimos la demanda en la Junta de Conciliación y Arbitraje. Fue la primera vez que pisé la Junta. El sindicato recién formado pedía la titularidad del Contrato Colectivo que estaba en manos de un sindicato que era totalmente un apéndice de la empresa. Queríamos que el trámite no hiciera ruido, al menos por unos días, pero la empresa se enteró luego luego, y al día siguiente despidieron a Ricardo Moisés y a Cipriano Duarte. Esa fue la primera acción represiva. Se armó un gran mitote en la fábrica. Se corrió la voz por todos los departamentos y a la salida hicimos un mitin en la banqueta. Entonces fue una banqueta distinta, nueva, desbordada, ya no la banqueta-patio-de-escuela. Moisés, Cipriano, Martín y yo estábamos en medio de doscientos obreros. Ocupamos toda la calle. Interrumpimos el tránsito. Llegaron dos patrullas que se abrieron camino entre la gente. Se enteraron de lo que pasaba y se fueron sin hacer nada. Yo estaba rabiosa como nunca, tenía la cabeza caliente, sentía que iba a estallarme, se me salieron las lágrimas, no podía controlarme; era una injusticia bárbara: los corrieron nomás por haber iniciado un procedimiento legal, por apegarse a la ley y recurrir a un tribunal por su propio derecho, como dicen los abogados. Me daba rabia que

de allá mismo, del tribunal que debía respetar los términos procesales y proteger al trabajador, había salido el pitido a la empresa. Yo lo sabía, todos sabíamos que esas cosas pasaban, no debía sorprenderme, pero no es lo mismo saberlo que sufrirlo. Era una chingadera. La Ley no servía para un carajo. No pude aguantarme y dejé que me saliera el llanto. Lloré de rabia.

Martín había advertido hasta el cansancio que la represión llegaría y debíamos estar preparados. Pero también para él fue una sorpresa que sucediera tan pronto. Cipriano estaba callado, preocupado, con la mirada en el piso y las mandíbulas apretadas. Moisés hablaba fuerte con su voz de barítono. Al día siguiente estaba ronco. No perdía su estilo pausado y monótono. Explicaba que era la respuesta a la demanda que se había metido para “echar al sindicato charro y tener un sindicato auténtico, independiente, nuestro”. Terminaba de explicarlo y empezaba de nuevo. De repente había gritos contra los charros y los capataces y los perros de oreja y los patrones. Moisés los calmaba, trataba de evitar que se perdiera el control y se provocara una bronca, que hubiera golpes, lo que desde luego sería usado contra el movimiento. “No hemos perdido nada”, decía Moisés, “sabíamos que esto iba a suceder, no se iban a quedar con los brazos cruzados”. Martín también hablaba con otros grupos, pero por más que se esforzaba su voz no tenía el volumen suficiente y sólo lo oían unos cuantos. También él repitió lo mismo muchas veces, y también acabó afónico.

“Pero aunque nos corran, la ley sigue estando de nuestro lado, no hemos hecho nada ilegal, tenemos razón y vamos a demostrarlo con la ley en la mano”. Eran las pa-

La huelga que vivimos
labras de Moisés, y al decirlas levantaba el tomo de pastas rojas de un modo un poco teatral. Meses después uno de los obreros dibujó la escena en un cartel que se pegó en cientos de paredes y de puertas y de postes.

Los dos, Martín y Moisés, transmitían la rabia, pero también buscaban inspirar confianza en que las cosas irían bien:

“Los patrones piensan que si despiden a los dirigentes, los demás obreros van a meterse debajo de la cama. Muchas veces les ha funcionado ese método. A la gente le da miedo y se echa para atrás. Porque somos pobres y tenemos miedo de perder el trabajo, pensamos en nuestras familias que dependen de nuestros salarios. Pero llega un momento en que las cosas ya no son así. De pronto encuentran que los obreros ya no se espantan con el petate del muerto porque conocen la ley. Ese momento es éste. Nos consideran muertos de hambre que temblamos ante el despido. Y sí, es cierto, necesitamos el trabajo, y nos preocupa perderlo, pero también conocemos nuestros derechos y los vamos a defender”. Algo así decía Moisés. No tengo memoria para reproducirlo tal cual, pero algo así decía. Se me grabó eso de “nos consideran muertos de hambre”.

Cipriano no habló. Estaba ahí, callado, mirando lo que pasaba a su alrededor con las mandíbulas apretadas. Había perdido la sonrisa eterna y el gesto amigable. Yo había dejado de llorar. Estaba emocionada. Éste era el movimiento obrero. Ya no había ruido. Se oía clarita la voz de Moisés: “Nos quieren espantar pero no nos espantan, nos consideran muertos de hambre, pero no nos vamos a rajar, ya no es tan fácil doblarnos, ya sabemos que la ley está de

nuestro lado, ya sabemos que somos fuertes, más de lo que nosotros mismos creíamos...” Algo así decía.

Once despedidos

Nos reunimos en el despacho. Ahí estaban los jóvenes abogados: Ana, Pablo y Arturo. La estrategia jurídica nos tranquilizó: teníamos bases suficientes, podían hacerla cansada pero no era posible que perdiéramos el juicio, siempre que la mayoría de los trabajadores no se doblara. Decidimos convocar a una asamblea para el sábado siguiente. Ahora sí no había más que acelerar el movimiento a todo lo que diera. Empujar. La cautela ya no tenía sentido, no servía para nada, al contrario, había que hacer todo el ruido posible, hacer un gran mitote, echar toda la carne al asador.

Por primera vez vi una asamblea de trescientos obreros. También por primera vez participaron mujeres; no muchas, unas veinte o treinta, asustadas pero contentas. Me obligué a tomar la palabra, pensé que eso les daría confianza. Prendí un cigarro y levanté la mano a media altura, como queriendo que no me vieran. Martín me pasó el micrófono con una hermosa sonrisa: tiene la palabra la compañera Montse.

Me puse muy nerviosa, ¿cómo no me iba a poner nerviosa ante trescientos pares de ojos apuntándome directamente a mí? No sabía qué hacer con las manos y mejor apagué el cigarro, lo apachurré contra el piso, me puse de pie y agarré el micrófono fuerte para controlar la temblorina, me aclaré la garganta y pronuncié despacio la primera frase. Había un gran silencio. No sabía a dónde mirar y decidí clavar los ojos en un grupito de mujeres que estaban arrinconadas en el fondo. Después supe que casi todas eran

La huelga que vivimos de Limpieza, aunque también había algunas de Control de Calidad y de Empaque y Repartos. Las veía muy calladas y muy atentas a lo que yo decía. Eso me pareció. Luego luego sentí que me ganaba su simpatía. Es raro decirlo, pero eso sentí. Recibí un aplauso muy prolongado y muy cálido. Al acabar ya no recordaba una palabra de lo que había dicho. Aún ahora no tengo idea de lo que dije, pero sé que hablé de las mujeres obreras, de sus derechos iguales a los de los hombres, del respeto que se merecían, y que eran necesarias en el movimiento, ¡necesarísimas! Algo así dije.

Salimos ya de noche. Caminamos varias cuadradas hasta la parada de los camiones. Un auto nos siguió. Los asistentes se habían dispersado muy rápidamente y nosotros, Moisés, Martín y yo, nos dilatamos en salir por la inevitable costumbre de Moisés de explicar al último de los asistentes lo que ya había explicado de muchas formas en la asamblea. Uno de los asistentes lo detuvo con preguntas y se tomó su tiempo para disipar sus dudas. Debimos haber salido con todos, en bola, pero salimos después, los tres solos. El auto nos seguía y yo trataba de ocultarme a mí misma mi propio miedo. Me agarraba fuerte del brazo de Martín. Obviamente era una patrulla. Los judiciales no eran para nada discretos, al contrario, hacían todo para que los viéramos. El carro era negro.

La calle estaba oscura, los arbotantes inútiles estaban apagados. Bueno, inútiles y apagados, qué tonterías digo, pero es que tenía mucho miedo. Temblaba. Siempre tiemblo, soy una temblona. Hacía frío.

Moisés caminaba con aparente naturalidad pero se le veía el enojo en la cara. En él no era miedo, era rabia. Tratamos de mantener un paso tranquilo, sin apresurarnos. Pude

ver la cara de uno de los judiciales; él a su vez nos veía descaradamente. Después supe su nombre, se llamaba Virgilio Lima, y Moisés lo conocía, era algo de su familia, por eso no era miedo sino enojo lo que traía. Era su concuño. Algo así.

Llegamos a la parada del camión. La patrulla aceleró y la perdimos de vista. El miedo no se me quitó luego luego. O lo confundía o lo mezclaba con el frío. No se me quitaba la temblorina. Le dije a Martín que aceptaría el ofrecimiento de mi papá de utilizar su carro cuando viniéramos de noche. Estuvo de acuerdo. A esas horas era más seguro moverse en carro que caminar largas cuadras oscuras.

El lunes llegaron los nuevos despidos. Esta vez fueron nueve. Ya eran once los despedidos. A partir de ese día los once estuvieron a las puertas de la fábrica en cada cambio de turno, mañana, tarde y noche, hablando con todos, en grupos pequeños o grandes, informando las novedades, explicando la situación jurídica, siempre con el libro de pastas rojas en la mano, repartiendo volantes, o un periódico que sacábamos entonces en la Cooperativa, *Trabajadores en Lucha*, en el que aparecía un artículo sobre los movimientos sindicales en la industria automotriz, que hablaba largamente de Motores Xalostoc.

Los despedidos desataron un activismo desaforado. De pronto la fábrica se transformó. Se transformaron las banquetas: eran un hervidero. La gente se dilataba un rato hablando. Había incertidumbre, pero sobre todo había ideas que nunca antes habían rebotado en sus cabezas: “huelga”, “acción directa”, “sindicato independiente”, “derechos laborales”, “contrato colectivo”, “poder obrero”. Imaginaban acciones que serían de ellos, no de otros, no del pasado, no de otras fábricas sino de esa.

Entonces sucedió el accidente.

Accidente

Viernes, casi las tres de la tarde, hora que termina el primer turno.

Yo estaba en la banqueta con los despedidos, esperando que abrieran el portón negro de lámina para dejar salir a los obreros. Íbamos a repartir la convocatoria para una “asamblea general del sindicato independiente”. No había realmente nada nuevo que informar sobre los procesos legales, pero hacía falta algo que mantuviera el ánimo: una asamblea podía cumplir ese objetivo. (Los juicios individuales de los despedidos apenas empezaban, y la demanda por la titularidad del contrato colectivo sufría la interminable marrullería de abogados y burócratas.)

Había sido una mañana cálida, pero la tarde sería fresca. Se oyó algo extraño en la fábrica, un rumor desconocido, y luego vino la batahola, no era una salida normal, no era la banqueta animosa de días anteriores, los obreros salían a paso lento, callados, con gestos torvos, ceños fruncidos, mirada esquivas. Algo malo había pasado.

“Hubo un accidente en Troqueles”, oímos que alguien decía.

“En troqueles”, dijo uno que se acercó a nosotros.

“Otra vez en troqueles”, la voz subrayaba *otra vez* como con cansancio.

“¿Grave?”, preguntó Moisés.

Nadie sabía exactamente lo sucedido, vimos que una ambulancia entraba por la puerta de Embarques y Repartos. La gente se juntaba en la banqueta y no se dispersaba como

sucedía normalmente, se quedaba ahí compartiendo ese extraño silencio. Nosotros repartíamos los volantes sin decir palabra.

La noticia completa llegó en voz de Fidel, uno del propio departamento de Troqueles:

“Fue Matehuala, le repitió la máquina y le atrapó la mano.”

“¿No le puso el seguro?”, preguntó Moisés, aunque no era realmente una pregunta, parecía más una afirmación, algo que tenía que haber sido así.

“Quién sabe. A veces te confías y no lo pones para ir más rápido”, murmuró Fidel.

“Los accidente en Troqueles eran historia larga”, explicó Cipriano, “la maquinaria era vieja. En el taller mecánica ideamos un seguro que bloqueaba la caída del troquel si ‘repetía’. Un sistema sencillo e infalible que exige un movimiento extra al sacar la pieza troquelada; el seguro dejaba fijo el troquel mientras se acomodaba la nueva lámina, y se bota automáticamente al bajar la palanca. Es sólo un movimiento más que se hace automático, se incorpora al movimiento cíclico de manos y cuerpo. Pero la presión para cubrir una cantidad mínima de producto (La ‘cuota piso’, le llaman), hace que a menudo los troquelistas se ahorren ese movimiento extra. Mala cosa si repite la máquina y no pusiste el seguro, porque en el movimiento de acomodar la lámina se cruza el brazo bajo el troquel. Mala cosa. Los capataces se cansan de insistir en que utilicen el seguro, pero también se cansan de exigir más velocidad, más producción.”

“Matehuala no pudo olvidarse de poner el seguro”, terminó Cipriano, “es un veterano y los veteranos saben del

La huelga que vivimos
peligro, lo han visto muchas veces, saben el a-be-ce, han visto desgracias.”

Otra vez al sonriente Cipriano se le había borrado la sonrisa.

“¿Cómo está Matehuala?”, preguntó Moisés cuando la ambulancia salía con la sirena prendida.

“Mal”, dijo un joven ayudante que había presenciado el accidente. “Le repitió la máquina y le agarró la mano, le salía muchísima sangre.” El muchacho sollozaba. “Pegó un grito espantoso: lo tengo rebotando en la cabeza, no lo puedo sacar de ahí”.

Otro joven con el susto metido en los ojos, juró que el seguro estaba puesto.

“No puede ser”, dijo Moisés.

Moisés sabía, él había participado en el diseño del seguro.

“No puede ser; no estaba puesto. El seguro no falla”, insistió.

“Alguien lo quitó”, dijo otro en tono de pregunta.

“Nadie puede quitarlo estando el operador frente a la máquina”. Era nuevamente la voz parsimoniosa de Moisés.

Los obreros del primer turno permanecían en la banqueta, silenciosos. La banqueta no se parecía a la de ningún otro día. Estaban ahí para acompañarse. Pensaban en el accidente. Yo también pensaba en el accidente aunque de una manera distinta. Me acordaba de Matehuala, pero no conocía el espacio físico en el que había sucedido, nunca había visto un troquel. Imaginaba una máquina negra, pesada, monstruosa. Intuía el miedo que ellos sentían. Imaginaba la mano aplastada y la sangre. Me dolía la panza.

Moisés, Martín y yo fuimos al Hospital de La Raza. Llegamos a media tarde, dos o tres horas después del accidente. El herido había perdido mucha sangre y estaba en shock. La esposa y sus tres hijos adolescentes formaban un grupo triste; se mantenían juntos en un rincón de la sala de espera, mirando despacio a todos lados, con desconfianza o con miedo. Desamparados. Su único ampara era su propia cercanía, la de los cuatro, pegaditos. El mayor se llamaba José, como su padre, tendría unos trece años, iba con el uniforme verde a cuadros de la secundaria. Moisés se acercó a ellos. La señora Matehuala le tendió la mano, lo saludó aguantando las lágrimas.

Nos quedamos ahí una hora, hasta que dieron el parte médico: le amputaron la mano, su situación era estable, había perdido mucha sangre, necesitaba llevar cinco donadores, permanecería en terapia intensiva pero su vida ya no corría peligro.

Dejaron que la esposa lo viera unos minutos, estaba sedado, “está muy pálido y respira pacíficamente”, nos dijo al salir. Abrazó a sus tres hijos. Se quedaron unos segundos con las cabezas juntas, mirando al piso. Pensé que estaban rezando.

Moisés se acercó y habló con ella unos minutos, lo veíamos hablar con su parsimonia de siempre, ella miraba con ojos cálidos y afirmaba con la cabeza. Moisés nos hizo una seña para que nos acercáramos. La saludamos.

“Lo bueno es que su vida ya no corre peligro”, dijo la señora con un profundo suspiro.

“Sí”, dijo Martín, “eso es lo principal”.

Me despedí de mano de la señora y de los tres muchachos. A José, el mayor, lo vería después muchas veces.

La huelga que vivimos

Tenía los ojos muy negros y muy redondos, y el pelo negro y lacio le caía como en picos. Nos alejamos a paso lento.

“Nadie del sindicato se presentó”, comentó Moisés lacónicamente.

Hacía frío. Me pegué a Martín para que me abrazara.

Llegó Cipriano y se unió al grupo. Otra vez había perdido su sonrisa.

“¿Te acuerdas Ricardo, del compañero del almacén que se rompió la espalda?”, preguntó Cipriano.

“Fue hace un año”, dijo Moisés. “Se accidentó un compañero de almacén; se cayó de una altura de siete metros, no se murió de milagro, pero no quedó bien, apenas puede caminar. Como era trabajador eventual ni siquiera lo habían inscrito en el Seguro, y el sindicato no quería saber nada de él, a pesar de que le descontaban la cuota como a todos. Le armamos tremenda bronca al sindicato y finalmente logramos que interviniera. El resultado fue que el Seguro le puso una multa a la empresa, pero a él no lo reconoció como asegurado. La empresa cubrió la cuenta del hospital, y a él le pagó 3 meses de sueldo y “ai nos vemos”. Así acabó el asunto. Un compañero de 30 años en un instante terminó su vida laboral, o al menos quedó muy limitada. Se fue a su casa con su limosna. De haber sido de base, de haber estado inscrito en el Seguro, de haber tenido la asesoría de un abogado honrado, al menos tendría una pensión de por vida, aunque fuera pequeña. Pero lo más doloroso es esto: de haber tenido el equipo de seguridad no le hubiera pasado nada.”

Todo lo dijo de corrido, en su estilo monótono, en voz baja, como recordándose la historia a sí mismo. Se empujó los lentes contra la frente y me dedicó una media sonri-

sa: “por eso, Montse, la demanda de base para nuestros 300 eventuales es tan importante; tenemos que ganarla, mantenerlos así es una gran injusticia”.

“Este accidente en Troqueles va a calentar más las cosas”, dijo Cipriano. “De por sí están calientes. La gente ya no se aguanta, quiere hacer cualquier cosa. Estos accidentes no debían suceder, los provocan los capataces que están friegue y friegue todo el tiempo. Hay compas que hablan de tronar las máquinas. El otro día los de Montaje se cruzaron de brazos, dejaron todo tirado, y hasta tuvo que bajar el gerente. Fueron al taller a buscarme. Yo les dije que se calmaran que había que pensar antes de actuar. De todos modos no volvieron a trabajar sino hasta una hora después, hasta que les quitaron al supervisor que los estaba fregando, uno que le dicen El Blu, pero no lo corrieron, ahora está en Empaques, y sigue fregando a los compas. La gente está muy enchilada”.

“¿El Blu?”, preguntó Ricardo.

“¿Te acuerdas, Ricardo?, ese alto y pelón, que antes estaba en oficinas y es compadre del Canchola. Siempre está friegue y friegue. A ver si a la salida un día de estos no le dan un susto... Es que la gente, de veras, está muy enchilada...”

Ya estaba oscuro cuando salimos del hospital.

1 de septiembre, 1975. “¡A la huelga!”

Estalló la huelga. Fue una decisión difícil: de pronto todo el mundo era cauteloso, todos llamaban a pensarlo bien, recordaban que una huelga siempre tiene costos. Era muy curioso, porque todos eran cautelosos, y todos querían la huelga. Yo no tenía ninguna experiencia, me entró miedo al diez para las doce. Tenía muchas dudas. ¿Estábamos, o mejor di-

La huelga que vivimos
cho, estaban ellos, los obreros, preparados para arriesgarlo todo? No lo creía. Ahora se habían invertido los papeles, era Martín quien empujaba, decía que estábamos acorralados y no había de otra.

“Es peligroso ir a la huelga, pero es suicida no hacerlo”, alertaba Ricardo Moisés convencido, “tenemos que hacer la huelga, Montse”, me decía. Su vehemencia apenas alteraba su voz, siempre con la calma de quien explica una decisión obvia. “Tenemos que hacerla, Montse”.

Cipriano no hablaba, se frotaba las manos y afirmaba con la cabeza lo que decía Moisés, había recuperado su sonrisa eterna.

Ana, Pablo y Arturo, los abogados, dudaban, pero al final sus argumentos conducían a la huelga. No hacerla dejaba abierto el peor de los escenarios: otra tanda de despidos y un largo periodo de desgaste. Además los ánimos estaban muy caldeados. Necesitábamos actuar ya, o habría frustración y acciones descontroladas: agresiones, sabotaje sin ton ni son, broncas con los capataces... o simplemente desencanto y derrotismo. Yo dudaba... y fumaba.

El momento económico de la empresa parecía un punto a nuestro favor: la producción estaba en el nivel más alto de los últimos años. La huelga les llegaría en mal momento; le dolería no solo a Motores, sino a sus clientes y proveedores, es decir a toda la industria del automóvil. Eso creíamos.

La asamblea se fue de un solo lado y se votó la huelga de manera estruendosa, ni siquiera fue necesario contar los votos porque no hubo uno solo en contra; seguramente algunos se oponían, pero no se atrevieron a alzar la mano en medio de esa ola de entusiasmo. Se pronunció la palabra

“huelga” en todos los tonos. Como nunca en una asamblea, decenas de obreros tomaron la palabra. De repente todos querían hablar de lo que vivían en su lugar de trabajo, de las amenazas de los “cancholas”, es decir de los capataces, de la presión que ejercían todo el tiempo, de la inutilidad del sindicato, de las burlas de los “perros de oreja”, de los agravios acumulados, de la necesidad de acabar con todo eso, del “sí a la huelga”, del “por supuesto que sí a la huelga”, del “compañeros vámonos a la huelga”, del “voto por la huelga, carajo”, del “cómo chingados no, yo también voto por la huelga”. Esa fue la frase más repetida esa tarde, y se incorporó a la plática común de esos días: “¡Cómo chingados no: yo también voto por la huelga!”

Se pronunció la palabra “huelga” miles de veces en todos los tonos. Se gritó, se susurró, se cantó. Se convirtió en una palabra distinta a todas las otras, tenía vida propia, volumen, condensaba los afectos, las esperanzas y los miedos. Se pronunciaba distinto. Fue palabra mágica que desataba alegría. Era el triunfo de no sé qué. El triunfo del grito. Era la palabra que reinaba sobre todas las otras.

La huelga debía estallar a las doce en punto de la noche. Desde las once estábamos ahí. Yo temblaba de frío, o de nervios... En la esquina dejamos el carro de mi papá, una Caribe roja, y caminamos la cuadra. Yo traía la bandera rojinegra abrazada contra el pecho. Era enorme, de tres metros por uno y medio. La había cosido doña Eustolia, obrera de Alteza, una fábrica de ropa que llevaba semanas en huelga. Pablo Alcalde, como siempre, cargaba su portafolios. Martín llevaba la cámara de súper ocho. En el muro, iluminado por un foco huérfano, alguien escribió con grandes letras negras:

La huelga que vivimos
“¡A la huelga camaradas!”. Martín quiso filmarlo pero no había luz suficiente. No era usual la palabra “camarada”, pero ahí estaba, escrita en la pared, como venida del pasado.

En la calle oscura se oían nuestros pasos.

Frente a la puerta negra de lámina, estacionados en la banqueta contraria, tres patrullas vigilaban: la del judicial Virgilio Lima y otras dos de la policía preventiva. Cuatro agentes en cada una.

“Pinche tira”, murmuró Martín.

“No pueden hacernos nada, ¡no hay que tener miedo para ni madre!, dijo Pablo Alcalde sonriendo nervioso, “estamos dentro de la ley aunque les pese”.

Nos paramos frente al portón. Faltaba una hora. Yo daba brinquitos y me palmeaba los brazos para vencer el frío y los nervios.

Moisés, Cipriano y otros despedidos, Romualdo, Nemorio, Benito y Fidel, llegaron mirando el reloj.

“¿Trajeron la bandera para la otra puerta?”, preguntó Pablo. Como respuesta Cipriano desdobló el bulto que traía bajo el brazo: “lo cosió mi esposa”, dijo con orgullo.

Los recién llegados se dirigieron a la puerta dos, que estaba exactamente en la esquina de esa cuadra larguísima, hacia el lado contrario de la tiendita que llamaban La Liga.

“Pase lo que pase cuelgan la bandera a las doce en punto”, dijo Pablo, “ni un minuto más ni un minuto menos”.

Ya se iban. Cipriano se detuvo y preguntó:

“¿Y si no ha salido toda la gente?”

“No importa, la cuelgan y apuran a la gente que siga saliendo.”

“¿Y si los polis no se quieren salir?”

“Tienen que salirse.”

“¿Y si no quieren los sacamos a coscorrónes?”

“Nada de coscorrónes, que se queden adentro, ustedes ponen la bandera a como dé lugar.”

Estaban llegando obreros de otros turnos. Traían gesto sombrío. Saludaban ceremoniosamente: preocupación, nervios, miedo a lo desconocido. ¿Cuántos habían vivido una huelga? Muy pocos, quizá ninguno.

Quince minutos antes de las doce las patrullas seguían quietas. Apareció el gerente de la planta, ingeniero Indalecio Villa. No era el patrón severo de siempre, al contrario, mostraba una sonrisa exagerada... una actitud de amabilidad campechana. Se dirigió a Pablo Alcalde con aspavientos amistosos llamándolo por su nombre, como si lo conociera de toda la vida. En cambio Pablo se mostró frío; cortés pero distante. Después Pablo me comentó que muchas veces había visto a los patrones actuar de ese modo con los líderes o los abogados de los trabajadores, como si fueran grandes amigos, para abrir una brecha: patrón y líder quedaban de un lado, y los trabajadores del otro... es decir: los que deciden y los que obedecen: los sabios y los ignorantes: gente de razón e indios. De ese modo el patrón “da su lugar” al líder y rebaja a los obreros. Por eso dice Alcalde que él prefiere subrayar la distancia con el patrón, así cambia la línea divisoria y deja claro dónde está la brecha. Seguirle la corriente al patrón haría que los obreros, con razón, desconfiaran de su abogado. A los charros les encanta ese trato de parte de los patrones, creen que ser tratados como iguales les da poder y prestigio ante todos, incluso ante sus representados. Es muy de ellos actuar así. Pablo piensa que los abogados

La huelga que vivimos
patronales lo saben perfectamente y lo fomentan, es parte de su estrategia... algo así me dijo.

—No estalles la huelga, Pablo —soltó el ingeniero Villa—, eso no beneficia a nadie. Sentémonos a platicar como pasajeros que vamos en el mismo barco, estoy seguro que poniendo cada uno algo de su parte, podemos llegar a un arreglo bueno para todos... de veras... juguemos a “todos ganan”...

El patrón le hablaba como si fueran cuates de toda la vida, casi le palmeaba la espalda. Alcalde le habló de usted marcando la distancia:

—Me gustan sus palabras, ingeniero, sentémonos, como usted dice, a negociar ya, en friega, pero con la huelga estallada...

—No —interrumpió el patrón— así la cosa no funciona, seamos razonables, ni a ti ni a mí nos conviene la huelga.

—Pues sí, ingeniero, pero faltan diez para las doce, la huelga ya no la para nadie.

—Van a perder mucho, licenciado —abandonó el tono campechano—, usted lo sabe muy bien, quienes más pierden son los trabajadores. Siempre se pierde. Están jugando a “todos pierden”.

—No siempre, ingeniero, y no todos. A veces se pierde más no haciéndola.

Faltaban cinco minutos. Cientos de obreros de los otros turnos se hallaban expectantes frente a la puerta negra de lámina. Pablo no quitaba la vista de su reloj. El ingeniero Villa abordó su carro y se fue escoltado por una patrulla con la sirena encendida. Detrás arrancó otra patrulla, también con la sirena prendida. Querían intimidarnos, recordarnos quiénes tenían el poder.

Ya éramos muchos esperando en la banqueta; hacíamos un medio círculo atentos a la puerta negra de lámina. Rubén Robles se movía haciendo ejercicios de calentamiento, contagiaba su energía.

Se me habían acabado los cigarros y le pedí a Martín uno de sus Del Prado. Se oía claramente el rumor de las máquinas. Siempre está ahí ese rumor, pero normalmente no lo oyes, tiene que haber un gran silencio para escucharlo realmente. Me pareció que había cambiado el aire, era más denso, como el de una iglesia... solemne... hacía frío... faltaba el incienso...

A las doce en punto, de adentro de la fábrica llegó un estrépito, como un silencio súbito: pararon las máquinas. Sigue inmediatamente el grito de cientos de gargantas. ¡Huelga! Y afuera se da la réplica, eufórica, unánime: ¡Huelga! Hay aplausos y gritos. Emoción: la piel chinita. Una sensación padrísima. Una alegría que al menos yo no había sentido nunca. Todo es nuevo. Estoy en un nuevo mundo.

Para los obreros esa novedad es más aparatosa. Más significativa, creo. Nunca habían pasado por encima de las órdenes de los capataces. Nunca se habían visto a sí mismos como eran. Nunca se habían sentido tan fuertes. Era el momento del “poder obrero” que tantas veces antes mencionamos, sin sentirlo, sin entenderlo.

Los cincuenta metros que hay entre la planta y el portón de la calle los recorrieron en hileras con los brazos enlazados a paso rápido y coreando la palabra única: huelga, huelga, huelga. No les hace falta otra palabra. Los de afuera las repetimos al mismo ritmo, marcando las sílabas con el movimiento del brazo levantado. La piel se me pone chinita.

Casi no puedo evitar las lágrimas. ¿Qué significa todo esto?
¿Qué significa para cada uno, para todos?

VIRGILIO

¿Qué se te perdió en Xalostoc?

Los veía desde la esquina, parado yo frente a la tiendita La Liga, y me preguntaba qué hacían ahí, qué buscaban. Tan bonita la muchacha estudiante, tan bonita como modelo de revista o como artista de cine, “La Potranca”, le decíamos... Y Martín Médanos, tan sin problemas de la vida, tan quitado de la pena. Me fijé en ellos desde antes de la huelga, cuando hacían asambleas en el terreno baldío de la Colonia Olimpia. Tampoco me explicaba a Ricardo Moisés, lo conocía porque éramos familia, era mi concuño. Yo quería mucho a Leticia, su esposa, tan parecida a Luisa, descanse en paz mi Luisa. Y la quiero todavía, a Leticia, aunque después de lo que pasó ya nada fue lo mismo, se impuso el frío, la desconfianza... hasta el rencor. Pero estoy hablando de antes, cuando todo era normal, todavía no pasaba nada, apenas estaban preparando la huelga y, te repito, no los entendía. ¿Para qué buscarle tres pies al gato?, ¿eh? No me creía los cuentos de que recibían órdenes de la embajada rusa o cubana, como decían en la comandancia, eso que lo creyeran otros, era una mamada, perdón por la palabra, pero eso era. Que otros se tragaran ese sapo.

Ricardo Moisés era de los obreros mejor pagados; buen mecánico, eso o reconocía todo mundo ¿eh? En Motores era el mejor, el que más sabía, el de más experiencia. Él mismo contaba que cuando había problemas difíciles, los in-

genieros de mucho estudio y mucha ciencia, lo consultaban a él y lo escuchaban. Era como el médico viejo que de una mirada hace un diagnóstico y rara vez se equivoca. Por eso los jefes le aguantaban el mal genio. Era seco en su trato, no sólo en la fábrica, también con la familia. Hablaba poco y sin prisa. Pensaba mucho lo que iba a decir. La verdad, a veces me desesperaba su lentitud, o más bien, las pausas que hacía.

No tomaba ni una gota de alcohol ¿eh?, era como borracho jurado, ni una gota...

Era autoritario... Puede que no sea la palabra... hablaba con seguridad... No admitía dudas.

La verdad, a Ricardo no le faltaba nada de lo que uno espera en la vida: tenía a Leticia que lo quería con devoción, tenía sus dos hijos que estaban sanos y eran alegres; tenía su casa, que había ido construyendo a lo largo de quince años y ya tenía dos pisos; tenía su oficio de mecánico que le gustaba, y tenía un buen sueldo... No era pobre, no era tonto, no sufría una enfermedad grave, no tenía defectos físicos. ¿Era dichoso? Supongo que no. Por bien que te vaya siempre te falta algo ¿eh? Ahí entramos en un terreno resbaloso. Pero, la verdad, me costaba trabajo entender que anduviera organizando huelgas. ¿Para qué? De eso hablamos una sola vez, en su casa, en una de las comidas familiares de los domingos, yo me había tomado un par de tragos, él ninguno, por supuesto. Dijo que le jodía la forma en que trataban a los obreros, no podía aceptarlo, le irritaba, lo hacía estallar... ya había oído de sus estallidos.

"No te metas a redentor", le dije.

"No soy ningún santo", me contestó acomodándose los lentes.

La huelga que vivimos

Ese día habló de las máquinas nuevas que él mismo había ayudado a instalar, y de la era de la robótica que ya había empezado en otros países y que llegaría pronto... Quería verlo, quería estar en la instalación de esa maravilla; entonces sólo la había visto en revistas sobre fábricas como la Fiat, italiana. Era un enamorado de la mecánica ¿eh? Sabía cómo se comía todo eso. Para él la mecánica moderna era sinónimo de progreso.

Y también habló de sus compañeros de taller, a quienes los jefes regañaban de más, a veces sin razón, y tiro por viaje salía en su defensa, y tiro por viaje lo llamaban a la oficina y le decían “no te metas en lo que no te importa, dedícate a trabajar, si tus compañeros tienen problemas con los supervisores que los traten con el sindicato que para eso está...”

“Los del sindicato nunca están”, replicaba Ricardo, “y si de milagro aparecen, de todas maneras no sirven para nada, toman nota, hacen gestos de entendidos y luego nada... pura faramalla”. Por eso no hacía caso y volvía a estallar al menor roce. Dos supervisores se la tenían sentenciada, a él y a Cipriano Duarte, otro de los mecánicos viejos, un gordo que siempre parecía estar de buen humor con una sonrisa que no se le quitaba nunca; era dicharachero, más popular que Ricardo, con todo mundo tenía que ver. Amiguero como él solo... y buen orador ¿eh?, un día lo oí en un mitin y se transformaba, era otro, de ademanes teatrales y de voz un poco aguda pero agradable, le gustaba a la gente.

“¿Por qué te metes, Ricardo?”, le pregunté aquel día en su casa, “si a ti ni te va ni te viene, a ti te tratan bien y te pagan buena lana, déjalos que se defiendan solos que al fin ya están grandecitos.”

Me miró con sus ojos de piedra detrás de sus lentes cuadrados y le salió lo malgeniudo:

“Sí me va y sí me viene”, dijo como quien recuerda lo obvio, lo que no necesita ser explicado.

Dio por terminada la plática con aquella frase, “sí me va y sí me viene”, y con su gesto de acomodarse los lentes.

La verdad, yo quería entender. Entenderlo a él. Entender qué había de esas palabras que resultaba tan tremendamente importante. En qué se apoyaba su fuerza, la autoridad que tenía, la que hacía que la gente lo escuchara largamente. Ricardo tenía cuarenta años aunque aparentaba más por los surcos profundos de la frente y su gesto demasiado severo. Hasta su sonrisa era una sonrisa seria: ahora pienso que era más bien triste, como si presintiera lo que venía.

No recuerdo que habláramos de la huelga. Nos reunimos en familia todavía alguna vez, pero cada vez me miraba con más recelo, porque yo era policía... y por la mala pata de que me asignaron a la vigilancia de Motores Xalostoc.

Cuando me casé con Luisa Núñez yo era estudiante de leyes, entonces me llevaba bien con Ricardo. Pero cuando entré a la judicial, él no entendió y empezó a verme con recelo. Para mí era un trabajo digno. Un trabajo, pues, un empleo... Él nunca aprobó mi decisión. Aunque nunca me lo dijo directamente, simplemente eludía el tema. Compartía la idea, generalizada en México, de que los judiciales eran arbitrarios y matones. Tenía razón en parte, pero se equivocaba al convertirla en una verdad absoluta, aplicable a todos. Quería que me diera chance de probar que podía ser diferente. No aceptaba que algunos reclutas tuviéramos buena fe, que entráramos a cumplir con un trabajo noble. Para él no había un

La huelga que vivimos
policía sano en una policía podrida. La verdad, me ofendía que no concediera la más mínima duda, a pesar de que me conocía y sabía que yo no era un matón. En los casos que me asignaban trataba de ser derecho, aunque había que aceptar males necesarios, males menores, incluso justificar que a algunos colegas se les pasara la mano o aprovecharan ciertas situaciones para sacar beneficio personal, pedir mordidas y extorsionar a quien se dejara sin ninguna vergüenza.

Yo era un policía derecho, y pensaba que los hechos lo demostrarían. Pero cuando me asignaron a esa maldita huelga, la cosa ya no tenía remedio. El día que nos encontramos en Xalostoc, en la calle, frente a frente, ni siquiera me saludó. Me miró con sus ojos de piedra. Me di cuenta de que ya éramos enemigos. Eso no tenía remedio. Éramos enemigos y no por mi voluntad. Simplemente era inevitable; el destino nos puso en esa situación; habíamos caído en lados contrarios de la misma trinchera. Después de haberme visto patrullar los alrededores de la fábrica, todavía nos vimos en su casa un día.

“¿Qué se te perdió en Xalostoc?, me preguntó con un gesto burlón.

“Andamos vigilando”, respondí.

“¿Qué vigilan si no hacemos nada ilegal?, ¿a qué vienen?, ¿a meternos miedo?”

“Tenemos órdenes de vigilar, nada más. Si no pasa nada, pues no pasa nada y listo, va a resultar que anduvimos perdiendo el tiempo a lo güey, ¿a ti qué te importa?”

“¿Me vas a detener?”

“Claro que no, ¿por qué?, si no estás cometiendo ningún delito.”

“¿Entonces?”

“Entonces nada, vete al carajo”.

La verdad, yo esperaba que sucediera algo que me permitiera demostrarle que yo era derecho... que hay policías decentes y yo era uno de esos... Me importaba su opinión, ahora puedo decirlo, me importaba mucho porque realmente lo admiraba.

Anillo al dedo

Unos días antes de la huelga nos llamaron a mi pareja, Justo Muñoz, por mal nombre El Fodongo, y a mí, a la oficina del comandante García, por mal nombre El Loco, para darnos nuevas instrucciones. Ahí estaba un gringo, un chicano pelado al rape, que hablaba bastante bien el español. Nos lo presentó como enviado de la empresa matriz *Motors One*. Acababa de llegar de Houston; venía como asesor de la fábrica. Se presentó como “experto en administración de crisis”. Yo no tenía idea de que tal especialidad existiera. Al final resultó totalmente inútil, no tenía idea de lo que pasaba, pensaba resolver la crisis como si manejara un limpio tablero de ajedrez. Nadie lo tomaba en serio. Creo que ni los que lomandaron traer. Desde el principio me cayó gordo. Dijo que la huelga era inevitable porque ellos habían decidido que estallara. Se habían preparado: llevaban semanas acumulando existencias, trabajando a todo tren, incluso pagando horas extras. Estaban dispuestos a provocar el estallido ellos mismos, para limpiar la empresa antes de llevar a cabo sus planes de crecimiento. “Deshacerse de pasivos laborales”, dijo. Era un plan grande ¿eh?, con una inversión multimillonaria. Construirían una nueva planta, para la que ya

La huelga que vivimos
tenían el terreno y una bodega, y el proyecto de la obra civil. En su primera fase crearían mil nuevas plazas. Estaban apalabrados con el Sindicato Minero para la contratación de los nuevos obreros, y de ese modo lo convertirían en titular del contrato colectivo de las dos plantas. Según ellos, los planes de expansión requerían quitar el lastre de viejos costos laborales y limpiar el ambiente, y por supuesto tener un sindicato que colaborara de buena fe con la empresa. La huelga les venía como anillo al dedo: la querían, la necesitaban, la buscaban. Sus abogados en México, el despacho Farell y López, aseguraban que harían que la huelga fuera declarada ilegal y eso permitiría una limpia general, hacer los despidos que fueran necesarios. Tenían calculadas las liquidaciones de los obreros viejos, y los no viejos pero latosos, y las condiciones de los vueltos a contratar. Todo calculado hasta el último detalle en “distintos escenarios”; el mejor escenario era una huelga corta, una declaración de ilegalidad, un despido masivo, la recontratación bajo nuevas reglas, bajo un contrato colectivo administrado por el sindicato elegido, el Minero.

Se fue el gringo y nos quedamos con García, por mal nombre El Loco, que nos hizo un gran discurso:

“Hay interés de muy arriba de que las cosas salgan como están planeadas, estos pinches gringos van a hacer una inversión choncha; sus fábricas serán la columna vertebral de toda la puta industria automotriz, es una chance única para México, algo bueno para la indiada. Van a crear mil nuevos empleos al chingadazo, aquí es un onda de todos ganan, como ellos dicen... hasta su puta madre va a ganar con esta onda, y todo eso puede irse al carajo nomás por unas putas ladillas que lo único que quieren es joder

la borrega. Así de claras están las cosas. Lo que nos piden que *hágamos* es muy pinche fácil, eso de la administración de la crisis es pura mamada, nosotros sabemos cómo hacer las cosas aquí en nuestra tierra y con nuestra raza. Por ahora quieren que *vigilemos* y que *infórmemos* todo lo que vaya pasando, y lo que *puédamos* investigar es extra, ¿agarran la onda? Y ¡a huevo!, para que se lo sepan, vamos a tener nuestra recompensa, ¡buena marmaja para todos, cabrones!, así que no se me apendejen. Aquí se trata de entrarle con todo y chingue a su madre el que se raje... Y no vayan a creer que los que despotrican contra la empresa y el gobierno son damas de la caridad, idealistas demócratas, peritas en dulce, estudiantes mártires y curitas bonachones, ¡ni madres!, esas mariconadas son máscaras, detrás hay organizaciones gruesas que traen lo suyo, con órdenes y un putal de lana de países comunistas. Así como lo oyen. La Potranquita y los escuincles enculados que andan tras ella, y el abogadito de pacotilla, que todavía ni licenciado es, y los que se creen Ches Guevaras, no son más que la fachada, moscas muertas, engaña bobos. Créanlo. No se vayan con la pinche fin-ta. Ellos no se andan con pendejadas. Habrá estallido y ahí tenemos que entrarle nosotros con unos cuantos madrazas y lo que haga falta, ¿entienden?, ¡lo que haga falta!, y ya les dije, chingue a su madre el que se raje, le entramos parejo y con todo y no la hagan de pedo, que al fin luego todo se calma y aquí no ha pasado nada, y nosotros con la marmaja en la bolsa. Estos pinches gringos y sus socios de acá, Motores Xalostoc, no dan paso sin guarache, saben lo que quieren, por eso contrataron a unos abogados trinchones bien palanca, los Farell y López, que son de los que nunca pierden y

La huelga que vivimos
cuando pierden compran a Juan de su madre, y llamaron al Sindicato Minero, que no se vayan a creer que está manco, si es necesario ese sindicato llega hasta donde es necesario (así dijo, si es necesario los de ese sindicato llegan hasta donde es necesario), están dispuestos a cualquier pinche cosa, más vale que lo *hágamos* fácil, ¿me agarran la pinche onda?”

Sí cómo no.

Lo que dijo el gringo era cierto, yo lo creía, pero lo del Loco eran jaladas, que alguien más se tragara ese sapo. Bueno, el Fodongo estaba ahí para tragarse todos los sapos. Eso de que había organizaciones pagadas por países comunistas que buscaban sabotear el proyecto para joder a México, eso era puto cuento. Mencionaban a la Democracia Cristiana que venía de Venezuela, y el más trillado cuento de los comunistas cubanos y rusos y coreanos, que ya no lo cree ni el tío Gamboín, ni “Chabelo el amigo de todos los niños”. Yo no me iba a tragar el sapo, y menos conociendo a Ricardo Moisés, que era malhumorado y Terco, pero estaba organizando una huelga por causas muy simples y muy claras; ahí no había gato encerrado. A los activistas universitarios no los conocía, pero tampoco me tragaba el atole de que eran agentes comunistas y menos ella, La Potranquita, que estaba como quería, no le dolía nada ¿eh?

El plan de la empresa iba en serio ¿eh? Y el Loco tenía toda la razón del mundo al menos en una cosa: el Sindicato Minero no estaba manco; yo lo había visto actuar en otros casos, eran duros, tenían golpeadores especialistas en romper huelgas y huesos, parecían luchadores fuera del ring, y tenían filas de trabajadores supernumerarios o aspirantes a un empleo, que lo mismo los usaban para ganar votaciones

que para llenar mítines; eran carne de cañón para lo que se ofreciera. Esos sí saben de “administración de crisis”. Tenía razón el comandante García, por mal nombre El Loco: el Sindicato Minero no estaba manco.

“Si alguien se pasa de listo”, dijo el Loco, “me lo traen de los huevos, le explicamos que aquí nosotros somos la ley, y si no entienden le damos una calentadita pa que aprenda, y nada más, ¿entienden?”

Yo lo entendía perfectamente, pero el Fodongo quiso saber más:

“Comandante, ¿Qué quiere decir con pasarse de listo?”

“No te preocupes, tú vas a saber quién se está pasando, y si no, se lo preguntas a Virgilio. Pero no van actuar para nada antes de que estalle la huelga. Echen ojo, entérense de qué pie cojean los lidercillos. Después ya veremos. Ustedes tendrán el apoyo que necesiten. Todo el apoyo ¿entienden?”

Huelga, vigilancia, escaramuzas, despidos. La verdad no me gustaba el plan, y menos me gustaban los que lo habían planeado ¿eh? Pero a mí sólo me pedían que observara sin meter las manos. Antes me había tocado estar en trabajos sucios, lo que se llama sucios. También nombrados “trabajos especiales”. Una calentadita a un veintiuno, o sea un sospechoso, no me escandaliza, pero otra es torturar a alguien, a eso no le entro, aunque sea un veinticuatro, lo he visto y sé lo que te digo, si no eres un cabrón bien hecho los gritos te persiguen y no te dejan dormir ni comer en paz. También he visto un trece, o sea una violación tumultuaria, y le he visto la cara a la víctima, eso es comer sapos podridos y me los he tragado sin chistar, pero yo no le entro. Si estás ahí, el remolino te arrastra y nada puedes hacer para

La huelga que vivimos
evitarlo. Lo que nos pedían en Motores era limpio hasta ese momento. Pero luego... bueno, no podía saberlo pero podía adivinarlo, se iba a ensuciar...

El héroe y el villano

Yo estaba ahí cuando estalló la huelga. Vi a los estudiantes y a Ricardo con su cara de ídolo azteca con anteojos cuadrados, y a Cipriano Duarte con su interminable sonrisa bonachona, al grandote con cara de niño, y a los demás, y vi salir a los obreros del tercer turno gritando. La verdad, me emocioné, marchaban en hileras, la primera línea con los brazos enlazados, todos en un grupo compacto, muchos levantaban el puño, eran héroes de película. Parece raro que diga eso cuando yo estaba en el bando contrario ¿eh? Pero en ese momento era un espectador, un espectador con sentimientos encontrados. La verdad, me daba envidia, yo había entrado a la policía judicial no sólo porque era un empleo con un buen sueldo, sino, aunque no lo creas, entré con ganas de ser justiciero. Es que, en el fondo, todos queremos ser héroes. Luego ves las cosas como son y te acostumbras hasta cierto punto, hasta cierto límite, hasta la raya que no puedes cruzar. Si cruzas esa última raya ya no tienes paradera, le entras a todo, el hoyo no tiene fondo. Yo no la crucé: una cosa es un policía cínico, todos lo somos, y otra un policía sádico; una cosa es ser conformista, aceptar que las cosas son como son, y otra ser corrupto; una cosa es ver mierda, y otra comérsela; una cosa es tragar sapos, y otra que te gusten. En ciertos casos, cuando acudes a un diez y agarras un veintuno de homicidio, vuelves a sentir que tú eres el bueno, y puedes descargar tu rabia y mirarlo a los ojos: yo soy la justi-

cia. Pero una huelga es cosa distinta, ni siquiera hay delito... Sentía celos de Ricardo: él era el héroe, yo el villano.

MARTÍN MÉDANOS

¿Qué significa la huelga?

¿Cuántos de los mil obreros habían vivido una huelga?, se pregunta Montse. Seguramente muy pocos. A lo mejor ninguno. Algunos tenían diez años ocupados en la empresa o en otras industrias. Pocos eran obreros de segunda generación, hijos de la ciudad, habitantes de barrios viejos, con educación media. Otros eran obreros de reciente ingreso, recién llegados al campo; este era su primer trabajo en una fábrica y generalmente entraban en la categoría de “ayudante general” en áreas de limpieza o almacén, donde no se requiere calificación. A simple vista se notaba la diversidad de orígenes, bastaba ver con cuidado la salida de los obreros: su aspecto físico, su actitud, la forma de caminar en la banqueta. Los atuendos eran diferentes, algunos al salir se volvían a poner su sombrero de palma, seguramente no se sentían cómodos sin él. Así, diversa, era la clase obrera de Xalostoc en 1975.

Algunas historias, como la de Nabor, describen el salto del mundo rural al mundo nuevo: Había llegado a la ciudad no hacía mucho; cuando estalló la huelga se incorporó con gran entusiasmo a las brigadas y caminaba días enteros con una energía increíble. Las circunstancias que lo trajeron a la ciudad tenían un sabor mítico, parece un relato sacado de Las mil y una noches:

Chamaco quedó huérfano, en el pueblo un tipo aprovechó para traerlo de encargo. No pasaba día sin que encon-

La huelga que vivimos

trara la manera de burlarse de él. Hasta que se pasó de la raya. La única herencia de Nabor era una burra, a la cual cuidaba como a una hija. Se le ensarnó, la llevó junto al río a darle una friega que le recomendaron. El animal estaba terminando de secarse entre los mimos de él, cuando se acercó el malora. Con aire de inocencia preguntó qué pasaba. Nuestro compañero le contó y él le dio una receta infalible:

— Úntala con gasolina y préndele fuego.

Nabor era ingenuo pero no tanto, y cansado de que le tomara el pelo, agarró el cántaro más grande a la vista y amenazó con lanzarlo. El hombre aparentó que sentía terror y le pidió que lo dejara continuar el consejo, que no terminaba, claro, en la primera bárbara parte:

— ¡Cómo crees, si ya sé que la burra se te muere! No, la cosa es que antes la pongas a la orilla del agua, y cuando salga lumbre, la avientes.

— Ah —dijo, se dio a la labor. Ya que su única propiedad se echó a correr, ardiendo, despavorida, rumbo a la muerte, y el tipo soltó la carcajada, Nabor decidió usar el cántaro. Tenía al otro agachado, de espaldas, y se lo dejó caer en la cabeza. Ni volteó a mirar el resultado. Cogió rumbo a la carretera y con lo puesto subió al primer autobús que pasaba. Así de accidental había sido la decisión de venirse a la ciudad de México, donde luego de una noche al amparo de una obra en construcción en La Raza, un albañil le recomendó buscar trabajo en Xalostoc.

¿Qué significaba la huelga para cada uno de los obreros? Emociones encontradas, poder y miedo, el viento de lo nuevo, el ventarrón de lo nuevo, de lo desconocido.

Amanecer cada día de una manera inesperada, no correr para llegar a la hora exacta del reloj checador, sino llegar a la guardia, encontrar un ánimo festivo, platicar con los compañeros, pensar en lo que dicen los abogados, leer un libro de pastas rojas que es la ley, que habla de sus derechos, tomar un bote, agarrar un fajo de volantes, salir a recorrer calles y darle razón a la gente de su lucha, volver a la puerta de su huelga, oír canciones que no conocía que festejan batallas que tampoco conocía, atender discursos encendidos, emocionarse como antes no lo hacía. Vivir lo nuevo, lo absolutamente nuevo.

II

El crimen

(Muerte)

MONTSE

Banqueta fiesta

Estalla la huelga. En los primeros días no hay tiempo para pensar en un futuro lejano. Se organizan las guardias, la cocina. Aparecen bancos, una hornilla de gas, una mesa improvisada con tablas y encima una máquina de escribir. Se sujetan las lonas con mecates. Se extienden mantas y cartulinas, quién sabe de dónde salen las brochas y los botes de pintura. Se inventan pintas, carteles, frases. Es una nueva banqueta, lugar de sorpresas y actividades inéditas. Todo es nuevo. Me recuerda los patios universitarios en los días de movimiento. Es banqueta escuela, banqueta fiesta, banqueta mitin incendiario de activistas atraídos por la huelga más grande el Valle de México, la huelga del momento.

La huelga que vivimos

Hay que organizar brigadas que recorran el barrio y visiten otras fábricas de la zona. Hay que hacer grupos de estudios e invitar a profesores y viejos sindicalistas a dar pláticas. Todos tienen algo que proponer: uno insiste en que es muy importante llevarle volantes a los bomberos, su cuñado es bombero, y pues se hace un volante dirigido a los bomberos; a otro le parece indispensable informar a los taxistas, y pues se hace un volante dirigido a los compañeros taxistas; todas las ideas se aceptan y salen brigadas a los lugares más exóticos, una brigada de cuatro jóvenes va a la plaza Garibaldi, porque uno de ellos tiene un tío mariachi. El que más me llamó la atención fue un volante dirigido a los payasos; pregunté cómo se iba a distribuir ese volante, y un muchacho me dijo que había una asociación de payasos en Ecatepec y a uno de Troqueles se le ocurrió que podían apoyar la huelga... bueno, pues se hizo un volante: "Compañeros payasos: los obreros de Motores Xalostoc estamos en huelga... etcétera"

En la banqueta, la voluminosa máquina de escribir no descansa, un muchacho la aporrea sin parar, luego los borradores se llevaban al CCH o a CU, o a Tlatelolco al local del FAT, en donde todavía hay que picar los estenciles y echar a funcionar los mimeógrafos para imprimir los volantes, y luego guillotinarlos, para dejarlos en tamaño media carta. Hacía falta papel y tinta. Al día siguiente teníamos montones de volantes en una caja de cartón. Encima, en una cartulina, se leía: "Compañeros, tomen los volantes que necesiten, y dejen escrito a dónde los llevan a repartir". Así quedaban registrados todos los lugares: 1) Alameda, 2) Colonia Olimpia, 3) Payasos Ecatepec, 4) Fábrica de Envases de Lámina,

5) Fábrica de aceite, 6) Estación de Bomberos del centro, 7) Mercado de Medellín, 8) La Merced, 9) Camiones Insurgentes La Villa, 10) Zacatenco, 11) Mitin C.U., 12) Prepa nueve, 13) Colonia Martín Carrera... Me hubiera gustado conservar esa lista increíble.

No hay represión a la vista. Hay, sí, la vigilancia insidiosa, provocadora, de los policías metidos en tres patrullas.

Durante las primeras dos semanas la huelga navega en aguas favorable: “viento en popa a toda vela...” como dice el poema de Espronceda. La huelga es una fiesta. Se recibe mucho apoyo: llegan comisiones de todos lados con mensajes de aliento. Los locales de los Comités de Lucha de los CCH Vallejo y Naucalpan, y de ESIME y Físico Matemáticas del Poli en Zacatenco, parecen sucursales de la huelga. Incluso en la distante Ciudad Universitaria, en las Facultades de Ciencias y de Economía grupos de estudiantes recorren los salones de clase y juntan dinero para la huelga. Se ven brigadas mixtas, de estudiantes y huelguistas, cargando volantes y botes rojinegros.

La colonia Olimpia, vecina de la zona industrial, en la que viven muchos obreros de Motores, se convierte en otra sede del movimiento, es su extensión natural: en algunas ventanas cuelgan banderas rojinegras o carteles con leyendas de apoyo: “Solución a la huelga de Motores”, o simplemente: “¡Viva la huelga!”.

El mercado es el corazón de la colonia, centro social de reunión; todos los días lo visita “la brigada del megáfono” (así le decíamos porque era la única que contaba con ese artefacto), que recorría todos los pasillos del mercado haciendo gran alharaca, como desfile de carnaval, golpeando

La huelga que vivimos
los botes como tambores, y eran muy festejados por los marchantes. Volvía cargada de jitomates, cebollas, rábanos, chiles, limones y naranjas solidarias. En las guardias no faltaba comida. El platillo más común era “huevos en salsa picosa”.

El segundo domingo de la huelga se realizó el primer Festival Cultural en la explanada del mercado; grupos musicales y cantantes de protesta alternaban con oradores. Hasta un mago subió a escena, quién sabe de dónde salió: “También hay magos revolucionarios y conscientes...” anunció Cipriano que fungía como maestro de ceremonias. Hacía una rutina que desataba la risa: “Aquí tenemos a los charros, soplamos dos veces y... ¿qué pasa?... nada... soplamos tres veces, soplamos cuatro, soplamos cinco veces y... ¡chingó a su madre el charro! Y ahora —decía el mago— haré el mismo experimento, pero ahora con patrones: aquí tenemos a los patrones y soplamos dos veces...”

Los oradores no eran sólo de Motores Xalostoc, sino también de otros sindicatos como el de los electricistas, que en esos días sufrían represión y preparaban movilizaciones en varias ciudades.

La carestía era un tema común en los discursos. En esos tiempos se había desatado una inflación hasta entonces desconocida. Los precios aumentaban todos los días. Ese primer festival amarró la alianza de la Colonia Olimpia con la huelga.

En la tercera semana se empezó a repartir el fondo de resistencia. Los huelguistas hacen cuentas, se genera inquietud, calculan que el fondo no va a durar mucho. Salen más brigadas al boteo en camiones, mercados, escuelas y fábricas, pero lo recaudado no es suficiente para estar tranquilos.

El análisis que hacíamos antes de la huelga contaba con que los últimos meses se había registrado una caída de los inventarios y al mismo tiempo la producción estaba en lo más alto. Concluimos lo obvio: la industria estaba en auge, de manera que habría una gran presión sobre la empresa, no sólo por las pérdidas propias, sino por la exigencia de sus clientes, otras fábricas que se verían afectadas por el desabasto. Entonces no lo sabíamos, pero la caída de los inventarios era falsa, y nuestro análisis también. Habíamos hecho cuentas alegres. Más tarde supimos que la empresa tenía nuevas bodegas en Cuautitlán en las que habían almacenado cantidades importantes de sus productos. Habían creado su propio fondo de resistencia y era mayor que el nuestro.

En esa tercera semana ni siquiera había pláticas con la patronal. Había preocupación, aunque se ocultaba detrás de una cotidianidad festiva. Los electricistas prestaron un aparato de sonido que tenía mucho volumen. Nació “Radio Xalostoc Obrera”, que empezaba la mañana con el Himno a la Alegría, o con un disco que no sé quién llevó del los Coros del Ejército Ruso. Después seguía una especie de noticiero que daba “las noticias del movimiento obrero”, muchas inventadas y llenas de humor. Seguían largas sesiones de música de protesta, corridos de la revolución, canciones cubanas y suramericanas: Daniel Viglietti, Violeta Parra, Carlos Puebla; y mexicanos como Judith Reyes, Los Nakos, José de Colina, Gabino Palomares, Amparo Ochoa, y un repertorio que crecía. Lupita Pineda, que todavía no era famosa, fue a cantar en vivo y nos fascinó a todos.

A lado de la guardia, se jugaba una eterna cascarita de fut: un compañero, Fidel Galindo, de Troqueles, se convertía

La huelga que vivimos
en cronista y utilizaba el sonido para desgañitarse haciendo la crónica del partido. Ese compañero, de Ensamble, se acabó convirtiendo en la voz de Radio Xalostoc Obrera.

Juanita Álvarez

En esos días pasó lo de Juanita. No sabíamos si tenía que ver con la huelga o era totalmente otra cosa. Era una obrera muy joven, tenía una cara de luna morena, con cachetes redondos, ojos un poco rasgados, labios gruesos, una sonrisa que le brotaba fácilmente, y usaba unas arracadas espectaculares. Trabajaba en el Departamento de Empaques y Repartos. Vivía con su familia en la Colonia Olimpia. Desde que estalló la huelga asistió puntualmente a la guardia matutina. No hablaba mucho pero era entusiasta, a todo mundo le caía bien, estaba llena de alegría. Un día no vino y al día siguiente se presentó su mamá y habló con Ricardo Moisés. Le dijo que Juanita no volvería a las guardias que estaba enferma y además la necesitaba en la casa, y le pedía por favor que les avisara cuando terminara la huelga y hubiera que volver al trabajo. A Moisés le pareció todo muy raro, y por más que la interrogó para que le dijera lo que realmente pasaba, no le sacó nada. Moisés me lo contó tal cual, con todo y sus dudas. Busqué a Tita, otra compañera de Empaques, a la que había visto muchas veces platicando con Juanita, y le pregunté si sabía algo. No sabía nada, pero iría a visitarla. Esa misma tarde Tita fue a buscarme y me llamó aparte. “Te lo voy a decir sólo a ti”, me dijo, “tienes que jurarme que no se lo contarás a nadie”. Lo juré. “A Juanita la violaron... unos monos ojetes la agarraron hace tres noches y la subieron a un carro, la llevaron con los ojos vendados a un hotel pinche,

la encerraron en un cuarto mugroso y mal oliente... luego llegó el hombre que la violó... mientras me lo contaba no paraba de llorar..." Tampoco Tita paraba de llorar. La abracé y lloré con ella. Lloramos con mucha tristeza y con mucha rabia. "Me suplicó que no lo contara a nadie, que se moriría de vergüenza si alguien se llegaba a enterar y no podría volver a la fábrica. Te lo cuento a ti pero, por favor..." "No te preocupes", le dije, "pero sería bueno volver a verla para que no dejarla sola". Le propuse que fuéramos a verla al día siguiente. Aceptó.

Liga 23 de septiembre

La mañana del día 21 de la huelga encontré un ambiente alterado. Los que se habían quedado en la guardia nocturna todavía no se iban y los de la mañana ya estaban llegando. Estaban reunidos todos en círculo. Romo hablaba con una cobija en la espalda: "Llegaron a las cuatro y media, eran tres, los tres muy jóvenes. Sólo dos compañeros, Luna y Ramiro, estaban completamente despiertos. Los demás cabeceábamos o de plano estaban dormidos. Aquellos cuates que se acercaban a esas horas les dieron mala espina y nos despertaron a todos. Nos levantamos alarmados, pensando que habría un ataque de esquiroles que venían a romper la huelga. No era nada de eso. Vimos a esos tres jóvenes como aparición. No tenían una actitud agresiva, más bien se les veía nerviosos. Dos de ellos llevaban unos bultos de papeles. Cuando estuvieron cerca vimos que el tercero traía una pistola en la mano. 'No se asusten', dijo uno, 'no somos porros ni policías ni esquiroles, somos revolucionarios de la Liga 23 de Septiembre, estamos con ustedes, siempre estaremos del

La huelga que vivimos lado del proletariado. No creemos en las huelgas ni en los sindicatos. Pensamos que no sirven realmente a sus intereses, sólo los distraen y los meten en un callejón economicista que no lleva a ninguna parte. La única manera de emancipar a los obreros y a los campesinos, que deben ser sus aliados, es mediante una revolución armada que cambie el estado de cosas, que expropie a los expropiadores, o sea a los capitalistas, y que instaure un gobierno popular. Sólo venimos a pedirles que repartan y lean nuestro periódico, *Madera*, para que conozcan nuestras ideas. Y también les traemos un apoyo solidario para la huelga, para demostrarles que estamos con ustedes, aunque no creamos en esos métodos'. Diciendo esto pusieron en el suelo los dos bultos de papeles y un sobre. Dos de ellos se alejaron rápidamente, el de la pistola se quedó unos segundos más, mirando para todos lados. Luego pasó un Volkswagen y recogió a los dos primeros. Un minuto después pasó otro vocho y recogió al tercero. Los judiciales de la patrulla de enfrente ni cuenta se dieron".

Oímos el relato de Romo en gran silencio. Tardamos en reaccionar. Nadie decía nada. Nos veíamos unos a otros entre asustados e incrédulos.

"Eso es todo lo que pasó. Ahí están los dos bultos. No hemos contado el dinero que hay en el sobre."

VIRGILIO

Juego sucio

Estalló la huelga siguieron días de calma. Los huelguistas y nosotros navegábamos en paz. Nosotros éramos los vigilantes y ellos habían dejado de ser héroes, eran obreros con

bufanda que llegaban a sus guardias y se quedaban pensativos, hacían café por las mañana temprano, cocinaban un desayuno, salían en grupos con los volantes bajo el brazo, volantes que fabricaban en el CCH, por las tardes hablaban con visitantes, los escuchaban, proyectaban películas viejas sobre una sábana en calidad de pantalla. El primer sábado llegó “La Conga Obrera”, un grupo guapachoso que puso a bailar a todo el mundo. Durante nueve días navegaron en aguas mansas. Nosotros tranquilos, nomás vigilábamos.

Al décimo día nos reunimos con el gringo en la oficina del commandante García, por mal nombre El Loco. Estaban presentes otros agentes. En total éramos ocho. Debíamos estar preparados, vigilaríamos no sólo la huelga sino las casas de algunos dirigentes. Nos daban tareas que no eran las nuestras, pero nadie dijo nada, todos parecían muy contentos con la chamba y la promesa de lana para todos. Los huelguistas no eran ningún peligro para nosotros ni para nadie, pero a mí me latía que algo iba a salir mal. Me quedé callado. Entre los ocho estaba Juan Mena, por mal nombre El Burro, de negra fama... muy negra: lo llamaban para los trabajos más sucios, aceptaba cualquier encargo, aún el más cruel lo hacía con placer... con verdadero placer. Me caía como patada de mula. Y sabía que si llamaban al Burro habría noches oscuras para el alma. Muy oscuras. Mal agujero. Mala espina. Mala pata.

“Dejen que los huelguistas los vean”, ordenó El Loco, “que los pinches huelguistas vean las patrullas a todas horas, bájense de las unidades y luzcan sus fuscas sin pedo, mirándolos a la cara, que sientan que estamos por todos lados, que los vean hasta en la pinche sopa, que se caguen de

La huelga que vivimos miedo, que sepan que no se trata de un juego ¿entienden?, que piensen que en cualquier momento se los puede llevar la chingada”.

Anduvimos merodeando. Estacionados cerca, dentro de las patrullas, limpiando las pistolas a la vista de todos. Nos pasábamos horas tomando cerveza y mirándoles las nalgas a las obreras que pasaban. No faltó el machín que nos echara bronca, pero cuando veía que estábamos armados, se tragaban su coraje.

La verdad, no me gustaba lo que pasaba. No me gustaba nada. Pero yo era parte y no sabía qué palanca mover para salirme, cómo cambiar la situación, cumplía órdenes. Aunque a veces, la verdad, también te gusta sentir el poder, amedrentar a otros.

Era un juego sucio, ¿eh? Buscábamos crear una atmósfera de miedo. En un curso de contrainsurgencia había oído de la táctica de “pavor y confusión” aplicable a poblaciones enemigas, o que apoyan a fuerzas enemigas, pero no tenía sentido aplicarla a una huelga obrera, era inaudito. No era una guerra. No era una población enemiga. Si algo logramos fue una gran irritación entre los huelguistas. El efecto de pavor desde luego no lo conseguimos, y menos con la cantidad de gente que llegaba con comida para las guardias, con discursos incendiarios y canciones tropicales. Eso les daba seguridad y los envalentonaba.

El Burro era el más farolero, se la pasaba limpiando su pistola a la vista de todos, le encantaba ostentarse. Era un sinvergüenza. Todo mundo sabía que traficaba con armas. Siempre traía una fusca para ofrecerla en venta a otros agentes, nadie le preguntaba de dónde las sacaba, pero sabías

que, si necesitaba una pistola además de la de reglamento, el Burro la conseguía sin problema, podías elegir de entre marcas, calibres y precios. Conseguida incluso armas de uso exclusivo del ejército, y eso es más cabrón ¿eh? Todos tenían una pistola extra porque en ciertos casos más valía no usar la de reglamento para evitarse problemas si resultaba un muerto incómodo. Y si no estaba registrada y tenía borrado el número de serie, mejor, ¿eh? Yo tenía la oficial pero la verdad yo era la excepción Aunque en esos días dejé de serlo. Dejé de ser la excepción, digo, le compré una pistola.

Los días de calma iban a terminar. Desde el principio sospeché que El Burro tenía otra línea, que estaba mejor informado, que había voces que a mí no me llegaban. Estaba atrapado en una madeja inmanejable. Mi mente necesitaba culpar a alguien de la pinche situación que me tenía atrapado. Empecé a odiar a los activistas universitarios, eran los culpables de provocar algo que ellos mismos no sospechaban. ¿Qué carajos estaban haciendo ahí? Tan tranquilos, tan ricos, tan bonitos, futuros abogados o futuros médicos o futuros profesores, y las consecuencias las sufrirían los obreros, futuros nada, futuros obreros desechados. Los que corrían los riesgos eran los obreros. Los que se jugaban sus salarios eran ellos. Los que harían sufrir a sus familias eran ellos. Se me calentaba la cabeza. Quería gritarles que levantarán la huelga, que no fueran pendejos, que siempre estuvo perdida, que se los iba a llevar la chingada. Que ellos y sólo ellos iban a pagar el pato.

Beretta calibre 22

Habíamos tomado la tiendita La rLiga como nuestra. No más se acercaban los huelguistas si iban en bola para hacerse

La huelga que vivimos
fuertes. Uno solo, mejor ni se acercaba. El dueño nos hacía mala cara, con toda razón, saboteábamos sus ventas, ¿pero qué le quedaba? Nada. Agua y joda: aguantarse y joderse.

La verdad, yo no tenía idea de cómo iban sus negociaciones, o si había negociaciones siquiera. Sabía que la empresa no iba a ceder, pero no tenía idea de lo que ofrecía, si es que ofrecía algo. Dos semanas después la huelga seguía y las guardias todavía eran fuertes. Y nosotros nomás andábamos dando vueltas, o nos instalábamos en La Liga y ahí nos estábamos, tomando y mirando a las obreras y a las estudiantes. El Fodongo le traía muchas ganas a una de las que hacían guardia en las mañanas:

“Me la voy a apergollar, me cae de madre”, me dijo un día, “nomás que la halle sola en uno de esos callejones, la desaparezco y me doy gusto, ¿me haces el paro?”

“No mames”, le dije, “si ella quiere no hay pedo, pero si no, ni madres”.

Tomaba nota de lo que pasaba en la guardia. De lo que alcanzaba a ver desde afuera. Además de los reportes oficiales, escribía en mi libreta lo que pasaba día tras día.

Teníamos un soplón entre los huelguistas, pero no me reportaba a mí sino al Burro. Lo llamaban “el agente Q”. Lo de “Q” era por “culero”, así lo bautizó el propio Burro.

El día 17 de la huelga hubo una bronca provocada por el Burro; se topó con uno de los de la guardia de la puerta dos y le tiró unos madrazos sin decir agua va, porque lo vio feo o le dijo algo. Pero los otros de la guardia se dieron cuenta y corrieron tras él y sus cómplices, los alcanzaron y amenazaron con lincharlos: eran un chingo. El Burro y sus compinches sacaron las fuscas y se abrieron paso. Fueron

segundos en los que la escaramuza pudo convertirse en tragedia. Los obreros les abrieron camino con las mandíbulas trabadas. “No caigan en la provocación, quieren violencia para declarar ilegal la huelga”, dijo el gigante con cara de niño, que al parecer sabía controlar sus impulsos. Los dejaron pasar entre un rumor de gruñidos y voces contenidas. Se subieron a las patrullas y arrancaron; cuando ya se iban les cayó encima un ladrillazo. No se detuvieron. El obrero golpeado sólo tenía un ojo morado. Este episodio me lo contó el propio Burro con un tono fanfarrón, pero no podía ocultar su muina: se había sentido humillado, había tenido que salir corriendo, había sentido miedo. “Pinches putos”, dijo, “pero no hay pedo, la cosa no va a quedar ahí, se la voy a cobrar a estos pinches indios pendejos muertosdehambre”.

La verdad, no me gustaba nada lo que se estaba armando. Me latía que la agresión del Burro no era casual. Estaba provocando, sólo que no sucedió como esperaba. No sé qué esperaba. El ambiente estaba cada día más cargado. Veía un rompecabezas de tres piezas: en una estaba El Burro, que tenía órdenes para mí desconocidas, el sindicato Minero y los planes de la empresa; en otra estaban los abogados y una bola de estudiantes que iban y venían con su montón de volantes y su montón de consignas y discursos y canciones. En el centro, los obreros y Ricardo Moisés, que querían cosas muy simples: que los dejaran tener su propio sindicato, que les pagaran más y que les dieran mejor trato. Eso es lo que veía. Pero, la verdad, lo que me preocupaba es lo que no podía ver, lo que no estaba a la vista.

Después de diecisiete días el ambiente se hizo todavía más denso. El Burro andaba todo el tiempo dando vuel-

La huelga que vivimos
tas frente a las guardias riéndose, diciendo frases ofensivas y cosechando mentadas de madre. Cuando topaba con uno o dos obreros alejados de la guardia, los insultaba con sus palabras preferidas: “pendejos muertos de hambre”.

En esos días le compré al Burro una Beretta calibre 22 de diez tiros. Buena pistola, fácil de manejar y muy liviana, la puedes traer tranquilamente en la bolsa de la chamarra. Un calibre chico puede ser más útil de lo que te imaginas ¿eh? A como estaban las cosas, pensé que un día de esos podía necesitarla, uno nunca sabe.

No fue un paseo dominguero

El día 18 de la huelga nos convocó el comandante García, por mal nombre El Loco. Nos reunimos en La Número Uno, la cantina de Avenida Cuauhtémoc, los mismos de la otra vez, más un abogado de apellido López y un enviado del Sindicato Minero, Juan Figueroa, Secretario de Conflictos, quien nos dio su tarjeta y nos saludó a todos con un apretón de manos. Al gringo ya lo habían regresado a Houston. El abogado nos informó en tono muy serio que estaba a punto de lograr la declaración de “inexistencia”, lo que sucedería el día siguiente, ya estaba todo apalabrado con el Presidente de la Junta, y para cumplir con la ley sería necesario abrir la fábrica a como diera lugar 24 horas después de que se diera el fallo. Figueroa dijo que si los huelguistas se negaban a volver al trabajo, había suficientes miembros de su sindicato con ganas de trabajar para sustituir a esos huevones. De ser necesario, dijo el comandante, tendríamos que garantizar el ingreso de los nuevos obreros, para lo cual contaríamos con refuerzos de más agentes y de un camión de granaderos.

“Todo es legal”, insistía López con su sonrisa blanda, “perfectamente legal, no podrán hacer nada para evitarlo, y si se oponen, el uso de la fuerza estará justificado”.

“Justificadísimo”, dijo El Burro.

A la tercera ronda estábamos eufóricos; el asunto terminaría bien y recibiríamos la gratificación prometida. Debíamos estar listos. La verdad, yo no quería sentirme parte de ese desmadre, pero era parte de ese desmadre.

Llegaban las botanas sin parar. Salieron a relucir las ganas que el Fodongo le traía a la obrerita de la puerta uno. “Pues agárrala”, decía El Burro, “si te gusta, nomás agárrala: a las viejas les gustan lo hombres cabrones”. Entre bromas se convirtió en el tema de las siguientes horas. Todos alardeaban de sus aventuras eróticas, y daban consejos al Fodongo que casi babeaba. El Burro lo agarraba del brazo y le aconsejaba: “la jalas aunque no quiera y le dices ´órale mamacita ya llegó tu mero mero´, la empujas a la patrulla y la llevas a donde yo te diga, un cuarto que te va a salir barato, ahí te la coges las veces que quieras, así nomás, de huevos, le das duro, que sepa quién manda; a ella le va a gustar, yo sé lo que te digo, luego va a volver por más; nosotros te hacemos el paro, nadie va a impedir que te la echas, nadie la va a hacer de pedo...” Y mientras decía esto, el pinche Burro me miraba con sus ojos vidriosos.

Ya con media estocada volvimos al tema de la huelga. El abogado López era el único que no bebía, se hacía pen-dejo con una cuba y le echaba más hielos y más coca, pero no tomaba ni madres; medía, calculaba, fingía... Me di cuenta que era un hijo de la chingada de los peores; porque hijos de la chingada éramos todos ¿eh?, pero los hay de dos tipos: los malos y los peores.

La huelga que vivimos

Dijeron que ya tenían apalabrados a cincuenta huelguistas que iban a jalar, que estaban listos para romper la huelga cuando se diera la orden, y otros cincuenta de afuera, de los mineros, que llevarían en camiones. Estos entrarían protegidos por los granaderos, y entonces nuestro “agente Q” daría la orden a los esquiroles de adentro de que entraran haciendo gran escandalera para provocar la mayor confusión posible y arrastrar a otros.

“La huelga se rompe por todos lados”, dijo Figueroa, “pero sobre todo desde adentro, con los propios huelguistas que empiezan a rajarse cuando sienten que todo está a punto de perderse. O, lo que es lo mismo, que los de enfrente ya tienen ganada la pelea. En ese momento alguien tiene que gritar el ‘sálvense quien pueda’. Entonces los de la empresa y los mineros adoptan una actitud comprensiva, paternal, y aceptan a los que quieran cambiarse de barco, o mejor dicho, a los que quieran brincar a las lanchas salvavidas, y los reciben con los brazos abiertos, como a hijos pródigos... pero claro, no aceptan a cualquiera, a los alacranes hay que dejarlos fuera y aplastarlos”.

En medio de ese gran desmadre, nosotros escoltaríamos a los actuarios de la Junta y a los empleados de confianza que empezaría ciertos trabajos dentro de la fábrica. Figueroa contaba historias de otras huelgas rotas. Y decía a cada rato: “no somos esquiroles, entiendan, son ellos los esquiroles, los que están en contra del trabajador”. Le dolía la palabra “esquirol”.

La reunión terminó en borrachera. Fuimos a Garibaldi donde El Burro contrató a unas putas. Las llevamos al Mazatlán, un Hotel de quinta que regenteaba la amante del

Burro. Ahí me separé del grupo. No había tomado tanto para perder la conciencia de lo que estaba pasando. No es que me haga el puritano, no me horroriza una borrachera y una noche de putas, lo que me daba nauseas era ser parte de una pandilla mangoneada por El Burro.

Al día siguiente me llamó el comandante a la oficina. Me entregó un sobre. “Esto es para ti”, dijo, “de parte de la empresa Motores Xalostoc, como reconocimiento de tu esfuerzo”. Lo abrí. Era un fajo de billetes de veinte dólares. Me le quedó viendo al Loco “No quiero compromisos de este tamaño”, dije. “No mames, Virgilio”, me dijo, “No seas pinche puto”, y no añadió más. Guardé el sobre y salí de su oficina. Después nunca nadie mencionó el asunto del dinero.

Declararon ilegal la huelga, no el día que dijo el abogado sino después, cuando la huelga cumplía 27 días. Ya lo tenían todo preparado: los mineros, los empleados, los granaderos y nosotros. Según eso entraríamos tranquilamente, quitaríamos las banderas y los candados, y la fábrica quedaría legal y pacíficamente abierta. Pero no fue así... No fue un paseo dominguero sino algo bien distinto, algo terrible.

MONTSE

Huelga inexistente

28 de septiembre. Era lunes. Martín no hizo la guardia nocturna del domingo porque la mañana siguiente tenía una entrevista para un empleo. Se cumplían 27 días de huelga. Todo estaba tranquilo. La gente un poco cansada, lo normal. Eran las siete de la mañana y ya me iba, a esa hora debían llegar los relevos, pero me quedé un poco más porque vi-

La huelga que vivimos mos movimientos extraños en la esquina. En la guardia estábamos como veinte o algo así, incluidos Ricardo Moisés y Cipriano Duarte.

Aún no llegaban los del turno matutino. Había cierto relajamiento en los horarios. A cuatro semanas de huelga me parecía que el desánimo empezaba a extenderse. El desánimo puede ser contagioso. Muchos obreros pensaban que la huelga sólo duraría una o dos semanas, y ya pesaban las presiones económicas de las familias.

A las ocho aparecieron varias patrullas de judiciales. La de Virgilio Lima a la cabeza. Poco después llegó el abogado de la patronal, Armando López F. Los policías lo rodearon para recibir instrucciones. Luego se acercó a quince metros o algo así, y desde ahí nos habló con un megáfono. Era absurdo, podía acercarse y decirnos lo que quisiera, no le íbamos a hacer nada. Pero nos habló con el megáfono. Dijo que debíamos permitir la entrada de los empleados porque la autoridad había declarado “inexistente” la huelga y, si ofrecíamos resistencia, la policía podía usar la fuerza. Dijo varias veces las mismas frases, como si se las hubiera aprendido de memoria. Las repetía mecánicamente. “La autoridad ha declarado la huelga inexistente. Están obstruyendo el paso de manera ilegal. Si en cinco minutos no dejan el paso libre, la fuerza pública usará la fuerza”. Nos quedamos callados varios segundos, quién sabe cuántos. “La autoridad ha declarado la huelga inexistente. Están obstruyendo el paso...” Estábamos como pasmados, nos veíamos unos a otros sin reaccionar. “La autoridad ha declarado...” Nos agarraron de sorpresa. No sabíamos que pensar, qué decir, qué hacer. El primero en hablar fue Moisés:

“Qué inexistente ni qué ocho cuartos: la huelga existe, aquí están las banderas y aquí estamos nosotros, esto es una huelga.”

“¡A huevo que existe, compas, cómo chingados no!”, dijo Cipriano.

Después hablamos todos al mismo tiempo, de carrera, saliendo del pasmo, irritados. Yo pensé que era una trampa, que nos querían sorprender. Instintivamente nos pegamos unos a otros para hacer un grupo compacto. El abogado repetía, megáfono en mano, la misma cantaleta: “La autoridad ha declarado...”, pero ya no lo escuchábamos... Empezamos a corear:

“¡Esta huelga es legal!”

“Es/ta huel/ga es/legal”

Gritábamos cada vez más fuerte y acelerábamos el ritmo. Escucharnos a nosotros mismos nos animaba, nos daba confianza. No hacíamos caso del ridículo abogado con su ridículo megáfono y prefirió retirarse con todo y policías. Se quedaron en la esquina. Daba la impresión de que ahora eran ellos los que estaban desconcertados y no sabían qué hacer.

Tres compañeros salieron a recorrer las calles de la colonia a dar la alarma y llamar a fortalecer las guardias. Al rato ya éramos más de cien: unos cincuenta huelguistas y otros tantos vecinos. Llegaron muchas mujeres de la colonia. Eso me llamaba la atención: en lo sindical las mujeres participaban poco, en cambio en las colonias populares era al revés, las mujeres eran las que rifaban, las más entronas y las que respondían a todas las convocatorias, a veces con bebés en brazos y jalando a una hilera de hijos.

La guardia se nutría minuto a minuto. No dejaban de llegar hombres y mujeres, sueltos o en grupos de dos o tres,

La huelga que vivimos apurados, con caras enrojecidas. Otra vez nos sentimos fuertes. “Dicen que no existimos, pero véanos, aquí estamos!”, gritó Rubén Robles, un compañero que además de corpulento tenía una voz tan potente que parecía traer un micrófono integrado. Luego retomamos la consigna del momento con más ganas:

“¡Es/ta huel/ga es/legal!”

La presencia de la policía no nos intimidaba. Al contrario, nos encendía. No creíamos que fueran a atacarnos. Pensamos que habíamos abortado el ataque con la respuesta de huelguistas y colonos reforzando la guardia.

“Querían agarrarnos con la guardia baja”, dijo Moisés, sonriente como pocas veces, empujándose los lentes contra la frente.

Yo también me emocioné. Una guardia de veinte era una guardia frágil, pero ya éramos más de cien y seguían llegando como por goteo. Se acercaban por los dos lados de la banqueta. No paraba el goteo.

Pablo Alcalde llegó todo agitado y sudoroso, como si hubiera corrido la milla. Traía consigo su portafolios de siempre. Se le veía nervioso. El nudo de la corbata flojo. Las manos inquietas. Nos reunimos en bola para escucharlo. Respiró hondo para recuperar el aire y calmarse un poco y entonces dijo:

“Nos dieron palo, compañeros”.

Le brotaban las palabras con prisa, poniendo toda la información en frases encimadas:

“La Junta nos madrugó. Dio un fallo absurdo, totalmente contrario a derecho. Estamos preparando un amparo. De todas maneras tenemos 24 horas para levantar la huelga.

Espero que antes de ese plazo obtengamos la suspensión de un juez. Si no la conseguimos tendremos que decidir si levantamos la huelga o la mantenemos con todos los riesgos que conlleva una huelga extra jurídica."

"¡Huelga!, ¡huelga!, ¡huelga!", se oyen voces salteadas, una aquí, otra allá: "¡Huelga!, ¡huelga!". No es la palabra voluminosa de otros días. Es una palabra delgada.

"No nos precipitemos, mantengamos la calma", dice Pablo Alcalde moviendo las manos con las palmas extendidas como aplacando el ánimo. Los argumentos jurídicos le daban vueltas en la cabeza pero no aterrizaban en orden, hablaba pensando en voz alta, podíamos hacer una cosa u otra: amparo, suspensión, mitin, mesa de diálogo, compromiso, vuelta al trabajo, exigir condiciones, nuevo emplazamiento, huelga constitucional... Era difícil seguirlo. Moisés preguntó sobre las consecuencias de no levantar la huelga. Pablo contestó con frases nada claras. Consecuencias malas... dice... luego duda... quién sabe... depende...

"¿Ya nos chingaron?, ¿ya valimos madres?", pregunta Nabor.

"¡No!, ¡no!", contesta, "esto todavía no se acaba, tenemos que seguir en la lucha, sólo hay que pensar cuál es el mejor camino".

"Si regresamos así nomás ya nos chingaron", dijo Fidel, el de Troqueles, "porque los perros de oreja se van a sentir intocables, vencedores, y ahora sí van a joder bien y bonito, vamos a andar valiendo verga".

"Díganos la verdad, licenciado, ¿ya valimos?", preguntó Rubén Robles, el joven con cuerpo de gigante.

Las preguntas y las respuestas ya no se corresponden unas a otras, hay muchas voces al mismo tiempo, es como

La huelga que vivimos
una lluvia de palabras, muchas palabras que caen en desorden: “Calma, calma... huelga, huelga... carajo, carajo... volver con la cabeza agachada... mejor seguirle... regresar... chinguen a su madre... ni madres... nos vale madres... retroceso... agachados... paso atrás... madriza... ¿quién los para?... putiza la que nos van a poner... huelga, huelga... ¿qué nos queda?... ¡putísima madre!, nos vale verga su chingada inexistencia... que nos lleve patas de cabra... huelga, carajo, huelga...”

“Huelga, carajo, huelga”. La frase gusta y todos la repetimos.

“Huelga, carajo, huelga”

“Huelga, carajo, huelga”

En la esquina se estaban juntado granaderos con empleados de la fábrica. También se acerca una camión de retilas cargado de hombres vestidos con camisas de mezclilla nuevas y flamantes cascos de trabajo. Aumenta la inquietud entre nosotros.

“¡Huelga, carajo, huelga!”

Nos acercamos unos a otros para sentirnos fuertes.

“Traen esquiroles”, murmura Moisés.

Los policías se aproximan encabezados por un civil de corbata y portafolios. No sabemos qué esperar. Pablo Alcalde, Rubén Robles y yo nos adelantamos para hablar con el presunto actuario. La guardia se dispersa un poco, pero unos quince huelguistas forman una valla enlazando los brazos frente a la puerta negra de lámina. La puerta mide unos siete metros y está asegurada con una cadena y un candado grande. La bandera rojinegra la cubre en parte. En el centro de la valla están Ricardo Moisés y Cipriano Duarte.

Lo que siguió sucedió en segundos.

En segundos

“Licenciado...”, empezó Pablo Alcalde dirigiéndose al funcionario. Con éste venían tres de los judiciales que habíamos visto rondar por la fábrica día y noche, uno de ellos era Virgilio Lima.

“Licenciado...”, repitió Pablo, “estamos dentro del plazo de 24 horas que nos otorga la ley tras el fallo para quitar las banderas y volver al trabajo, nos encontramos aquí en actitud pacífica, espero que tome nota de este hecho. Le pedimos que retire a la policía para evitar una provocación, y que no interfieran en la asamblea que ahora mismo vamos a llevar a cabo...”

Entonces la policía hizo un movimiento abriéndose hacia los lados para dejar el paso al camión de redilas cargado de esquiroles que enfiló hacia la puerta. Los huelguistas se movieron para no ser arrollados. Frente a la puerta se mantenían los quince de la valla con los brazos enlazados. Moisés en medio sobresalía por su estatura. Todos volteamos a ver lo que pasaba... y callamos.

El camión tomó velocidad. Sólo el motor se escuchaba. Como si no hubiera otra cosa en el mundo. Todo lo demás estático y silencioso.

El camión de redilas no frena al acercarse a la puerta, por el contrario, acelera. Truenan el motor como animal rabioso. No va a detenerse. Está muy cerca, ya no tiene manera de frenar a tiempo. Los de la valla se tiran a los lados, Moisés se queda en el centro con los brazos abiertos, incrédulo. Me parece que abre la boca.

La huelga que vivimos

Alguien gritó un “no” destemplado que todos oímos. O todos soñamos. Pudo ser Virgilio, el judicial. Pude ser yo o el propio Moisés cuando entendió que el camión no se detendría. O pudo ser nadie, pudo ser el grito que se ahogó en cada garganta, que no logró salir, que oímos por dentro, horroroso.

El choque contra la puerta provocó un gran estruendo; la derrumbó aventándola hacia los lados. El camión se detuvo veinte metros adentro. Atrás quedó Moisés, en el piso. No era posible que hubiera sobrevivido, lo prensó el camión contra la puerta.

El policía judicial Virgilio Lima corrió. Fue el primero en acercarse mientras los demás estábamos paralizados. Se agachó junto a Moisés. Cipriano, quejándose con voz ronca, con un brazo deshecho, permanecía tirado

El abogado de la empresa, Armando López F., que había presenciado todo a unos treinta metros, desapareció como por arte de magia. También se esfumó el funcionario de la Junta.

Pablo y yo nos acercamos a Moisés. Yo temblaba y me costaba respirar. Sentía mis pulmones inútiles. Estaba aturdida. La cabeza me pesaba muchísimo, casi no podía sostenerla. Estaba a punto de caer, las piernas no me soportaban, mis rodillas finalmente se rindieron. Permanecí arrodillada viendo la escena desde ese ángulo.

El camión con su carga de esquiroles se metió a la fábrica, se detuvo un momento. Los esquiroles de camisas nuevas permanecían inmóviles. Me quedó grabada la figura de un muchacho larguirucho que miraba hacia nosotros con la boca abierta. A pesar de la distancia me quedó grabada

su imagen. El camión echó a andar de nuevo y salió por la puerta dos. Los de aquella guardia habían corrido hacia la puerta uno cuando oyeron el estruendo. Hicieron el amago de seguirlo, pero se detuvieron, no tenía sentido, el camión tomó velocidad. Nadie sabía qué hacer. ¿Quién había abierto la puerta dos?

Quedábamos sólo los huelguistas, sin policías ni esquiroles ni funcionarios... salvo Virgilio Lima, el judicial, que seguía inclinado sobre el cuerpo de Moisés, callado, con mirada torva, sin hacernos caso a los demás, como si no existiéramos. Por su actitud pensé que rezaba. Ya no había silencio, pero no recuerdo el nuevo ruido. ¿Empezó a llover? No estoy segura, probablemente. Recuerdo el rumor de voces sin palabras. ¿Pasaron minutos? Las sirenas rompieron el rumor.

Una ambulancia se llevó a Cipriano. La otra se fue vacía, no podía levantar a un muerto.

Yo seguía arrodillada, sin fuerzas ni voluntad de nada. Alguien me tocó el hombro y al fin pude levantarme. Virgilio se había ido. Me acerqué a Moisés. Vi su rostro amoratado. Alguien trajo una sábana blanca para cubrir el cadáver. Caía una llovizna suave. No llevaba sus lentes cuadrados. Los busqué con la mirada a su alrededor. No estaban. Minutos después la sábana blanca cubría su cuerpo y su cara, y ya tenía cuatro veladoras encendidas, dos a la cabeza, dos a los pies. Las veladoras estaban encendidas a pesar de la llovizna... Es la imagen que guardo.

Pasaron dos horas hasta que llegó el Agente del Ministerio Público. Le dije a Pablo que yo no aguantaba estar ahí, y menos aguantaría prestar declaración. Me dijo que es-

La huelga que vivimos
taba bien, que me fuera. Caminé la cuadra de muros grises. Ahí seguía, antigua, un poco deslavada, la pinta del primer día: “¡A la huelga camaradas!”

Rubén me encaminó hasta la esquina, me pareció más larga que nunca. La tiendita La Liga estaba cerrada. Quería irme de ahí, alejarme, pero caminaba despacio, como si me doliera el cuerpo. No me dolía nada. No quería otra cosa que buscar a Martín y contarle lo que había visto y dejar que me abrazara. ¡Dios, cómo necesitaba ese abrazo! No quería otra cosa. Lo que en verdad quería era que no hubiera sucedido lo que sucedió. Que Moisés no hubiera muerto. Que nunca hubiera estallado la huelga. Que no lo hubiéramos conocido, que nunca hubiéramos platicado con él en los bancos de La Liga. Que Martín hubiera estado ahí. Que yo estuviera en otra parte. Que no estuviera cayendo esa llovizna fría. Nada de eso tenía remedio. Mis deseos no tenían sentido. Lo único racional era querer abrazarlo, dejarme abrazar, permanecer muchas horas en silencio bajo la cobija roja de cuadros. Las piernas entrelazadas. Eso quería. Al menos que cesara la llovizna. Al menos eso. Tenía unas ganas mundiales de llorar, pero no ahí. Tenía la ropa húmeda. Paró el camión, le pagué al chofer. Un hombre muy serio me cedió el lugar. Prendí un cigarro. ¿Qué otra cosa podía hacer? Estaba calientito ahí.

Martín estaba contento cuando abrió la puerta, le había ido bien en la entrevista con quien sería su nuevo jefe, pero sólo verme supo que había pasado algo terrible. Me apoyé contra él con todo mi peso para sentir que me sostenía, que no me dejaría caer, y lloré sin límite. Sabe esperar, es una característica suya que me gusta. Poca gente tiene esa bella cualidad. Le conté lo sucedido con pocas palabras y en

muy poco tiempo y de manera torpe y confusa. Pero lo principal estaba dolorosamente claro: mataron a Moisés.

¡Me sentía tan mal! Para acabarla de amolar empezó mi menstruación. ¡Qué mal me sentía! Qué consuelo estar con Martín y sentir sus manos que siempre tiene calientitas, no sé por qué pero siempre las tiene calientitas.

VIRGILIO

Yo sí estuve ahí

Fue como lo describió Martín Médanos en su libro. Ahí estaba La Potranquita, y estaba también Pablo Alcalde, el “licenciado kínder”, como le decíamos. Pero a Martín no lo vi, así que supongo que lo que escribió fue la versión de ella ¿no? Bueno, pues yo sí estuve ahí; estuve demasiado presente; demasiado cerca. Fue muy doloroso ¡carajo! Hubiera preferido no estar. Pero estuve y lo vi todo. Después las imágenes volvieron mil veces a mi mente. Yo también oí ese “no” angustioso que dice el libro, y tampoco supe de dónde había salido, de mi garganta, o de la de ella, o de la garganta de un dios inútil.

“¿De un dios inútil?”, no sé de dónde saqué esa frase idiota.

Un grito de ninguna parte que no sirvió para nada. Esa noche la pasé en vela, no podía borrar la escena diabólica ni el grito ni la frase idiota. ¿Si no hubiera conocido a Ricardo me hubiera importado? La verdad, quizá no. Sólo se hubiera quedado en un horror cotidiano, pasajero, una noticia negra, un accidente, un mal trago de esos a los que uno acaba acostumbrándose. Pero resulta que lo conocía, era mi

La huelga que vivimos contrario, pero no podía verlo como enemigo; me consideraba su pariente, ¿cómo podía resultarme ajeno? No era nada más una muerte injusta; era un muerto conocido. Tumar la puerta con el camión de redilas no estaba previsto, por supuesto que no, su misión era llevar a los esquirols, no cometer esa barbaridad, ¿a quién se le ocurrió semejante pen-dejada? No sólo fue un asesinato a sangre fría, fue también una estupidez magnífica que ni a la empresa ni a la Junta ni al Sindicato Minero, ni a nadie, le convenía. Era estúpido. Si alguien lo ordenó, no tengo idea de quién ni para qué. Pero reconocí al chofer del camión de redilas, eso sí te lo puedo decir ¿eh?, era Juan Mena, por mal nombre El Burro. Era él, no tengo ninguna duda, y a su lado iba el pendejo del Fodongo.

Me acerqué al cuerpo sin vida de Ricardo. No había nada que hacer, estaba destrozado. Murió en el acto. Ahí me quedé junto a él, viéndolo. Como si de tanto verlo pudiera cambiar las cosas. La cabeza me daba vueltas.

El esquirol

Volví a la patrulla y arranqué. Manejaba confundido y furioso. Llamé al comandante y me citó en un galerón del barrio de La Villa. Ahí estaban los esquirols de camisa nueva. Hacían fila para recibir una ración de barbacoa y luego iban a sentarse en mesas improvisadas con tabloncs largos. Había botellas de Presidente y Bacardí. La escena era de fiesta, pero el ambiente no era festivo. Comían y tomaban en silencio. No estaba el comandante, ni ningún otro agente. Mientras esperaba me serví una cuba bien cargada y me senté entre los esquirols. Me ofrecieron un taco, pero no tenía ni pizca de

hambre. Vacié la cuba y me serví otra. Estaba encabronado, aunque no podía dirigir mi encabronamiento contra nadie. Debo haber tenido un aspecto terrible porque un joven casi niño se me acercó afligido y me preguntó si me encontraba bien. Por supuesto que no estaba bien. “Estoy bien”, le dije. Era un muchacho alto que tenía cara de niño, lampiño, ojos inocentes, pelo corto que se levantaba en picos, y orejas de radar. La camisa nueva no alcanzaba a cubrir sus brazos demasiado largos. Parecía un zancudo. Me inspiró confianza. A veces sucede que intuyes que estás frente a una persona buena. Me senté con él y sus acompañantes que resultaron ser su papá y su hermano.

No me moví de ahí porque no sabía qué hacer ni a dónde ir. Fumaba dándole chupadas profundas al cigarro, como uno hace cuando no sabe qué sigue, para dónde jalar, cuál es el sentido del próximo combate... cuando has perdido el norte.

Habían pasado tres o cuatro horas.

Era un día lluvioso y fresco, pero en aquel galerón hacía calor, por tanta gente junta, y por las estufas improvisadas, y por el alcohol que circulaba sin freno.

El joven aquel se llamaba José, venía de San José del Mezquital, una ranchería del Estado de Hidalgo, pobre como ella sola y de tierras duras. Venía con su padre y su hermano mayor, pero estos habían tomado demasiado y estaban con la cabeza abatida, no oían nada aparentemente, ni hacían caso de lo que pasaba fuera de su mente entumida.

José, en cambio, quería hablar (lo necesitaba) y yo lo animé. Por alguna razón que no puede explicarse, yo le inspiraba confianza como él a mí, y me contó su historia:

La huelga que vivimos

Había cumplido 18 años en septiembre. Estaba ahí con su hermano, Gengis, y con su padre, también llamado Gengis. Hacía al menos tres años que los dos habían dejado el pueblo para buscar trabajo en Ciudad Sahagún. José se quedó con su mamá y sus dos hermanas niñas. Junto con su mamá se ocupaba de trabajar la milpa que cada vez producía menos. El año pasado apenas sacaron 20 cargas, que ni de lejos ajustaba para el gasto de todo el año. Tenían que guardar una carga para la sembradura, y de los demás vendían la mitad. No lo guardaban todo porque se acababa llenando de gorgojo. Así que era mejor ir vendiendo partes, porque además tenían otros gastos. El caso es que a los seis meses ya no tenían nada, ni para vender ni para el nixtamal del diario. El poquito frijol que cosechaban entreverado en la milpa, se acababa aún más pronto. Después ya sólo comían lo que su mamá traía del monte: quelite y verdolagas cocidas. Esa situación se había agravado en los últimos años. Por eso hace tres que su hermano y su papá salieron a buscar trabajo, y desde entonces, a veces mandan dinero, y compran lo que se ocupa. Pero a veces no les llega nada por semanas y no comen otra cosa que las verdolagas y el quelite cocidos. Cuando todavía iba a la escuela primaria la maestra Diana Bedolla les repartía los desayunos escolares que los niños recibían con ansias. Pero a veces no los mandaban los del municipio, y entonces la maestra Diana mandaba comprar dos kilos de galletas de animalitos a la tienda de Don Pancho y se los repartía a puñitos, y les servía un chorrito de leche. Todos querían mucho a la maestra Diana. Pero luego se la llevaron los policías acusada de haber tirado piedras contra el Palacio Municipal. La metieron a la cárcel y luego ya no

volvió la maestra Diana. A sus hermanas ya no les tocaron los desayunos escolares, porque los del municipio ya nunca los mandaban. Y tampoco les tocaron los puñitos de galletas de animalitos. Se ponía triste José cuando contaba todo esto porque sus hermanas estaban muy flaquitas y les brincaban los ojos. Y su mamá también estaba muy flaquita y la oía llorar por las noches.

Desde que cumplió catorce se ocupó junto con su mamá de la parcela. Pero por más trabajo que metían, desyerbaban a tiempo y espantaban a los pájaros, y le platicaban a la milpa cuando ya estaba crecida, pero de todos modos la cosecha empeoraba cada año. Por eso, este año su papá fue por él para llevárselo a trabajar en una fábrica. Fueron a Ciudad Sahagún y ahí se quedaron en la casa de su tía, una hermana de su papá, que estaba casada con un obrero de ahí. El papá y el hermano estaban también sin trabajo, había terminado la obra en que se contrataban como ayudantes de albañil. Ninguno de los tres fue contratado en la industria, pero los pusieron en una lista del sindicato. Luego vino la oportunidad de ir a una fábrica de México. Le entregaron 500 pesos a cada uno, y pantalones y camisolas nuevas, y los subieron en camiones de redilas. Los trajeron de un lado para otro. Llevaban dos noches durmiendo en ese galerón del barrio de La Villa, en el que estaban ahora, comiendo y bebiendo. Les repartieron cobijas, y les daban de comer. Los dejaron bañarse. Les dijeron que estaban esperando que la fábrica abriera sus puertas. Hasta hoy, que los despertaron temprano y les dijeron que ora sí iban a trabajar, que tenían que echarle muchas ganas para ganarse un puesto. Iban emocionados y también con algo de miedo. Pero nunca

La huelga que vivimos
imaginaron que sucedería algo como lo que sucedió. José se asustó muchísimo cuando el camión, con ellos adentro, embistió la puerta y a la gente que estaba ahí. Después los trajeron de vuelta al galerón, les trajeron barbacoa y botellas. Y ahí estaban, sin saber qué les esperaba.

Estaba mareado y me sentía muy confuso. El comandante no llegaba. Decidí irme de ahí. José me preguntó si podía darle un aventón a la terminal de camiones porque pensaba irse a su pueblo. Quería llevarle los 500 pesos a su mamá y volverse luego. Gengis, su hermano, oyó entre brumas lo que hablábamos y sacó sus 500 pesos y se los dio. Le recomendé que dividiera el dinero y se lo guardara en distintas bolsas y en los calcetines. Lo llevé a la terminal y esperé hasta verlo subir a un camión de segunda. Abrí el radio para comunicarme con el comandante, pero lo pensé mejor, lo apagué y me fui a la casa. Luisa me abrazó sin decir palabra, como siempre hacía cuando adivinaba que mi mente estaba en medio de una tormenta, a punto de naufragar. Me quedé dormido hasta el día siguiente.

Incredulidad y abandono

No fui al sepelio. Fue vigilado por otros agentes, yo no quise ir, y el comandante no insistió. Luisa, mi mujer, hermana menor de Leticia, la viuda, me platicó que aquello fue una manifestación más que un cortejo fúnebre. Cientos de obreros detrás del ataúd, silenciosos, hasta que de repente una voz destemplada se levantó y el silencio estalló en gritos que se habían contenido. Recuerdo la escena como si la hubiera visto. Y junto a ella guardo también la de la tristeza infinita en los ojos de Leticia de unos días después cuando fui a darle

el pésame. No había resignación en sus ojos, tampoco coraje; había incredulidad y abandono. No pude sostenerle la mirada; tampoco pude pronunciar palabra alguna. Abracé a mi cuñada vestida de negro, de piel gris y labios lívidos. La viuda de mi querido enemigo murmuró palabras incomprensibles.

La noticia estuvo en todos los periódicos. *Excelsior* la puso en primera plana, y en los días siguientes le dio mucho vuelo, varios editorialistas tomaron el tema y lo analizaron por todos lados. La empresa y el Sindicato Minero guardaron silencio. La Procuraduría de Justicia informó que había abierto una averiguación previa. Con el pretexto de no descartar ninguna línea de investigación, soltaron la sospecha de que podía ser consecuencia de un conflicto entre huelguistas y obreros que quería trabajar, y que tampoco podían descartar otras líneas, no se podía ignorar la presencia de agitadores externos, e incluso se había detectado la presencia de gente vinculada al grupo terrorista Liga 23 de Septiembre. Estaban sembrando dudas ¿eh?, y quizá preparando una revelación espectacular: estaban juntando los ingredientes: obreros inocentes, agitadores profesionales, terroristas... y un mártir. ¡Válgame Dios!

Días después las cosas dieron un giro inesperado.

MARTIN

Un dios inútil

No vi morir a Ricardo Moisés. No estuve ahí. Me enteré cuando Montse llegó a mi casa. No la esperaba. Nomás verla supe que algo muy grave había sucedido. Lloró des-

La huelga que vivimos
consolada, desesperada, antes de ser capaz de articular una frase. Cuando se tranquilizó me dijo lo que había pasado. Me hice una idea muy confusa de la escena: en mi mente los actores eran como sombras, sólo era nítida la imagen de Montse en medio del caos. Me contaba la historia a retazos, dejaba las frases incompletas para respirar hondo y seguir hablando, pero le volvía a faltar aire y se interrumpía de nuevo. Permanecían en su cabeza los ruidos de la confusión: el sonido indescriptible del motor desbocado del camión de redilas, los gritos de alarma, después de terror: el “¡no!” que salió de quién sabe dónde, quizá de otra garganta, quizá de la suya, quizá del muro, de las nubes, del cielo, o de un dios inútil, como dijo Virgilio. Un “¡no!” más animal que humano. Y al final el ruido seco, mineral, que llegó como señal para inaugurar un silencio súbito previo al sonido de cientos de zapatos golpeando el cemento, como tormenta, para acercarse a los heridos, mejor dicho, al herido y al muerto, porque Moisés murió instantáneamente, se le reventó el corazón. Entonces en el aire sólo hubo soledad. La soledad de cada uno separado por su miedo de la multitud que había gritado hasta desgañitarse y de pronto calló y se impuso ese silencio pétreo, llegado de ninguna parte, imponente, igual que ese “no” de unos segundos antes, y que Montse siguió escuchando muchos días... muchos años después, algunas noches.

Se fueron definiendo las sombras conforme desgranaba las frases y volvía a empezar el relato ente las interrupciones que tenía que hacer porque el aire se le escapaba. Y detrás de los sollozos me llegó el reproche que yo mismo me hice desde que abrí la puerta y vi su querido rostro pálido:

¿Por qué no estuve ahí? La razón es que había tenido una entrevista con Morgan, el editor, mi jefe, pero eso no importa, cualquier motivo resultaba trivial, simplemente no estuve ahí. ¿De haber estado presente las cosas hubieran sucedido de otro modo? Pregunta ociosa y sin respuesta o con un número infinito de respuestas. ¿Quién soy yo? ¿Cuál es mi peso específico para pensar que podía cambiar lo sucedido para bien?

Al sepelio sí fui. Estuve ahí con los demás. Hubo caminata hasta el camposanto. Un recorrido lleno de tristeza, como cualquier entierro, pero también de coraje, como no en cualquier entierro.

Fue cortejo fúnebre, pero también fue manifestación: se gritaban vivas a la huelga, vivas al muerto, mueras a la policía y al gobierno y a los charros y a los patrones; se coreó el nombre de Ricardo Moisés. Se recitaron las frases conocidas: “no un minuto de silencio/ sino toda una vida de lucha”; “Moisés camarada/ tu muerte será vengada”. Se gritó “¡poder obrero!” como letanía, que ya antes de la huelga se utilizaba dentro de la fábrica en acciones como los paros locos (el paro de media hora en un departamento desquiciaba a toda la fábrica), los mítines a media jornada, los enfrentamientos colectivos con el capataz más odiado, El Canchola.

¿Qué haces ante un muerto, una víctima, un mártir?, ¿ante su familia desolada? Gritábamos “poder obrero” como desafío desmedido que no expresaba sino coraje. ¿Qué podía hacer el poder obrero?, ¿a dónde podía conducir ante los hechos consumados?, ¿tu muerte será vengada?, ¿cómo?, ¿manteniendo la huelga que unos días antes desfallecía?, ¿manteniéndola a toda costa?, ¿hasta sus últimas

La huelga que vivimos
consecuencias? Era muy difícil en ese momento pensar en el derrotero de la huelga. ¡Qué difícil quitarse de la frente la idea de la venganza! La impunidad, la impotencia, la justicia imposible conducen a una sola idea: la venganza. Pero ¿vengarse de quién? Había un culpable difuso que encarnaba en muchas personas, algunas sin rostro. ¿Dónde termina la venganza y empieza la justicia?

La noche después Montse, Pablo, Romo y yo estuvimos juntos en La Blanca, un restaurante que está a dos cuadras del Zócalo. Nos veíamos unos a otros desconcertados. Había sucedido algo no sólo inesperado sino demasiado grande, y lo andábamos cargando en nuestras espaldas. Teníamos que sugerir un camino. Desde luego estaba el recurso jurídico. Pero no podíamos sentarnos a esperar que el poder judicial hiciera justicia. Esperar eso es esperar un milagro. Habíamos perdido lo que nos quedaba de inocencia. El Ministerio Público actuaba bajo consigna política y también lo hacían los jueces. Nuestra única posibilidad era la presión extra jurídica a través de los movimientos sociales, de la muy escasa prensa independiente, de la generalmente estéril opinión pública y, más importante todavía, lograr alguna presión internacional desde organizaciones de la cultura, de la prensa y hasta de la iglesia católica.

Nos dolía que un muerto en una huelga en una fábrica de un barrio de la ciudad de México fuera poco para hacer el ruido que hacía falta para que se hiciera justicia. Nos pesaba doblemente la muerte de Moisés. Nos dolía la muerte de un amigo y compañero y dirigente, y nos dolía también que una muerte fuera poca cosa, que una enormísima injusticia se viera tan pequeña, tan insignificante, ¿tenía

que haber decenas, cientos de muertos, para desatar la solidaridad de muchos?, ¿podía dejarse pasar con indiferencia por la sociedad de la que éramos parte?, ¿tenía que haber otro dos de octubre, otro diez de Junio, otro Río Blanco para sacudir la siesta del medio día?, ¿los muertos de uno en uno no cuentan?, ¿no importan? Lo que llevaba a la última pregunta: ¿las micro dosis de represión son táctica infalible?

Tampoco en el campo laboral veíamos las cosas con optimismo. Pablo Alcalde no estaba seguro de conseguir el amparo que suspendiera la declaración de “huelga inexistente”. ¿Entonces? La huelga tenía que seguir, pero sería una huelga de hecho, es decir una huelga ilegal que podría desembocar en despidos masivos y en desbandada. La única salida era convertir el de Motores en un movimiento con significado político muy amplio, con la participación de otras fábricas, de universidades, de organizaciones civiles y, si era posible, conseguir resonancia internacional. Necesitábamos hacer mucho trabajo de relaciones por todos lados. Alrededor de la mesa nos dábamos ánimos. Nos ocultábamos la sensación de que el saco nos quedaba demasiado grande.

MONTSE

Por ejemplo una huelga de hambre

La idea no fue mía como me reclamó Martín. No fue mía.

Acabábamos de enterrar a Moisés, caminamos con la viuda y sus hijos desde el panteón hasta su casa y ahí estuvimos tomando café dulce con canela. Todos estábamos abatidos, como es natural, pero el que parecía más afectado era Pablo, tenía la cara color plomo y miraba hacia el piso

La huelga que vivimos
todo el tiempo. Yo quería mostrar entereza, pero era una entereza falsa. En la noche me derrumbé, no podía detener el llanto, me agachaba y bajaba los brazos sin sentido, miraba hacia todos lados buscando nada... Ahí estaba Martín para detenerme; me abrazaba, me acompañaba.

“Tú no estabas ahí”, le reclamaba.

Martín callaba.

“Tú no estabas ahí.”

El me abrazaba con fuerza tratando de controlar mi temblorina.

“Tú no estabas ahí”, no podía dejar de temblar ni de repetir el reclamo; hacía frío, pero no era el frío lo que me hacía temblar, estaba como drogada.

El reproche era injusto, o más bien, absurdo, no tenía sentido, pero la frase rebotaba en mi cabeza.

La mañana siguiente nos reunimos en la puerta uno. Cipriano Duarte estaba en el hospital y Ricardo Moisés enterrado. Los demás del comité se veían entre sí, sombríos, asustados. Rubén Robles ya no tenía cara de niño.

La huelga había sido declarada ilegal y sin embargo seguía. No sabíamos qué hacer.

Esa mañana yo ya estaba tranquila. Triste pero tranquila. Nos veíamos unos a otros con azoro: Pablo Alcalde, Juan Romo, Rubén Robles, Emilia Mares, Nemorio Hernández, Benito Ríos, Romualdo Juárez y yo... También andaba por ahí, como tantos otros días, un poco apartado, José Matheuala, el adolescente que se había convertido en activista de la huelga.

Ora vez Martín no estaba (era el primer día de su nuevo empleo). Ninguno ponía en duda que la huelga debía continuar, al menos ninguno lo hacía en voz alta.

Cuando aventaron el camión y mataron a Moisés, iban a romper la huelga, los esquiroles estaban listos para tomar la fábrica y seguramente más tarde un actuaria daría fe de que se trabajaba normalmente. Así lo tenían planeado. Pero se asustaron de lo que habían hecho. Sucedió lo inesperado: llegaron las ambulancias, obreros y vecinos rondaban como sombras, con miedo y rabia, era una atmósfera terrible, cargada de navajas; en ese intermedio sombrío desaparecieron los esquiroles, se esfumaron los policías y los representantes de la empresa, como ratas asustadas. Huyeron todos menos uno de los judiciales, Virgilio Lima, que se quedó arrodillado junto a Moisés y nadie hizo nada por agredirlo o reclamarle nada. Era una imagen llena de compasión.

Al otro día estábamos reunidos sin un plan, sin una idea de lo que debíamos hacer, hasta que Pablo empezó a hablar. Su tono era muy serio, raro en él que siempre está a punto de decir un chiste, pero el horno no estaba para bollos. Era una de las frases que decía mi mamá: si se calentó demasiado el horno no metas el pan porque se quema por fuera y queda crudo por dentro, o algo así. Hay que esperar a que se enfríe un poco. Me vino la frase por el tono grave de Pablo. El horno no está para bollos. El horno quema.

“Fue un atraco jurídico”, dijo, y repitió la frase con rabia: “un atraco jurídico, un robo en descampado”. Tomó aire y volvió a su estilo de profesor: “La declaración de inexistencia se dio en términos totalmente improcedentes. Totalmente. Ellos arguyen la inconformidad de la mayoría de los trabajadores y presentan una lista de firmas de gente que jamás se ha parado en la planta, que nadie conoce. Y la Junta acepta el dicho de la empresa, así nomás, sin base

La huelga que vivimos procesal, y declara la inexistencia. Nosotros demandamos la realización de un recuento, pero solicitando que se lleve a cabo con el padrón del Seguro Social correspondiente a la última quincena cobrada, y no con ese padrón inventado... La Junta no ha contestado, pero mientras tanto ya se cumplió el plazo de 24 horas en el que la ley obliga a volver al trabajo. Es decir, técnicamente todos los trabajadores pueden ser despedidos. Por otra parte sufrimos una agresión artera ante los ojos de un funcionario de la Junta, que le costó la vida a nuestro Secretario General. Cometieron un asesinato enfrente de cien testigos. La empresa no puede alegar inocencia. Con los agresores estaban los abogados de la empresa y los esquiroles traídos por ella del Sindicato Minero. La gente de la empresa ordenó el ataque”.

Después de una pausa larga concluyó: “Así que, compañeros, no podemos simplemente levantar la huelga y dar vuelta a la página”. Algo así dijo.

“No, no podemos.” Dijimos a coro.

Habló Romo, que entonces era maestro del CCH y acompañaba a sus alumnos a solidarizarse con la huelga. La habían seguido desde el principio. Se les veía con naturalidad en las guardias. Algunos de esos alumnos eran hijos de familias pobres, otros venían de la clase media. En ese grupo estaba Emilia Mares, una muchacha muy movida y muy simpática que era hija de un general del Ejército,

Romo dijo cosas no muy comprensibles, pero una cosa si se entendió claramente: había que hacer algo fuerte, algo que correspondiera al tamaño de la situación, algo inesperado que no dejara las cosas en los términos anteriores al asesinato, una medida, dijo, que cambiara el terreno de

juego, que llamara estruendosamente la atención de la sociedad, que la hiciera voltear a vernos, que no pudiera mirar hacia otro lado y seguir ignorándonos como si nada. ¡Carajo, se había cometido un asesinato!

La prensa había hablado del asesinato de Moisés pero como nota roja, sin explicar las causas de la huelga, sin darle el sesgo político que tenía, y además sin involucrar a las autoridades y a los patrones ni como testigos ni como cómplices ni como autores intelectuales.

Tenía razón Romo. Había formulado algo que todos pensábamos. Necesitábamos algo fuerte, algo estruendoso. ¿Pero qué?, ¿algo como qué?

“Por ejemplo una huelga de hambre”, dijo alguien, no recuerdo quién, pudo haber sido el propio Romo, no sé.

Pablo Alcalde estaba pensativo, en media hora no había dicho nada mientras los demás hablábamos en círculo persiguiéndonos la cola. Habló entonces como despertando: “Yo me voy a poner en huelga de hambre en la Junta de Conciliación y Arbitraje, si alguien quiere acompañarme es bienvenido”. Fue tajante, no daba lugar a la discusión. Simplemente nos comunicó una decisión personal inapelable. Creo que estaba haciendo falta una cosa así, una decisión individual firme. Hubo un breve silencio, pero nos había contagiado a todos. Después de la sorpresa todos hablamos al mismo tiempo. Sí, esa era la medida que estábamos buscando. Yo me sumé inmediatamente, y también Emilia Mares, la estudiante del CCH, y dos de los despedidos, Benito y Romualdo, los más jóvenes, y Nemorio Hernández, del Comité Ejecutivo. En ese momento fuimos seis en total los que nos declaramos dispuestos a ponernos en huelga de hambre.

“¿Cuándo?”

“Mañana”, dijo Pablo, “al cumplirse tres días del asesinato de Ricardo Moisés”.

Todos estuvimos de acuerdo. Si alguien estaba en contra no dijo esta boca es mía. La emoción dejó muy atrás al miedo. Habíamos encontrado una salida a nuestra urgencia de hacer algo fuerte. Enseguida se desató un activismo frenético, había muchas cosas que hacer y debíamos hacerlas aprisa: llamar a la prensa, hacer una lista de organizaciones sindicales y campesinas y de todo tipo para informarles de la huelga de hambre y sus razones, en particular visitar al CENCOS, que se ocupaba con mucha eficacia de la comunicación social, organizaba conferencias de prensa y editaba boletines que distribuía muy ampliamente; también al Secretariado Social, organización seglar de la iglesia católica, y a otro grupo relacionada con el Obispo de Cuernavaca, Don Sergio Méndez Arceo, quien había estado apoyando abiertamente las luchas obreras; ir al FAT y decírselo a Alfredo Domínguez y a Antonio Villalba, que habían estado atentos a nuestra acciones; visitar a Rafael Galván, líder de la Tendencia Democrática de los electricistas, que había recibido un fuerte golpe del gobierno y había contestado con la Declaración de Guadalajara y una nueva ola de manifestaciones; teníamos que comunicarnos con todos los comités de lucha estudiantiles que ya nos estaban apoyando; teníamos que escribir un manifiesto sobre la nueva fase de la lucha y el sentido y razón de la huelga de hambre: así titulamos ese manifiesto: *Sentido y razón de la huelga de hambre de Motores Xalostoc*; teníamos que buscar un médico dispuesto a atender a los ayunantes, que revisara nuestro estado de sa-

lud antes de comenzar y nos asistiera durante el tiempo que durara; teníamos que conseguir una tienda de campaña, seis catres, y un montón de otras cosas.

El activismo nos devolvió el alma al cuerpo. Tapamos el miedo con la actividad desaforada. Nos contagiamos mutuamente un entusiasmo surgido de repente, juramos, gritamos consignas, pintamos cartulinas; de pronto, como en los primeros días de la huelga, aparecieron cartulinas y mantas y plumones y botes de pintura y jóvenes agachados dibujando letras: "Moisés, camarada, tu muerte será vengada". "Por Ricardo Moisés no un minuto de silencio sino toda una vida de lucha". "Cárcel a los asesinos, exigimos justicia". "Patrones y policías son la misma porquería". "Charro, gobierno y patrón son un mismo ladrón". "Obreros de Xalostoc, luchamos unidos". "Huelga de hambre para que la ley se cumpla". "Huelga de hambre por la dignidad obrera". "Democracia, justicia y ley". "Ante las tranzas de la Junta: ¡Poder Obrero!" Cada quién ponía su consigna favorita, lo que le salía del alma. Yo pinté mi propia cartulina: "Luchamos por la justicia".

En unas horas se habían juntado muchos huelguistas y espontáneamente salimos en una manifestación que recorrió las calles de la Colonia Olimpia. Éramos unos doscientos. La gente nos recibía con aplausos y voces de ánimo.

"Los héroes no huelen bien"

La mañana en que acordamos la huelga de hambre Martín no estaba ahí. No lo vi sino hasta la noche. Habíamos decidido irnos a vivir juntos, ya teníamos visto y apalabrado un departamento en la Colonia Juárez. Esa noche fui a verlo a

La huelga que vivimos
su casa de Yautepec 67. Le platiqué lo sucedido con mucho entusiasmo, pero su respuesta no fue la que esperaba, no sólo no compartió mi entusiasmo sin que se puso furioso: “¿Están locos? ¿Lo dices en serio? Es absurdo”. Estaba tan enojado que no encontraba las palabras “Es absurdo”, “es una tontería”, “es una burrada”, “no puedes decirlo en serio”, “es como darse un balazo en el pie”, “como ponerse una espada sobre el cuello”, “¿en qué estaban pensando?”, “absurdo, aberración, tontería, burrada”, repetía palabras sueltas y tartamudeaba frases incompletas. Nunca lo había visto así, estaba furioso, “a punto de turrón”, como decía mi madre, o “como agua para chocolate”. Estaba “más enchilado que un caldo de chile habanero”.

No esperaba esa reacción de Martín. Y mi respuesta también fue rabiosa... Yo también perdí el control y me fui contra él, igual con palabras sueltas y frases tartamudas, con ganas de lastimarlo: “¡Así que es una burrada!”, le grité, “¡idiota!”, “¡idiota!”, “¡idiota!”, le gritaba y tenía ganas de tirarle golpes. “¡una burrada, ¿eh?!”, “¡una burrada!”. “No entiendes un carajo. No critique lo que no entiendes”. No encontraba las palabras para decir lo que pensaba, porque no pensaba, sólo quería herirlo, hacer que se sintiera culpable. Me callé para agarrar aire y luego lo acribillé: “hubieras estado ahí para discutirlo, para que nos ilustraras con toda tu inteligencia y sabiduría, para que nos dijeras lo que había que hacer. Pero no estabas ahí. El ideólogo más chingón de la pradera nunca está ahí en los momentos decisivos...” En esos casos abres la llave no puedes cerrarla, me seguí con todos los reclamos y cuentas pendientes. Fui muy grosera; demasiado grosera. Martín se iba poniendo pálido confor-

me soltaba mi rollo, y sin esperar a que terminara dio media vuelta y salió... No dio un portazo, pero como si lo hubiera hecho... Quedé pasmada... estábamos en su casa y él se iba y me dejaba hablando sola, o gritando sola. Tenía ganas de llorar pero me aguanté, no podía hundirme; no en ese momento en que me sentía tan sola. Cerré la puerta con cuidado y me fui. Caminé de prisa. Llegué a mi casa. Mi mamá me vio rara pero no dijo nada. Yo la abracé como si fuera ella la que necesitara consuelo, y me sentí mejor. Sin decir una sola palabra me preparó un té de manzanilla y me dio una rebanada de pastel Tres Leches, que ella sabe hacer como nadie, y que a mí me encanta, es dulcísimo, te inunda de azúcar toda la boca y la garganta, y te sube hasta el cerebro y te hace olvidar todo.

Más tarde Martín fue a verme. Mis papás todavía tenían la casa de Río Nazas. Nos habíamos calmado. Le serví un pedazo de pastel y lo devoró. Le pedí perdón muchas veces y él a mí. Nos acariciamos las manos y pudimos hablar. Me explicó el motivo de su furia: tenía razones políticas y prácticas, no aceptaba que sus compañeros se hicieran daño a sí mismos, mucho menos que yo lo hiciera. Estaba en contra de las “acciones pasivas” y de los martirologios.

“Eso no va con nosotros”, dijo, “somos revolucionarios no mártires, nuestra fuerza no está en victimizarnos. El martirio puede suceder, pero no se busca”. Dijo también que había reflexionado sobre algo que de cualquier manera ya no tenía marcha atrás y que, después de todo podía ser algo bueno si lográbamos convertirlo en un centro de atracción para muchas fuerzas desde donde difundir la causa; alguna prensa podía darle importancia, al menos el *Excelsior*, que

La huelga que vivimos había adquirido gran prestigio por seguir una línea independiente, o al menos que no siempre se plegaba dócilmente a los dictados del gobierno. También podía convertirse en una plataforma para activistas de otros movimientos y de grupos de izquierda. La condición para convertirla en una medida acertada era transformar una “acción pasiva” en su contrario, una convocatoria para la acción, y después no aferrarse y dar el paso atrás a tiempo, no inmolarse, no casarse con la idea de seguir en la huelga hasta las últimas consecuencias, como solía decirse, no creerse textualmente las frases de los héroes: patria o muerte, libertad o muerte, más vale morir de pie que... todas las frases que contienen la palabra muerte son absurdas... no son buenas ni para discursos... no queremos héroes muertos. No quieran ustedes, los que se pongan en huelga de hambre, ser héroes.

Dijo una frase que no se me olvida, que bien a bien no sé qué significa: “los héroes no huelen bien”. Una frase que sacó quién sabe de dónde, creo que de una novela de Jiménez Farah.

Hablamos mucho rato. Pasamos de una cosa a otra. Nos abrazamos, nos arrancamos la ropa, hicimos el amor, el remedio para todo, y nos quedamos dormidos, abrazados, desnudos, sin miedo.

MARTIN

Medida extrema

La mañana que empecé a trabajar en la editorial decidieron hacer una huelga de hambre. Otra vez no estuve en un momento importante. No me gusta la huelga de hambre como

método de lucha. No la entiendo. Es demasiado costosa. Detesto la vocación de martirio: recuerdo el caso de los patriotas irlandeses, Bobby Sands murió en la cárcel tras 66 días de huelga de hambre, y le siguieron sus camaradas, que también llegaron al final, en medio del dolor de su gente y de la condena mundial al gobierno británico. ¡Qué tristeza!, ¡qué admirable! A ese costo tan alto lograron una amplia propaganda mundial para su causa que de otro modo no hubieran tenido. Con toda mi admiración por esos patriotas, me cuesta aceptar que un hombre que lucha por la vida se deje morir. Simplemente no lo acepto.

De haber estado en la junta que decidió que un grupo de compañeros hicieran huelga de hambre, me hubiera opuesto con todas mis fuerzas. No sé si lo hubiera evitado, quizás no, porque por otra parte no tenía una propuesta distinta para llenar las ganas y la urgencia de “hacer algo”. La huelga de hambre era una acción fuerte, un grito que correspondía al estado de ánimo de todos. Era además sorpresiva. Y no se me ocurría nada que respondiera de la misma manera, algo equivalente, un grito igual de fuerte.

De todos modos no me gustó la huelga de hambre, y menos que Montse estuviera adentro. Cuando me lo dijo, mi respuesta fue ruda. Sentí el cerebro lleno de humo. Salí a caminar para calmarme, para no tirar objetos contra las paredes. Después volví y abracé a mi querida Montse. Admirable, valiente, amada Montse. No había remedio, sólo quedaba apoyarla a ella y a los demás. “La huelga va”, era un hecho, debía asumirlo y partir de ahí.

De todos los voluntarios dispuestos a sumarse, rechazamos a Emilia Mares, jovencísima estudiante del CCH.

La huelga que vivimos

Se argumentó mucho que era hija de un general del Ejército, y nadie podía prever las consecuencias de ello. Para mí el argumento fuerte era su edad, era casi una adolescente, y las consecuencias en su salud podían ser más graves; llamaría mucho la atención pero habría críticas ácidas y no faltarían las acusaciones de manipulación perversa; y encima, su papá, el general, quién sabe cómo reaccionara.

Ante la situación de hecho, con la reversa trabada, buscaba sus aspectos positivos. Por supuesto los tenía: era una medida llamativa, “extrema”, desesperada, pacífica, que iluminaba las injusticias sufridas por los obreros cuyo delito único fue haber luchado por sus derechos elementales, y en respuesta habían sido agredidos cobrándoles una cuota de sangre. Me convencí a mí mismo de que era una decisión buena a condición de que nuestros compañeros no se causaran un daño irreversible.

Los acompañaría todo el tiempo, pero no me pondría en huelga yo mismo. Hablé con mi nuevo jefe, el editor Morgan para pedirle un permiso; era una audacia, aún no tenía dos días de trabajo y le pedí que me dejara faltar una semana, de hecho estaba pidiéndolo que me guardara el puesto para después. Le dije a Morgan la verdad: el motivo era que mi novia se pondría en huelga de hambre y quería estar con ella noche y día. La razón debió parecerle tan extraña como irrefutable y, para mi sorpresa, aceptó. Podría empezar, dijo, cuando mi novia abandonara la huelga de hambre. No sé si su gesto era de asombro, pero en todo caso algo tenía de satisfacción, quizá por la oportunidad de conceder un permiso por un motivo tan original.

III
Huelga de hambre
(Resurrección)

MONTSE

Empezamos el ayuno

A las seis de la mañana llegamos a la explanada de la Junta de Conciliación y Arbitraje. Cinco empezamos el ayuno: Pablo, Nemorio, Benito, Romualdo y yo. Emilia Mares, la estudiante del CCH, estaba muy dispuesta a sumarse, pero no la admitimos porque era demasiado joven y además era hija de un general del Ejército y no sabíamos que consecuencias podía tener esto último. Ella lo entendió y se metió de cabeza en el activismo, con sus dos amigos que siempre la seguían repartían volantes, hacían pintas, boateaban todo el día.

Acordamos que en los siguientes días se fueran sumando compañeros de otras luchas, así proyectaríamos la imagen de un movimiento que crecía, sumaba, se fortalecía...

El primero en sumarse fue Francis, un compañero del Secretariado Social, organización católica de seglares. El ex jesuita había acompañado la huelga desde el principio. Hizo un breve discurso sobre el sentido del ayuno cristiano. Leyó un pasaje de La Biblia. Yo no entendía por qué una persona tan ligada a la iglesia coincidía con nosotros en algo como la huelga de hambre. Pero era bien venido. Habíamos oído de la izquierda de la Iglesia, del Concilio Vaticano II, de la CELAM de Medellín, de la Teología de la Liberación y

La huelga que vivimos
los cristianos para el socialismo, del “Obispo rojo” de Cuernavaca que apoyaba las luchas populares y hasta de curas guerrilleros, como el colombiano Camilo Torres. Pero no le habíamos puesto mucha atención. Y de pronto palabras de La Biblia nos acompañaban. Me resultaba extraño pero no me incomodaba, al contrario, a mí, íntimamente, me alegró, me dio confianza, quizá por mi formación católica, porque crecí en una familia católica a la que quiero mucho, y porque, no sé si tenga sentido decirlo, si fuiste cristiano nunca se te quita del todo, algo se queda ahí, y lo que se queda es la mejor parte. Bueno, no sé, no lo he pensado mucho, pero algo así creo...El caso es que el movimiento se fortaleció. Fue un gran aliento para muchos obreros: la gran mayoría de ellos son católicos no sólo de nacimiento, sino que es parte de su identidad, se dicen católicos, bautizan a sus hijos, los llevan a la primera comunión, se casan por la iglesia, van a misa algunos domingos, se santiguan cuando pasan frente a un templo, traen a la Virgen de Guadalupe en la mente, y a veces también en una estampita en la cartera o en una medalla al cuello.

Aunque yo me había alejado totalmente de la práctica religiosa, de todos modos me reconfortaba la justificación de nuestra huelga encontrada en el libro sagrado, y me gustaba la presencia de gente de Iglesia. El domingo siguiente el Obispo Méndez Arceo, en la misa de la catedral de Cuernavaca, nos mencionó en su homilía: pidió “orar por los obreros de Motores Xalostoc y por los hermanos y hermanas que hacen un ayuno por la justicia”. Días después recibimos de él un mensaje en el que nos saludaba y nos acompañaba “en solidaridad cristiana”. Esas fueron sus palabras. Cuando lo

leímos a las decenas de obreros que estaban ahí, estalló un aplauso emocionado, de veras emocionado.

Pero vuelvo al primer día de la huelga de hambre: instalamos la tienda, pusimos los catres y las cobijas, y una mesa con su silla y una máquina de escribir encima. A la seis y media llegó Cecilia Rosique, una compañera egresada de la Facultad de Medicina, residente del Hospital 20 de Noviembre. Nos tomó la presión y nos hizo las preguntas necesarias para empezar una historia clínica. A las siete estábamos sentados los cinco dentro de la tienda de campaña, y otros doce compañeros permanecían alrededor, fuera del perímetro delimitado con un mecate que formaba un rectángulo de unos cuatro por cinco metros.

Dos horas después, serían las nueve de la mañana, llegaron tres policías uniformados diciendo que teníamos que quitarnos de ahí:

“Aquí está prohibido”.

“¿Está prohibido qué?”, preguntamos.

“Es por orden de la superioridad, tienen que quitarse.”

“¿Qué superioridad es esa?”

Era un diálogo sin pies ni cabeza. Un palabrerío absurdo. Al fin los mandamos alegremente al carajo, y se fueron sin mayor resistencia. Ellos mismos no estaban convencidos de lo que decían, ni sabían muy bien para qué los habían mandado.

Empezaron a llegar obreros de Motores y estudiantes de la UNAM: de Ciencias Políticas, de Ciencias, de Economía y de los CCH de Azcapotzalco y Vallejo. Y del Poli: de la ESIA, de ESIME y de Física Matemáticas. En poco rato ya eran más los estudiantes que los obreros. A las once de la mañana unas

La huelga que vivimos
cien personas nos rodeaban en un ambiente ruidoso. No parecía una huelga de hambre sino una fiesta. Martín y Rubén se movían entre los grupos que iban llegando, les explicaban la situación, los motivos de la huelga, y tomaban nota de las organizaciones a las que pertenecían. Algunos traían mantas y pancartas que dejaban instaladas: “Economía apoya la huelga de Motores”, “Ciencias ¡presente!”, y muchas otras, yo puse mi cartelito: “Luchamos por la justicia”.

Un grupo de funcionarios con cara de guaruras, o mejor dicho, “porros” de traje y corbata, querían parlamentar (esa palabra usaron) con los dirigentes. Pablo Alcalde conocía a uno de ellos. Se saludaron fríamente.

“Usted sabe que no pueden estar aquí, licenciado.”

“¡Por favor, señores!”, contestó Pablo, “ustedes deberían saber mejor que nadie que tenemos todo el derecho de reunirnos y manifestar nuestras ideas de manera libre y pacífica. Además estamos ejerciendo nuestro derecho de petición. Son derechos constitucionales, colegas, ¿quieren que les lea la Constitución?”

El diálogo fue áspero y duró unos minutos, luego se fueron con ademanes de machos ofendidos.

A las doce los miembros del comité que no estaban en la huelga subieron a la oficina del presidente de la Junta a entregarle un documento que exponía las razones de la huelga y después también lo entregaron en la Secretaría del Trabajo. Planteaba tres demandas:

- 1) Cárcel a los asesinos de Ricardo Moisés.
- 2) Recuento para ratificar la legalidad de la huelga.
- 3) Desconocimiento de todos los despidos.

La primera noche sería una prueba. Tuvimos una guardia fuerte, de unas cincuenta personas, lo que nos daba cierta tranquilidad, pero no borraba el temor de que mandaran golpeadores a desalojarnos. No hubo nada; una patrulla pasaba con cierta regularidad, se detenía unos segundos y se iba. Pasamos bien esa primera noche. En la segunda la guardia era todavía más grande. A pesar de que llovió, nos mantuvimos animosos; había café para todos. Para nosotros agua dulce. La lluvia era mansa, como un chipi chipi, pero hizo que la noche fuera fría, y aún más la madrugada. Un perro callejero, amarillo y flaco, se acercó, confiado, a calentarse entre nosotros. Impedí que lo corrieran. Yo me envolví en mi cobija roja de cuadros, y aun así titiritaba. Pablo me abrazó, se veía preocupado. La patrulla se daba sus vueltas pero ese día no hubo provocación ni amago de ningún tipo.

El tercer día me sentía débil. Tres días sin comer era algo nuevo para mí... y para todos. El hambre que sentía no era como la que uno siente cuando dice "tengo hambre" y vas y te zampas una torta. Ésta era como un hueco doloroso, a ratos un mareo, y una debilidad que me mantenía tirada en el catre. Pero también estaba alegre, o algo así, porque nuestro ayuno estaba logrando hacernos visibles, sacudir la apatía de la gente de la calle, romper el silencio de la prensa. Todo el tiempo llegaban grupos de estudiantes, de obreros de otras fábricas, de abogados, de gente que nada más iba a decirnos que nos cuidáramos, que nos apoyaban, y nos veían con ojos cálidos, preocupados a veces. Nunca me sentí tan abrazada por tanta gente.

Recibimos cartas y telegramas de sindicatos de Canadá y Estados Unidos, y de organizaciones de muchos

La huelga que vivimos
otros lados. Eso era padre. Recuerdo mensajes de estudiantes de Japón, de Italia, de Suecia, de Alemania Occidental, de varios países latinoamericanos: Uruguay, Brasil, Costa Rica... En los periódicos nacionales se hablaba de nosotros, no sólo de la huelga de hambre y el asunto laboral, sino del asesinato y de la probable responsabilidad de la policía judicial y de la empresa. Todo eso era muy padre. Estábamos rompiendo el cerco.

Al cuarto día llegó mi mamá. Yo le había pedido que no fuera, pero claro que no me hizo caso. “Ya no aguantaba”, dijo, “necesitaba verte”. Se lo agradecí y lloré, y se quedó conmigo, con cara triste, toda la mañana. Ese, como muchos otros días después, se la pasó peinándome y trenzándome la trenza. En la tarde le supliqué que se fuera. Si se quedaba ahí se iba a poner mala. Ella hubiera querido simplemente agarrarme de la mano y llevarme a jalones de regreso a casa, como se hace con una niña caprichuda. No supo qué decir para convencerme de que abandonara el ayuno. “¡Ay mihijita!”, decía, me acariciaba la mano y no me la soltaba. Quise llorar otra vez, pero me aguanté. Aceptó irse y Martín la acompañó hasta la casa, pero dijo que volvería todos los días, quisiera yo o no quisiera. Y así lo hizo. La veía muy triste, y yo me sentía muy culpable pero estaba atrapada, ya no podía darle gusto como tantas veces hice. Martín fue muy importante para que no se desplomara. Él le juró que me forzaría a dejar el ayuno mucho antes de que corriera un verdadero peligro para mi salud. Ella lo agarraba del brazo y se apoyaba en él. ¡Mi mamá!

Caen los asesinos

El quinto día de la huelga de hambre nos enteramos que dos

agentes judiciales habían sido encarcelados por su participación en el asesinato. Lo festejamos como un triunfo. Un triunfo triste porque recordamos que estábamos ahí porque Moisés ya no estaba con nosotros, ya no estaría para festejar ni para lamentar nada. Las fotos de los detenidos aparecieron en la prensa y los reconocimos, los habíamos visto muchas veces merodeando la fábrica. Uno de ellos acompañaba a Virgilio Lima todo el tiempo. Rubén recordó al otro que ahora sabíamos se llamaba Juan Mena alias El Burro: fue el que un día provocó abiertamente a los de la guardia y estuvo a punto de desatarse una bronquísima de muerte. Yo tenía su cara muy presente: tenía ojos de loco, te miraba como si estuviera a punto de saltarte encima. Otros lo recordaron también. Ahora estaba en la cárcel. Habíamos logrado al menos eso.

Ese día se integró a la huelga un compañero de la Tendencia Democrática del SUTERM, el sindicato electricista. Esto fue muy importante para nosotros, y para el movimiento. Importantísimo. Porque desde hacía cuatro años los electricistas eran el centro de la insurgencia sindical. Ellos habían empezado las grandes manifestaciones obreras en 1971 y seguían siendo el contingente más... más grande... más emblemático... algo así... No sé cómo decirlo: eran como el hermano mayor que necesitas que esté contigo. Aunque en los días de la huelga de hambre la Tendencia estaba viviendo un mal momento, sufrían un nuevo embate, la represión se les venía encima. Por eso para ellos también importaba Motores, que en esos momentos era el centro de atención, y ellos estaban preparando una nueva movilización nacional, la llamaban una “nueva jornada por la democracia sindical”.

La huelga que vivimos

A la semana de la huelga de hambre hicimos un mitin en la explanada de la Junta. Guardo un volante de esos días:

La ayuda más potente dada a nuestra huelga de hambre, ha sido el paro de dos horas realizada por los sindicatos de trabajadores y maestros de la UNAM, que junto con los estudiantes paralizaron la Universidad (...) Un paro que fue acompañado por 142 mítines que reunieron a todos los paristas y en cada uno de los cuales hablaron nuestros compañeros (...) A los 7 días de la huelga de hambre, las mujeres tomaron el 5° piso de la Secretaría del Trabajo y se realizó un mitin en el campamento al que asistieron mil compañeros. Cerca de 40 organizaciones sindicales y populares dieron su solidaridad, que terminó con una marcha hasta la Secretaría que tomó por sorpresa a la policía y que no pudieron impedir. Ese mismo día en varios países europeos y en Canadá se realizaron actos de apoyo a nuestra lucha, y en provincia hubo varios mítines (...)

Fue un mitin padre. No sé si fueron mil los asistentes como dice el volante, soy pésima para calcular. También había muchos policías. Dos camiones de granaderos vigilaban, estaban estacionados a una cuadra de ahí. Vivíamos nuestro mejor momento. Nos sentíamos fuertes y confiábamos en una solución rápida. Habló Martín. Habló Cipriano Duarte, que llevaba el brazo en cabestrillo y tenía la cara amoratada. Habló Pablo Alcalde a nombre de los ayunantes, sólo dijo unas cuantas frases que fueron recibidas con grandes ovaciones. Hablaron dos estudiantes, sus discursos fueron muy emotivos, uno de ellos casi me hizo llorar... el mismo casi lloraba cuando relató los crímenes del 2 de octubre del 68 y el 10 de junio del 71; habló de las “muertes fértiles”, no olvido la frase, “de nuestros guerrilleros olvidados”, y finalmente del asesinato del líder sindical Ricardo Moisés, a

quien, dijo, “lo tenemos presente y siempre lo honramos con nuestros actos”, y ahí ya no pude aguantarme y lloré.

El orador de la Tendencia Democrática del SU-TERM, un compañero chiapaneco de nombre Humberto Gordillo, nos llevaba, dijo, “la solidaridad de un gremio que tiene cuatro años luchando por sus derechos. Nos han atacado con todo, y hemos logrado sobrevivir. Ahora nuevamente quieren aplastarnos, pero tampoco ahora lo van a lograr, actos como éste, advierten a nuestros enemigos que no estamos solos”.

Habló Villalba, del FAT. Con su acento norteco y su buen humor, entusiasmó a los asistentes.

Habló un ferrocarrilero que nos recordó la primavera sindical del 58.

Habló un obrero de Textiles Morelos.

Subió a dar un saludo una trabajadora de Medalla de Oro, una fábrica de camisas que hizo una larga caravana desde Monterrey.

A cada uno lo recibían con júbilo. Era la imagen de un poderoso movimiento obrero. La detención de los asesinos de Moisés era consecuencia de la presión que ejercíamos. No podían ignorarnos.

El mitin terminó a las cuatro de la tarde. La multitud se fue dispersando.

La batalla de las motos

A las siete empezaba a oscurecer y ya sólo quedábamos los huelguistas de hambre y la guardia de la noche. Los granaderos seguían a la vista, y llegó un estruendoso escuadrón de motociclistas. Recorrió las calles aledañas en doble fila.

La huelga que vivimos

Daban vueltas una y otra vez con todo el estruendo de sus motores. Después pasaron más cerca, a la orilla de la banqueta, y amagaron con embestirnos. Había una gran tensión. El ruido de treinta motos crea una atmósfera terrorífica. Hicieron una fila enfrente de nosotros. Los motociclistas llevaban lentes oscuros aunque no había sol. No era fácil mantener la calma. Yo tenía frío.

Regresaron algunos compañeros que habían participado en el mitin y se sumaron a la guardia nocturna. Formaron una valla compacta entre las motos y nosotros. Quién sabe de dónde sacaron los tubos y palos que traían algunos. Estaban listos para recibir el ataque. Les habían picado la cresta. Parecía alistarse una batalla medieval. Los motociclistas aceleraban sus máquinas y las frenaban. Pero fueron los obreros los que dieron pasos adelante acercándoseles a no más de dos metros, desafiándolos a gritos.

“¡Órale ojetes, qué chingados esperan!”

“Péguenseles, carnales, acérquense más para que no puedan acelerar sus pinches motos”, gritaba Rubén, ya no le veía cara de niño, se había convertido en el comandante de los nuestros.

“¡Órale cabrones!, ¡éntrenle!”

Estaban regresando muchos de los estudiantes que habían estado en el mitin, y el grupo entre las motos y nosotros, se hacía más compacto. Rubén entendía que cuando atacaran, mientras más cerca estuvieran más fácil sería derribarlos.

“Tenía que ser una pelea en corto”. Explicó después. “Ellos tenían las motos, pero los nuestros eran un chingo”.

Los motociclistas se quedaban quietos. Los nuestros se acercaban paso a paso. El choque estaba a punto. Pen-

sé que el primer golpe vendría de nuestro lado. En ese momento creía que íbamos a ganar la batalla. Ellos esperan la orden y parecían ansiosos de soltar sus bestias sobre nosotros. Martín y Pablo se acercaron a la primera fila queriendo evitar el choque. “¡Calma, calma, calma!”, gritaban inútilmente. Nadie los oía entre el ruido de las máquinas y las voces calientes de los nuestros, pero se les veía levantando los brazos, dando la espalda a los policías, como si quisieran detener la ola que se estaba formando.

Yo estaba paralizada y tenía la cara caliente. No sé qué era: miedo o ansias de que empezaran los golpes de una vez, aprehensión, o no sé qué... ya no me sentía débil ni me acordaba del hambre de una semana... necesitaba moverme... empecé a gritar: “¡no nos moverán!”, los que estaban a mi lado siguieron la canción que venía desde la guerra civil española: “igual que el pino junto a la ribera/ ¡no nos moverán!”

“¡Y la policía!”, se desgañitaba uno.

“¡No nos moverá!”, contestábamos siguiendo la tonada.

“¡Y la policía!”, gritaba.

“¡No nos moverá!”, y cantábamos: “¡igual que el pino junto a la ribera/ no nos moverá”

Estudiantes desbalagados seguían llegando. Cantábamos y cantábamos emocionados, sintiéndonos más fuerte, por los que llegaban, y por nuestras propias voces que aumentaban el volumen.

“¡Y la pinches motos!/ No nos moverán/ ¡Y las pinches motos!/ No nos moverán... Igual que el pino junto a la ribera...”

Y al fin las motos aceleraron, y empezaron a moverse, pero no para embestirnos, sino para dar la vuelta y retirarse. Explotamos en júbilo.

La huelga que vivimos

Los motociclistas desaparecieron. Los granaderos también desaparecieron. ¿Querían desalojarnos y eligieron un mal momento? ¿Pensaban que saldríamos corriendo de miedo? ¿Querían dejar un mensaje, una amenaza? ¿Menospreciaron nuestra fuerza y pensaron que con el pasar las motos provocarían una desbandada? Quién sabe. Quizá sólo estaban tanteando, “midiéndole el agua a los tamales”, como dijo Cipriano. “O a los camotes”, como corrigió Rubén. Para nosotros fue una victoria que nos llenó de ánimo. La escaramuza de las motos fue el colofón perfecto para el mitin. Me sentía como nueva. No me dolía nada. Sentía la cara caliente, pero eso no me molestaba, al contrario, era como sentir la alegría. Después de tanta excitación pude dormir esa noche. Aunque el día siguiente tenía un fuerte dolor de panza.

La noche de las sombras

Al décimo día los ayunantes teníamos distintas molestias. Yo sentía una debilidad que se confundía con un sueño imparable, y de repente tenía calambres en el estómago. Pablo se quejaba de dolores en las articulaciones. Romualdo y Nemorio tenían los mismos síntomas: dolores de cabeza y calambres en la región abdominal. Benito dormía todo el tiempo, cuando estaba despierto tenía una mirada huidiza.

Mi mamá no se quitaba de mi lado durante el día, y mi papá por primera vez estuvo ahí, horas, conmigo. Los dos sufrían mucho. Ese día se incorporaron otros tres ayunantes: Rosario, estudiante de la Facultad de Ciencias, Jesús, maestro de La Normal, y Armando, campesino de Xoxocotla, Morelos.

Políticamente la huelga seguía produciendo cosas positivas. La solidaridad crecía. Éramos más visibles que

nunca. Aparecían notas a diario en periódicos nacionales y extranjeros.

El onceavo día se estableció una mesa de diálogo en la Secretaría del Trabajo. Se tratarían solamente los asuntos laborales, pero se informó ex officio que los judiciales detenidos ya estaban confesos: el asesinato de Moisés no quedaría impune, al menos en cuanto a los ejecutores materiales. Por supuesto recibimos la noticia con gusto, aunque no era suficiente, exigiríamos que la justicia llegara a los autores intelectuales, quienes verdaderamente habían causado el crimen.

Había señales buenas, pero también malas. Llegaron amenazas fuertes. Siguieron las que llamamos “Las noches de las sombras”. Fueron dos noches y la pasamos muy mal. La primera fue la peor. Llovía desde la tarde. Hacía frío. Para variar yo temblaba. La guardia se había reducido mucho. A las doce en punto apareció un grupo de Halcones, con palos de kendo, en formación militar. Los vimos acercarse a paso veloz. Nos pusimos de pie, nos despabilamos y nos juntamos en una sola fila para sentirnos menos vulnerables. No llegaron al campamento, sólo pasaron cerca. Permanecemos despiertos el resto de la noche. Yo tenía un miedo tremendo. Media hora después volvieron a pasar. Había dejado de llover. La calle estaba iluminada y rebotaba el brillo en el piso húmedo. Iban vestidos de negro. Martín sacó el megáfono y empezó a dar un discurso, se desgañitaba, como si de ese modo conjurara el ataque. Estaban preparando el desalojo, no con la policía, sino con Los Halcones, el grupo paramilitar que agredió a los estudiantes el 10 de junio del 71 (si no era ese grupo, se le parecía mucho). Después lo presentarían como un enfrentamiento entre bandos enemigos de la propia fábrica. Se oía la voz

La huelga que vivimos
de Martín amplificada con el megáfono; los demás hacíamos ruido golpeando el piso con botes de lámina; con todo ese escándalo queríamos llamar la atención de quien fuera. Pero a esa hora de la madrugada no pasaba ni un alma. Después de un rato desaparecieron, dejaron de pasar, había terminado el episodio. Fue la primera noche de las sombras negras. Lo negro no era el color sino el susto.

El día siguiente dimos la voz de alarma. Contamos lo que había sucedido y pedimos que se fortaleciera urgentemente la guardia nocturna. Llegaron muchos obreros de Motores y estudiantes de varias escuelas, entre estos los del CUEC, la escuela de cine de la UNAM, cargados con todo su equipo. Las cámaras podrían inhibir la represión, pensábamos. Esa noche teníamos una guardia fuerte y no llovía. Cuando se acercaron Los Halcones se apagó el alumbrado público. Por supuesto lo recibimos como una mala señal. Éramos muchos y muy ruidosos. Nos pusimos a cantar otra vez el “No nos moverán” que habíamos ensayado ola tarde de las motocicletas. Los Halcones pasaron varias veces en formación y llevando el ritmo coreando frases incomprensibles. Y nosotros cantábamos con rabia: “igual que el pino junto a la ribera...” El miedo se borró y nuestro canto se convirtió en desafío: “¡no nos moverán!” Casi parecía que buscábamos el enfrentamiento. Estábamos preparados mentalmente. Pensándolo después, en frío, pudo surgir el pretexto que estaban buscando: una pedrada o un botellazo, o hasta un balazo de algún infiltrado. Pero no sucedió. Acabamos exhaustos y contentos. Pero con el temor de que el desalojo se diera cualquier noche que bajáramos la guardia.

En la mañana los compañeros que estaban en la mesa de negociación condicionaron su permanencia a que cesaran

las provocaciones. Las autoridades juraron que no tenían nada que ver y ofrecieron poner una guardia de granaderos. Por supuesto no lo aceptaron. Imagínate si lo iban a aceptar: ¿poner nuestra seguridad en manos de los enemigos! Los nuestros refirieron el apagón de la noche como prueba de que las autoridades eran parte de la provocación. Lo negaron. Prometieron investigar con las autoridades de la ciudad lo que había pasado.

En CENCOS miembros del Comité de Huelga de Motores, acompañados de representantes de otros sindicatos, dieron una conferencia de prensa denunciando las provocaciones de los Halcones, y haciendo responsable al gobierno de lo que sucediera. Enviaron el boletín de prensa a corresponsales extranjeros. No hubo mayor repercusión, pero al menos salió una pequeña nota en *Excélsior*.

Acabaron las noches de sombras.

Siguieron días calmados. Éramos foco de atención. Nos entrevistaron periodistas de las agencias EFE y France Press. Apareció una foto mía en el periódico *Il Corriere della Sera* de Italia. *Ragaza messicana, così giovane e bella, in lo sciopero dei famme*. En broma, los compañeros empezaron a llamarme “la ragazza messicana”. Apareció la noticia en otros periódicos europeos, *Il Manifesto*, *Le Monde*... La presión contra el gobierno iba en aumento. Eso, la atención internacional, creo, evitó la represión que a lo mejor ya habían decidido.

Me vino un bajón físico. Me sentía constantemente mareada. “Estás muy pálida”, me dijo Cecilia, la doctora. Me examinó y la vi preocupada. “Te voy a sacar de la huelga”, dijo. “Ni se te ocurra”, dije. “No estoy tan mal, si los demás aguantan yo también”. “Cada organismo reacciona

La huelga que vivimos de distinta manera...”, empezó a explicar, pero no la dejé seguir. “No quiero dejar la huelga todavía”, dije. “En 24 horas te vuelvo a examinar, y entonces vemos”. Yo me sentía mal, pero no podía aceptar retirarme si los demás no lo hacían. Tenía mucho sueño. Muchísimo sueño.

VIRGILIO

El otro lado de la historia

La huelga de hambre logró que el caso de Motores Xalostoc atrajera la atención de la prensa y no quedara perdido en la nada, y hasta tuvo repercusión internacional, sobre todo en Estados Unidos y Canadá. Con todo ese ruido abortaron la historia judicial, repetida tantas veces, de que las víctimas son los culpables.

La verdad, el libro de Médanos cuenta bien lo sucedido, pero no cuenta, porque no podía saberlo, el otro lado de la historia.

El comandante García, por mal nombre El Loco, quiso hablar conmigo en privado. Me citó en la cantina de la Avenida Cuauhtémoc. Ya estaba ahí cuando llegué. Se veía nervioso, fumaba cigarro tras cigarro. En la mesa había una copa vacía, un plato de botanas intacto y un cenicero repleto de colillas.

“Siéntate”, me ordenó, “necesitaba hablar contigo porque la cosa está de la chingada”.

No supe qué decir, me senté y guardé silencio. Después de prender otro cigarro, darle una chupada fuerte y hacerle una seña al mesero para pedir otro trago, continuó:

“No vamos a salir limpios de ésta.”

“Ya decía yo que no me gustaba nada, comandante”, dije y me miró con curiosidad.

“¿Leíste los pinches periódicos de hoy?”

Negué con la cabeza.

“Varios testigos declaran que reconocieron al chofer del puto camión que mató al muertito y tumbó la puerta de la fábrica, y no tienen duda que era uno de los judiciales que vigilaban la huelga desde días antes.”

“Usted y yo sabemos quién manejaba el camión, comandante...”

“Yo no lo sabía, pero ahora lo sé”, dijo, “fue el pinche Fodongo, tu compañero, por eso quería hablarte”.

“No, comandante, no fue El Fodongo, usted sabe que no fue él.”

“Te digo que fue él, y vamos a tener que sacrificarlo. El jefe está encabronadísimo. El puto señor secretario le pidió que actuara rápido, que entregara al culpable y llevara la investigación hasta el pinche fondo. Vamos a entregarlo, Virgilio, tiene que entender que no tenemos de otra, que lo vamos a sacrificar, ¿estamos?”

“El Fodongo iba en el lugar del copiloto, comandante”.

“Te digo que fue él, y por mis huevos le saco una confesión completa que no deje huecos. No voy a dejar que nos embarre a todos, ese día estaba fuera de servicio y actuó por cuenta propia. Si no lo sabías, ahora ya lo pinche sabes.”

“Se le va a salir de control, comandante, si es cierto que varios testigos reconocieron al chofer, se le va a salir de control, va a complicar las cosas, mejor entregue al culpable y lleve la investigación a fondo, como se lo pidieron.”

Se me quedó viendo. Había vaciado la copa de un solo golpe. Murmuró algo y pidió otro trago. Repitió su ver-

La huelga que vivimos
sión de los hechos. No quería convencerme a mí, sino convencerse a sí mismo de que las cosas cuadraban y todo saldría bien. Seguimos tomando toda la tarde. Cambiábamos de tema pero él volvía una y otra vez a la misma cosa y con las mismas palabras. Al final se me quedó viendo y dijo:

“Los dos estaban fuera de servicio. El Fodongo y El Burro actuaron por sus pinches huevos. ¿Estamos?”

“Como usted diga, comandante.”

Se despidió efusivamente, con abrazos de borracho, me dio las gracias y dijo que había sido muy útil platicar conmigo. No dije más. Sabía que las cosas saldrían mal. Lo supe desde que vi al Burro en aquella primera reunión: toda su vida fue ave de mal agüero.

La huelga de hambre llevaba varios días y la prensa le prestaba atención, sobre todo *Excelsior*. Eso tenía muy nerviosos a los jefes. Había una cosa nueva que antes no había: un periódico que no se alineaba. No era noticia de primera plana, pero varios articulistas se refirieron a la huelga de Motores, hablando de sus causas, de la manera criminal en que habían sido agredidos en las puertas de la fábrica, y de la propia huelga de hambre como recurso extremo y digno. Raúl Prieto, Manuel Pérez Rocha, Javier Peñalosa, Carlos Monsiváis, entre otros, condenaron la represión. Evidentemente tenían información de primera mano. Parece mentira pero esos comentarios hacían mella en los gobernantes ¿eh?, acostumbrados como estaban a una prensa que no hacía otra cosa que adularlos, y si sugerían alguna crítica, ésta era indirecta, comedida, que más parecía pedir perdón que reclamar. Una noticia incómoda se arreglaba con una llamada telefónica del secretario de Gobernación o de la oficina de

prensa de la Presidencia, o del señor procurador, al director del periódico, y el tema desaparecía como por arte de magia.

La verdad, más que las críticas periodísticas les dolía las protestas en otros países; mucho más ¿eh?, y en esos días hubo mítines frente a nuestros consulados en Estados Unidos, Francia, Italia, Alemania y no sé cuántos otros.

De no haber sido por el asesinato de Ricardo Moisés y por la huelga de hambre, y por el ruido fuera del país, todo hubiera quedado en lo de siempre ¿eh?, una huelga más, un fallo de la Junta, un amparo inútil, un montón de despedidos que más tarde o más temprano se rinden y aceptan una liquidación de limosna, y ya... La historia de siempre. Pero la huelga de hambre era una luz roja, la fábrica seguía parada, y el ruido no acababa. Entonces detuvieron al Burro y al Fodongo, hasta los apodos pusieron en el boletín de prensa de la Procu ¿eh?; eso de los apodos lo hacen con los criminales, como si tener apodo fuera prueba adelantada de culpabilidad, muestra de que se trata de gente de la peor calaña.

Los agentes Justo Muñoz, alias El Fodongo, y Juan Mena, alias El Burro, fueron detenidos como presuntos ejecutores del homicidio del dirigente obrero Ricardo Moisés (...) Estos agentes se hallaban en baja por licencia cuando cometieron el ilícito(...)

En conferencia de prensa el Procurador dijo que no se protegería a nadie, que la investigación llegaría al fondo, y no pudo evitar el clásico “caiga quien caiga”, aunque el tono adelantaba que no caería nadie más, y dejaba ver la sospecha de que los presuntos asesinos habían actuado.

La huelga que vivimos

En concierto con grupos radicales interesados en generar una atmósfera de violencia con el afán de politizar asuntos que son estrictamente laborales y que, como tales, deben resolverse en los tribunales competentes mediante los procedimientos normales en el marco estricto de la ley.

Dos días después El Fodongo estaba muerto. Según el escueto parte oficial, *el sujeto había reconocido plenamente su culpabilidad y se había colgado en su celda*. Eso me afectó mucho. Me rompió la madre. El Loco me advirtió que lo iban a sacrificar, pero no creí que pensara en un *siete definitivo*. Más tarde, con gran sigilo, El Burro fue dejado en libertad bajo fianza. Estaba claro que resultaba muy conveniente callar al principal sospechoso y dejar abierta la averiguación para llevarla a donde se les pegara la gana. Es decir, iban a dejar el asesinato impune. Me rompió la madre, me sentí un monigote, tan culpable como ellos, tan cobarde. Había visto otras chingaderas, pero no una maquinación como ésta, de la que yo era parte, y encima, la víctima, Ricardo Moisés, era alguien muy cercano a mí. ¿Si el muerto hubiera sido un desconocido me habría importado menos? Supongo que sí. ¿Me habría afectado tanto? Supongo que no.

Los huelguistas festejaron la detención de los agentes como una gran cosa, como un acto de justicia, como un logro de su lucha. Hablaron de eso en un mitin en la Junta. Pero luego callaron, y dejaron por la paz el asunto de los asesinatos. Habían ganado. Un judicial estaba muerto. Se había hecho justicia. La averiguación seguía abierta. Los obreros de Motores ya no estaban con ganas, y a lo mejor tampoco con fuerzas, para seguir exigiendo que se cumpliera con lo dicho de que la investigación iría hasta el fondo.

Lo del Fodongo no había sido un acto de justicia sino el sacrificio de un chivo expiatorio. Desde luego no se había suicidado, de eso estaba convencido, lo conocía, no tenía las entendederas para ver lo que estaba sucediendo, ni las agallas para quitarse la vida. Pero muerto el culpable se acabó el problema para El Loco y para sus jefes, el procurador y el secretario ya no lo estarían jodiendo.

MONTSE

Aceptable

Contábamos los días. Eran muchos días, 26 para ser exactos. Cecilia, la doctora, quería que dejara el ayuno. Me veía con ojos de muchísima preocupación. Yo estaba mareada todo el día. Mi mamá lloraba quedito. Martín estaba enojado, creo, pero no decía nada. Entonces la comisión negociadora recibió una propuesta de las autoridades y la empresa para solucionar el conflicto.

A los comisionados les parecía aceptable la propuesta, y la llevaron a discutir al campamento de la huelga de hambre. Teníamos dudas. Martín no se opuso, pero señaló que se estaba cediendo algo sustancial. Pablo no quiso opinar. Cipriano quería que aceptáramos pero que consultáramos antes con la asamblea, en lo que, por supuesto, estuvimos todos de acuerdo.

Se hizo la asamblea general esa tarde, ahí mismo, en la explanada de la Junta. Asistieron 260 obreros, registrados con nombre y número del Seguro. Esa formalidad hizo muy tedioso el inicio de la asamblea. Ya se conocía la propuesta y se veían rostros sonrientes, estaba anunciado el resulta-

La huelga que vivimos
do. Cipriano leyó textualmente la propuesta y se aprobó por unanimidad.

Al día siguiente se firmó el acuerdo que daba por terminada la huelga de Motores Xalostoc.

Levantamos la huelga de hambre en un acto muy padre entre miles de obreros y estudiantes coreando a todo volumen frases de triunfo. “¡Poder obrero!”, “¡Poder obrero!”, era la más repetida. Era una victoria, pero una victoria de sabor agridulce. Los términos del acuerdo no eran los que hubiéramos querido, pero eran buenos: los despedidos serían reinstalados, se pagaría el 50% de los salarios caídos y se reconocía al Comité Ejecutivo

Cipriano Duarte era reconocido como Secretario General. Los jóvenes abogados seguirían siendo los asesores. Pero... había un pero... el Comité y los trabajadores estarían dentro del Sindicato Minero. En realidad se creaba una situación frágil, pero se ganaba la supervivencia: los empleos de todos los obreros, que estaban legalmente despedidos, un programa de basificación para los trabajadores eventuales, reconociéndoles parcialmente su antigüedad, y la mitad de los salarios caídos. Nada mal.

El acuerdo ponía a los obreros en un terreno favorable para seguir la lucha adentro de la fábrica. Cipriano y los otros miembros del comité regresarían con mucho apoyo y mucho prestigio entre la base. Además nos permitía suspender la huelga de hambre de manera muy decorosa. Más que decorosa: con sabor a triunfo. Todos estábamos bien, nos recuperaríamos pronto. Ninguno había sufrido daños irreversibles. Yo estaba permanentemente mareada, me dolía la panza y la cabeza, y me invadió un sueño imparable. Debía estar contenta, pero estaba triste.

Leyenda

La Huelga de Motores Xalostoc se convirtió en leyenda. Se habló de ella como ejemplo de la lucha obrera, debido a la difusión que tuvo, a la represión que sufrió, a la banqueta que pasó de la fiesta a la tragedia, al activismo estudiantil, a la alianza íntima entre la fábrica y el barrio, a la huelga de hambre, al eco internacional, a la escaramuza de las motos, a las noches de las sombras, al paro de la universidad, a los mítines inéditos en la Junta y en la Secretaría del Trabajo y, desde luego, al desenlace victorioso. Tanta falta que nos hace cantar nuestras victorias y luego recordarlas. Por todo eso se habló durante largo tiempo de la huelga que vivimos.

Para mucha gente fue una experiencia personal de las que quedan como marca de identidad. Algo así. Fueron sólo dos meses, pero dos meses muy intensos, que marcaron la vida del obrero que tomó la difícil decisión de parar la fábrica, ejerciendo un poder que no sabía que tenía, un poder por encima de los dueños de vidas y haciendas, ejerciendo un derecho que tampoco sabía que tenía, que sufrió la muerte de su líder, que tuvo miedo y pensó que era una dolorosa vuelta a la realidad, pero conservó una mínima esperanza y eso lo mantuvo en el movimiento con todo su miedo y luego saboreó la victoria, o algo muy parecido a la victoria, que no sólo era colectiva sino personal, íntima... Aunque sólo hayan sido dos meses, el obrero que vivió todo eso ya no fue el mismo.

Tampoco es la misma mujer, la obrera, o esposa de obrero, que se amarró las faldas, se puso en primera fila, y habló y dio su opinión. Se puso en primera fila, no atrás sino

La huelga que vivimos junto a su marido o enfrente de él. Y vio a otras mujeres hacer lo mismo.

Desde luego yo tampoco era la misma. Conforme pasaban los días me daba cuenta de que la huelga que viví me había marcado. Me da tristeza y me dan ganas de llorar. Algo me había pasado en la azotea. Me sentía maravillosamente y me dolía la panza. Habíamos querido cruzar el mar a nado. Tenía hambre y ganas de fumar.

Vámonos a casa

El mitin con el que levantamos la huelga de hambre fue de un tamaño que nadie esperaba, nosotros menos que nadie; esperábamos si acaso uno como el de la semana anterior; éste fue mucho más grande. Ahí estuvieron los electricistas de Galván, los ferrocarrileros de Vallejo, los del FAT, casi todos nuestros carnales y carnalas de la Cooperativa, los obreros de Mexicana de Envases (Las hormigas), los de Zapata Hermanos, los de la Liga de Soldadores, los del Sindicato de Panaderos, los de Textiles Morelos y IACSA, que vinieron de Cuernavaca, los de la Ford de Cuautitlán, los de la Refinería de Tula, las de la huelga de Alteza... se me van a olvidar muchas... Trailmovil, Sandak, El Ánfora... Todos agarraban el micrófono y decían dos frases... Venimos de Kraft o de Chiclets Adams y saludamos a nuestros compañeros de Motores... y muchos otros... Sindicato del Calzado, de León... Medalla de Oro...

¿Cómo había sucedido? ¿Cómo habíamos convocado a tanta gente? El movimiento de Motores y el asesinato de Moisés representaban mucho más que el asunto de una fábrica y un crimen. La huelga de hambre había sido el catalizador de elementos que ya estaban ahí.

“La muerte de Moisés era muchas muertes. La huelga de Motores era muchas huelgas”: así lo escribió Martín en su libro, y lo entendí mejor cuando lo vi escrito.

Aquel sábado, al terminar el ayuno, mi mamá estaba tan feliz que ni siquiera podía hablar, nomás me veía, y en sus ojos se adivinaba una emoción casi mística, daba gracias a Dios, se agarraba del brazo de mi papá, que estaba ahí con su gesto impenetrable de siempre, pero igualmente emocionado y contento. Me sentía mareada. Un grupo de compañeros recogía la tienda y todo lo demás del campamento. Martín me abrazó y me dijo:

“Vámonos a casa.”

Para mí fueron palabras muy padre. Les dijimos adiós a mis papás que nos veían con ojos felices. Mi mamá abrazaba la cobija roja a cuadros, que me había traído de la casa y que me acompañó todos esos días. Nos alejábamos cuando mi mamá me alcanzó y me dio la cobija. “Toma”, dijo, “llévatela”.

Nos fuimos juntos, Martín y yo, al departamento nuevo de la Colonia Juárez, y ya no nos separamos. Había sido nuestra boda. Estaba débil y enferma, y pasaba de la euforia a la depresión. Mi convalecencia fue nuestra luna de miel. Una luna agridulce: la huelga, la muerte de Moisés, la huelga de hambre, el mitin final: vida, muerte y resurrección. Algo así.

La historia no ha terminado

Después de una huelga de hambre no estás bien al día siguiente. No se trata de que empiezas a comer y ya. Tienes que cuidarte. Empezar a comer poco a poco. Primero sólo

La huelga que vivimos
licuados y papillas de algunas frutas y verduras. Evitar los cítricos los primeros días. A la semana ya comes casi todo y te sientes casi bien. Esos primeros días fueron de mucho sueño y mucho dormir. Pero además de lo físico, algo me había pasado en la azotea. Estaba lenta, o algo así. Todo me daba flojera. No tenía ganas de pensar. Sólo estaba ahí, esperando... Esperando no sé qué.

Por las noches Martín escribía su libro. *Motores Xalostoc: la gran batalla*. Trabajaba todos los días un rato en la noche, al regreso de la oficina, antes de dormir, yo lo veía desde la cama. De repente me hacía preguntas sobre algún episodio. Y me esforzaba para recordar y contarle lo que había visto. Algunos pasajes estaban en la bruma, me costaba convertirlos en palabras, y a veces me atacaba el llanto, y no podía terminar de contarlos. El asesinato de Moisés simplemente no podía relatarlo, no me salían las palabras, tuvieron que pasar semanas o meses para poder decirlo todo. Tampoco podía hablar del tema oscuro de la violación de Juanita, que era como una cuenta pendiente.

Cuando leí el primer borrador lloré como tonta. Leí las doscientas cuartillas en un día, sin despegar la vista ni un momento. Reconocí mis palabras en muchos pasajes, había tomado mi versión de los hechos. En la primera página estaba mi nombre, el libro estaba dedicado a mí: *A Montserrat Cavani*.

Se publicó en el primer aniversario de la huelga. La primera edición se vendió en unos días, todos los obreros de la fábrica querían un ejemplar, así que tuvieron que hacer una reimpresión luego luego.

Empezaron las malas noticias. A los electricistas los golpearon con mucha fuerza, querían que desapareciera la

Tendencia Democrática. Despidieron a su dirigente, Rafael Galván, y a muchos otros sindicalistas. Fue una provocación. La respuesta fue todavía fuerte. No habían pasado dos meses de la huelga de Motores cuando vimos de nuevo una gran manifestación obrera en las calles céntricas del D.F., simultánea a otras en varias ciudades de provincia. Pero la represión siguió.

Dentro de Motores también cambiaron las cosas. La empresa y el sindicato Minero actuaban sin prisa para desarticular la organización independiente.

Daba la impresión de que los triunfos se esfumaban en el aire. La frase es de Martín. No era exactamente así, pero era la impresión que daba. Martín dijo que haría falta un nuevo capítulo en el libro, y que debería llamarse "La victoria fugitiva". No me gustó la idea, el tema me ponía de mal humor. De todos modos no escribió el tal nuevo capítulo...

Y no hubo segunda edición... El capítulo inconcluso empezaba así: "Quisiera decir que las victorias no se esfuman, que sobreviven en otra parte de otra manera..." Yo prefería recordar el diálogo final de la película *Panaderos*: "Es hermoso haberlo vivido y saber lo que hoy sabemos". Un parlamento claro, llano... sincero. Algo así pienso.

De esa época nos quedan amigos entrañables, escenas padres, palabras y frases que todos recordamos y nos identifican, una sensibilidad compartida, algo equivalente a un tatuaje que tenemos todos los que estuvimos ahí. Como un tatuaje, sí, o algo así parecido. Como un tatuaje.

La historia no había terminado. Sobrevivían dudas sobre los asesinos de Moisés. Un cabo suelto. Una espina que no nos dejaba tranquilos. Porque no se había hecho jus-

La huelga que vivimos
ticia, habían agarrado a los autores materiales pero lo sucedido con ellos estaba todavía en la penumbra. En la versión oficial había contradicciones. Habían cerrado el caso apresuradamente.

MARTIN

Días cargados

Llegó la madrugada en la que instalamos el campamento en la explanada de la Junta de Conciliación y Arbitraje. Los detalles ya los contó Montse. Fueron días intensos con una intensidad de 24 horas. Días sin descanso. No sé cómo decirlo, hay días así, en los que estás consciente cada minuto, no puedes dejar de pensar en lo que está sucediendo, en lo que estás haciendo, en lo que estás dejando de hacer, en lo que puede suceder el próximo minuto. Días cargados.

El resultado de la huelga de hambre fue bueno gracias a muchos factores; no fue factor menor el de la coyuntura política: terminaba el periodo de Echeverría, en el 76 habría elecciones y cambio de presidente, lo que menos quería el gobierno era un escándalo internacional que quitara legitimidad al régimen. Echeverría tenía muy presente el costo político que tuvo que pagar Díaz Ordaz, su antecesor, y él mismo, por la masacre del 2 de octubre en Tlatelolco; lo difícil que fue remar contra el desprestigio adentro y afuera del país. Aunque este movimiento no tenía la magnitud de aquel del 68, podía salirse de las manos y provocar demasiado ruido por algo que podía resolverse mediante concesiones baratas. Creo que ese cálculo evitó la represión, aunque estuvo cerca, y seguramente había quien quería una

solución de mano dura, ejemplar; quien haya sido jugó sus cartas, y quizá estuvo a punto de imponerla. “La noche de las sombras” quizá sólo buscaba intimidar, pero el desfile de las motocicletas estuvo cerca de convertirse en batalla campal de consecuencias funestas... Fueron momentos cruciales: un paso mal dado, un golpe, una chispa, pudo llevar a la confrontación y al desastre. En esos días la presencia de las patrullas de judiciales fue discreta. Recuerdo haber visto a Virgilio Lima en una de las calles aledañas sin hacer alarde de su presencia.

Cuando estábamos levantando el campamento nos sentíamos además de alegres, aliviados, descansados, como si hubiéramos cargado un gran peso continuamente durante esos días, y nos lo quitáramos de encima.

Después del mitin de la euforia que terminaba la huelga, le dije a Montse: “vámonos a casa”. Y nos fuimos al departamento recién rentado. Casi no teníamos muebles: una cama pelona, un baúl viejo de cuero, herencia de mi abuelo, una mesa y cuatro sillas, y una pila de libros. Al día siguiente llevé sus cosas y fueron sus padres a visitarla. (Su padre había ido a verla un solo día al campamento de la huelga de hambre, pero su madre estuvo ahí todo el tiempo.) Fueron más como se va a visitar a una hija enferma que a una recién casada. Nunca vi a mi Montse tan frágil como entonces. Había perdido muchos kilos y tenía el rostro demacrado. Se fue recuperando físicamente día tras día, sin complicaciones ni contratiempos, siguiendo la dieta prescrita de jugos y caldos y licuados. Pero de repente tenía ataques de depresión: ella los llamaba “hoyos negros”.

Vivimos juntos un tiempo cambiante. Apasionado a veces: nos aferramos el uno al otro con desesperación, nos

La huelga que vivimos
aferrábamos al sexo como rito de vida, de sobrevivencia. Adorábamos el encuentro de nuestros cuerpos porque demostraba que estábamos ahí, el uno para el otro, el choque de nuestros cuerpos desnudos produciendo un sonido entrañable. Era la prueba de la necesidad. Nos dábamos algo que era impostergable. Era el presente vivido con urgencia. El presente químicamente puro.

Pero a veces, cuando llegaba de la Editorial, tarde en la noche, cansado de cansancio inofensivo, encontraba a una Montse pensativa, con los ojos rojos, huellas de un llanto que se había gastado durante la tarde, y le contaba tonterías para sacarla del hoyo negro, sin lograrlo del todo, nos quedábamos abrazados medio despiertos callados frente a una televisión que funcionaba mal. Esos eran días de algodones, era el tiempo adormilado que nos conducía a ninguna parte. Un día Montse inventó un rito para terminar ese tiempo paralítico. Recreó una fantasía erótica que había soñado a trozos: Llegué del trabajo un día y encontré un escenario desconocido: había prendido cincuenta velas y tenía preparada su versión personal de la danza de los siete velos, o un *strep tease* en siete tiempos, y como fondo el Bolero de Ravel en una ejecución de gran orquesta, larga y maravillosa, que duraba más de quince minutos, y su cuerpo, frágil todavía, era la ofrenda en una ceremonia de entrega a la vida... con paso suaves recorrió las líneas trazadas con velas que dibujaban un signo desconocido, luego bailó de regreso hacia mí, sin prisa, apagando las velas una a una, y me quitó la camisa, y arqueó su cuerpo frágil, recuperado ya, elástico, bajo la música hipnótica. El Bolero se repetía. Nos amamos de una manera diferente: éramos una Montse desconocida y

un *yo* mudo. Hicimos el amor sin tiempo, con arrebatos que contrastaban con la cadencia de El Bolero, que con su ritmo obstinado nos obligaba a volver al ritmo invariable, exacto, cíclico. Era un punto y aparte. Un final de época para amanecer de nuevo. El festejo de la vida a pesar de todo. Éramos una Montse desconocida y un *yo* mudo. La ejecución de un presente feroz.

Después de la cúspide, ya no era la Montse frágil, sino la Montse desafiante, la que estaba acostumbrada a controlar situaciones, a pelear sin tregua. La Montse a la que amé sin tregua. Tan distinta a mí: ella arrojada y yo tímido. No exactamente. No en los extremos: ella no era tan segura, yo no era tan dudoso, pero esas eran nuestras notas de identidad, a eso jugábamos antes de la huelga de hambre: pero el juego no es juego, lo aparente se sostiene en lo real, la superficie delata el fondo.

Estaba de regreso la otra Montse. La veía de pie en el centro de la sala, desnuda, bellísima, brillante. Ya no era la cachorra herida que suplicaba protección. Su deseo no terminaba en el sexo, era el deseo de vida. Estaba de regreso Montse. Y yo la amaba: ¡Dios mío, cómo la amaba!

Dormimos profundamente la noche de la ceremonia de las cincuenta velas y los siete velos. No me atrevo a definir la felicidad, pero si tiene sentido decirlo, eso fue una punta, un pico de felicidad, una cúspide. Eso fue.

IV

Deshielo

(Emaús)

VIRGILIO

Baja por problemas de salud

El Burro fue juzgado por un delito menor; complicidad en el hecho delictivo. En enero del 76 quedó libre por desvanecimiento de pruebas. Me lo encontré poco después en la Procu. Quiso saludarme efusivamente como si fuéramos viejos camaradas, excombatientes de la misma causa, socios o compinches. Yo fui cortante: ni camaradas, ni veteranos ni nada. Verlo libre y tan campante me cayó como patada de mula. Volví a pensar en Ricardo Moisés y en cómo habían sucedido las cosas. Hasta sentí pena por el idiota del Fodongo, había sido víctima de su tontería y de los asesinos... los mismos asesinos de Ricardo.

En esos meses yo había tenido otras broncas con el comandante García, por mal nombre El Loco, y se negaba a aprobar mi cambio a otra sección. El encuentro con El Burro fue la gota... No podía seguir ahí, había que comer sapos con demasiada frecuencias. Me enfermaba cada tercer día. Sufría males de todo tipo: gastritis, migraña, inexplicables neuropatías, dolores muy intensos en el cuello, en la espalda... los doctores daban sus diagnósticos relacionados con la columna y con el estrés, con la fatiga, con la dieta y con el alcohol. No tomaba mucho pero lo hacía a diario. Necesitaba una copa en la noche, una copa en la tarde, y a veces también en la mañana. "Necesito una copa", era una frase que

me repetía demasiado, y hasta empecé a fumar. Para mí que todo eso era consecuencia de la culpa que no me abandonaba ni un instante, no por la muerte de Ricardo, o no sólo por eso, sino por ser parte de ese mundo en el que la tortura y el abuso era lo normal, el pan de todos los días. Me reprochaba a mí mismo que lo aceptara sin chistar, que siguiera siendo parte de él, que fuera incapaz de negarme a presenciar aquellas fiestas de sádicos...

La verdad, el encuentro con El Burro fue la gota que derramó el vaso. No soporté verme frente al asesino de Ricardo y de El Fodongo y de quién sabe cuántos más; no aguanté ver su sonriente y odiosa cara, y menos el entusiasmo con el que quiso saludarme y hasta abrazarme, fue una patada de mula. ¿Ya era como él? ¿Éramos lo mismo? ¿Era un espejo? Me quedé con el coraje y la vergüenza. Llegué al límite. Renuncié.

Los dictámenes médicos justificaban mi baja por problemas de salud. El comandante García, por mal nombre El Loco, me miró con una mueca que no supe si era de rencor o de burla. Recibí un finiquito muy pobre y me encontré en la calle, con una esposa y una hija que mantener. Estaba paralizado. Luisa me arropó. Me dio el abrazo que necesitaba para sobrevivir. Ella era enfermera, trabajaba horarios largos, todavía no estaba enferma. Me repetía que había ahecho bien en dejar la policía, que eso no era vida, que estuviera contento, que yo no era culpable de nada, que encontraría un camino. Su sueldo no era suficiente, pero no nos ahogáramos.

Me quedaba en la casa sin hacer nada, mirando el techo. Me costó trabajo levantarme de la cama y salir a la calle, cargaba un peso, no me quitaba las imágenes de Ricar-

La huelga que vivimos
do, muerto, y del Burro vivo, sonriente, queriendo darme un abrazo de camarada. Salía a caminar por las mañanas sin saber a dónde iba. Por casualidad vi al Burro saliendo de su casa en un Chevrolet negro. Entonces nosotros vivíamos en Netza, en la Colonia Aurora. La nuestra era una casa a medio construir de una sola planta. La de él tenía dos pisos, y era algo ostentosa. Tenía ventanas de aluminio y dos columnas falsas adornaban la entrada.

Ejecutaron al Burro

Regresé a la casa pensando en la casualidad de haber dado con la casa de El Burro. Ni siquiera sabía que vivía en el barrio.

Luisa ya estaba en la cama. Me desvestí y me acoté junto a ella tratando de no despertarla. Medio despierta me abrazó. Yo estaba sudando. Prolongué el abrazo. Se despa-biló y le hice el amor como pocas veces. Luisa tenía senos grandes. Me hindí en ellos como en un refugio. Yo estaba sudando y ella también. Lloré. Mis lágrimas se confundían con el sudor de ambos. Ella no hizo preguntas. Amanecí con fiebre y estuve delirando toda la mañana. Luisa quería llevarme a la clínica pero me resistí. Al día siguiente estaba de pie. No sé si las cosas sucedieron exactamente como las cuento ahora.

La noticia salió en los periódicos:

COMANDANTE DE LA JUDICIAL EJECUTADO
EN SU PROPIO DOMICILIO

¿Desde cuándo era comandante?

Leí muchos periódicos esos días. Buscaba los rebotes del asesinato de un supuesto comandante de la policía ju-

dicial. Encontré que se reportaban muchos crímenes: asalto con violencia, homicidios, secuestros. Se hablaba de una creciente inseguridad en el país, de una policía incapaz o cómplice. Ahí me nació la idea de crear una empresa que ofreciera servicios de seguridad. Le di muchas vueltas al asunto. No hallaba cómo empezar. Se me ocurrió la extravagante idea de poner un anuncio en el periódico:

AZTECA SERVICIOS DE SEGURIDAD PRIVADA

Atención a edificios, fraccionamientos, empresas

Su seguridad en manos de profesionales

Seriedad y Discreción

En los siguientes días recibí varias llamadas, pero no conseguí nada. Me di cuenta que mis respuestas no eran convincentes. No hay empresa seria en la que el teléfono lo conteste el propio director y no una secretaria.

Empecé a ir a un gimnasio del barrio y ahí conocí a Rosi Molina. Me cayó bien a primera vista. La vi esforzarse tratando de levantar más peso del que podía. Su cuerpo compacto llamaba la atención. Tenía el pelo muy negro y muy corto. Era ágil y se movía con seguridad. Era sencilla en su manera de vestir y amable con todo mundo. En poco tiempo nos hicimos amigos.

Le platiqué mi paso por la judicial y ella me contó su paso por el ejército: la habían dejado darse de baja voluntariamente para evitar un conflicto con un coronel que la acosaba sexualmente. Un General que simplemente buscaba evitar un escándalo, le aconsejó la retirada con un arreglo económico. En ese momento no sabía qué hacer con su vida

La huelga que vivimos
y en las horas que no dedicaba al gimnasio leía novelas románticas y policiacas. Me contagió su gusto por las novelas policiacas. Le hablé de mi intento de crear una agencia de seguridad y le gustó. “Yo te ayudo”, me dijo. Según ella seríamos detectives privados.

Empezamos a trabajar juntos. Era incansable y con su don de gentes consiguió los primeros contratos. Así nació *Azteca*. Los contratos empezaron a llegar en cascada. Pronto tuvimos una empresa próspera.

Además de vigilar edificios, fraccionamientos y fábricas, nos llamaron para intervenir en casos de secuestros. A solicitud de la familia de un empresario actuamos como intermediarios con los secuestradores y tuvimos suerte: el hombre regresó sano y salvo, y nosotros obtuvimos algún prestigio que nos atrajo otros casos. Volvimos a tener suerte pero nos movíamos en un terreno pantanoso y abandonamos esa línea. En buena hora, porque el otro lado de la empresa funcionaba a las mil maravillas.

Así fue como me hice un hombre rico. Mi paso por la huelga de Motores cambió el rumbo de mi vida.

MARTÍN

1992: diecisiete años después

Por razones difíciles de explicar, Virgilio Lima y yo nos hicimos amigos: Él, que había sido policía judicial y nuestro enemigo en la Huelga de Motores Xalostoc, y yo, que odiaba a los policías por los agravios que dejaron contra amigos y compañeros... contra toda mi generación. Los consideraba corruptos, sanguinarios y cínicos; asesinos sin escrúpulos.

Para mí, sin distinciones, todos eran culpables.

17 años después de la huelga me encontré casualmente a Virgilio Lima en un restaurante de la Zona Rosa. No tuvimos un diálogo amistoso, pero había pasado mucho tiempo y mi odio no estaba a flor de piel. Quizá realmente nunca lo estuvo. Es cierto, su figura de agente judicial, su aspecto, su manera de vestirse, sus desplantes, eran detestables, pero su comportamiento ante el asesinato de Ricardo Moisés, la forma en que se acercó a él, y se quedó ahí, a su lado, con pesar... ese solo acto, lo exculpaba. Después de eso no podíamos verlo como uno de los asesinos. Había una diferencia entre él y los otros judiciales. Entonces lo vimos.

De todas maneras ese encuentro casual, como digo, no fue amistoso ni mucho menos, no podía serlo, apenas intercambiamos dos frases frías. Me dijo que se había salido de la policía después de la huelga de Motores, y además insistió en que guardara su tarjeta de presentación. Era director y dueño de una agencia de seguridad privada. Ese encuentro hubiera sido nada más un episodio curioso, pero guardé su tarjeta, y poco tiempo después necesité de sus servicios y le llamé para, sorpresas que da la vida, pedirle ayuda. Me había metido en un lío y estaba recibiendo amenazas de una banda criminal. Todo era consecuencia de una serie de confusiones. Pero confusiones o no, las amenazas iban en serio y no sabía como enfrentarlas. ¿Cómo defenderse de una organización criminal? Recurrir a la policía me parecía ridículo. Pensé entonces que una agencia privada podría ayudarme, sobre todo si estaba dirigida por un ex policía que conocía bien los sótanos del poder, donde se juntan y confunden el crimen organizado y las policías.

La huelga que vivimos

Estaba asustado y le llamé. Nos reunimos para desayunar en un restaurante de la colonia Roma. Él había cambiado muchísimo. Aquel arrogante hombre corpulento de lentes oscuros, se había convertido en un hombre obeso y envejecido. Ya no llevaba la cruz en el pecho, ni el estilo vaquero de antes. Conservaba la esclava de oro blanco en la muñeca izquierda. Vestía un saco sport azul claro y una camisa blanca de cuello abierto. Cuando llegué al restaurante de la cita él era el único parroquiano. Estaba revisando los periódicos desparramados sobre la mesa, flanqueados de una taza de café medio vacía y un cenicero con dos colillas apachurradas. No levantó la cara hasta que estuve enfrente. Me miró por encima de los lentes: una hilera de dientes perfectos iluminó su cara rechoncha. Su actitud fanfarrona no había cambiado mucho. No tenía más de 55 años y sin embargo parecía un anciano, salvo por su dentadura firme y sus ojos vivaces.

Me contó su historia después de la huelga, y su éxito en el negocio de seguridad. Le platiqué el lío en el que estaba metido y dijo que me ayudaría, y lo hizo. No tiene caso contar aquí las peripecias que siguieron, basta con decir que su ayuda fue muy útil, y pude salir del embrollo sano y salvo.

Mientras intentaba salir del pantano en el que estaba, conocí a otro Virgilio. Pensé entonces en remover la memoria de la huelga que vivimos en el 75, y estuvo dispuesto a contarme su versión de los hechos, la misma huelga pero vista desde el otro lado de la banquetta. Su versión ha quedado plasmada en este manuscrito.

A finales de ese año, 1992, Virgilio sufrió un infarto al miocardio. Estuvo muy grave. Cuando fui a verlo al hospital

ya había salido de Terapia Intensiva. Su vida ya no corría peligro. Le quedaba corazón para vivir algunos años más.

De su relato de lo sucedido después de la huelga que vivimos en el 75, de su renuncia a la policía y la crisis personal que vivió, creía entrever que él había sido el verdugo de El Burro. ¿Había hecho justicia por su propia mano? Podía ser, aunque no lo dijo con todas sus palabras me pareció que lo estaba sugiriendo cuando relató que casualmente dio con la casa del Burro, y describió la entrada, lo vio salir. Virgilio acababa de dejar la judicial, pasaba por una depresión, no sabía qué hacer, tenía problemas de salud, estaba desempleado. Odiaba al Buero. ¿Lo odiaba? Representaba el lado oscuro de sí mismo. Era el asesino de Moisés, y el responsable del asesinato-suicidio de El Fodongo. Había sido cómplice de la violación de Juanita, la obrera de Motores. Era un criminal con licencia. No era cualquier asesino, representaba la forma más detestable de la impunidad, la que se oculta en las mismas instituciones que deben prevenir el crimen. Personificaba la impunidad del poder. El Burro era el corazón podrido de la policía. Su impunidad lo convertía en culpable a él mismo, a Virgilio. Ejecutarlo, hacer justicia por su propia mano, era una manera de lavarse, de quitarse una parte de sí mismo, renegar de lo que estaba siendo él mismo, o fue, o estuvo a punto de ser. Por eso creí que sí, que él había matado al Burro. Además estaba el dato de la pistola con la que fue ejecutado, una Beretta calibre 22, como la que él le había comprado en los días de la huelga. Quizá había sido él, pero no me atreví a preguntárselo.

Me imagino a Virgilio saliendo de la casa del Burro, con la pistola en la mano, el cuello de la camisa desabrocha-

La huelga que vivimos
do, sudoroso, caminando sin prisa, huyendo despacio de la escena del crimen, huyendo de sí mismo, de la parte de sí mismo que arrancaba y dejaba atrás.

Lo imagino caminando las calles desiertas, la pistola guardada en la bolsa de la chamarra, llegando a la puerta de su propia casa, quitándose la ropa, guardando la Beretta calibre 22 de diez tiros en el cajón del buró, metiéndose a la cama junto a Luisa.

No logro ver su cara, pero debe estar serio, no contento, no satisfecho, pero tampoco culpable. Lo imagino como el principio de su cura. Lo imagino imaginando a Moisés, que se dirige a él, con una frase vieja, acomodándose los lentes: “¿Qué se te perdió en Xalostoc?”

Así lo imaginé. No me atreví a preguntárselo directamente. Flotaba la duda. ¿Importa? De cualquier manera El Burro había sido ejecutado. Pero sabe distinto que haya sido ejecutado por otros motivos y no como acto de justicia o venganza. Quizá sí importe la mano ejecutora. En fin... esos fueron los hechos.

Cipriano Duarte

Me alegró que Virgilio hubiera superado el infarto. Pude verlo y hablar con él brevemente.

Salí del hospital. Iba distraído pensando en Virgilio Lima cuando alguien se me acercó y dijo mi nombre como dudando. ¿Martín Médanos? Me tomó un segundo ensamblar su timbre de voz con ese rostro redondo y sonriente.

—¡Cipriano! —dije, y nos abrazamos en un impulso espontáneo.

—¡Cuánto tiempo!

—Creo que la última vez que nos vimos fue en el 77...

—Pue que sí, porque yo todavía era Secretario General de Motores.

—Y ¿cómo estás, Cipriano?

—Bueno, qué quieres —dijo—, tengo 60 años y algunos problemas de salud. El pellejo se gasta. Pero no me quejo. Estoy bien, sólo que se me vino la vejez encima.

—No te ves para nada viejo —dije, y era verdad: su rostro ancho, su piel lampiña, y sobre todo su sonrisa eterna, le daban una imagen jovial.

—Estoy bien —repitió— ¿Y tú? ¿Cómo estás? ¿Qué haces? ¿Qué me cuentas de Montse?

—Para tantas preguntas —dije— necesitamos al menos sentarnos un buen rato ante una taza de café.

—Ya hace mucho que no tengo prisa —dijo.

Nos metimos al Sanborns de Avenida Cuauhtémoc dispuestos a gastarnos una hora. Pedimos cervezas y no café, saqué una cajetilla de Del Prado, le ofrecí uno, aceptó.

—Siempre fumas de los mismos —dijo.

—Sí. Al menos en eso no he cambiado.

Le conté vagamente lo que había hecho esos años, sin muchos detalles, y sin entrar en el tema de Virgilio Lima, a quien acababa de ver en el hospital, y gracias a que andaba por ahí se produjo este encuentro. Pero era demasiado complicado explicar mi cercanía con nuestro viejo enemigo, y pensé que sería mejor dejarlo para después. Le pedí que él me contara su historia.

No fue difícil hacerlo hablar de lo que siguió después del 77, año en el que dejé de ir a Motores, o quizá el 78, cuando Montse también se alejó de Xalostoc. Es decir, cuando la

La huelga que vivimos
victoria empezó a mostrarse fugitiva. Cipriano Duarte era todavía Secretario General, y la empresa había tomado la ofensiva:

—Una ofensiva, digamos de cuchillito de palo —empezó Cipriano. Resistimos bastante bien, pero día a día íbamos perdiendo terreno. El primer año despidieron a doce de los mejores cuadros del movimiento. Ellos aceptaron la indemnización que era muy buena. En los años siguientes la cosa siguió más o menos en el mismo tono. En total, en los tres años de mi gestión, echaron a treinta y un compañeros: todos recibieron indemnizaciones muy por encima de lo que correspondía según el contrato. Ellos se iban contentos, la empresa se quedaba más contenta; para ella, lo que se puede comprar resulta barato. No creas que juzgo a los compañeros que se fueron, por supuesto que no; eran mis amigos y siguen siéndolo; eran luchadores y siguen siéndolo en otros lados. Era su derecho, habían cumplido, habían peleado, habían saboreado la victoria, tan difícil, tan trabajosa, tan costosa. El barco navegaba en aguas tranquilas. Les dieron su dinero y ‘adiós que les vaya bien’, quedamos tan amigos. Nosotros, en el comité, alegamos y alegamos para que les dieran las mayores indemnizaciones posibles: los tres meses de salario, los veinte días por año, los doce días de antigüedad por año, las partes proporcionales de vacaciones y aguinaldo, una ‘compensación por buen desempeño’ que nos inventamos, y hasta una ‘ayuda especial por prestaciones sociales’ que nos sacamos de quién sabe dónde.

—La empresa ya era otra, —siguió Cipriano— una muy distinta a la que ustedes conocieron. Había crecido mucho. Tenía una nueva planta. Al menos la mitad de los traba-

jadores eran nuevos; jóvenes que no habían vivido la huelga del 75; algunos habían oído la historia, respetaban a los viejos y miraban con devoción la imagen de Ricardo Moisés, era para ellos una figura mítica; otros no sabían nada y, aparentemente, no les interesaba saber. La otra mitad, los viejos, los que si habían estado en la huelga, conservaban su orgullo, pero tampoco parecían tener muchos ánimos para seguir batallando. Te digo: el barco navegaba en aguas tranquilas.

—Al tercer año se eligió un nuevo comité ejecutivo —siguió Cipriano. Yo podía postularme para un nuevo periodo pero no tenía ni las ganas ni la salud para hacerlo. Además hubiera tenido que enfrentar una campaña del Comité Nacional que apoyaba a un grupo de jóvenes de la planta nueva. Decidí, y así lo pensaron también los demás compañeros, que lo mejor era retirarse, sin dar una batalla que resultaría desgastante y de la que probablemente saldríamos todos raspados; retirarse sin confrontar al nuevo comité nos permitiría conservar autoridad y fuerza para resistir la ofensiva que viniera. Los apoyamos y fue planilla única. Sólo nos guardamos la cartera de Prestaciones. Así que ellos tomaron el poder sin conflicto interno. La verdad, no tengo reclamos que hacerles. El suyo no era un sindicalismo de combate, pero en general eran buenos gestores. Yo estuve todavía un año trabajando, y luego pedí mi retiro y me pagaron una liquidación bastante buena. No me quejo. Ahí terminó el cuento.

—Pero las historias nunca terminan del todo —dijo Cipriano después de una larga pausa y un buen trago de cerveza. Tres años después, muchos de los que estuvimos en el movimiento nos volvimos a encontrar. En 1981 los profes

La huelga que vivimos

de la primaria del barrio decidieron ponerle a la escuela el nombre de Ricardo Moisés, y pusieron una estatua con su figura en la entrada. Nos invitaron el día que la develaron. Ahí fuimos. Ahí nos volvimos a encontrar. Desde entonces la escuela de nuestra colonia lleva el nombre de Ricardo. Es incluso su nombre oficial. Escuela Primaria Federal Ricardo Moisés. Así le pusieron los maestros y los padres de familia de la escuela. Les explicaron quién era y por qué querían que llevara su nombre. Algunos padres recordaban, por supuesto, el movimiento de Motores y la participación de los habitantes de la colonia y los mítines y los festivales. La vida da vuelta, ¡y de qué manera! Te digo que la historia sigue. ¿Sabes quién es el maestro de esa escuela que propuso y promovió ponerle su nombre y hacer una estatua? José Matehuala, el hijo de Matehuala, el de Troqueles, el muchacho aquel que nos acompañaba todo el tiempo cuando hicimos la huelga. Era entonces un adolescente y su papá le dijo que fuera a vernos y estar con los huelguistas, andaba de arriba p'abajo con nosotros todo el tiempo acompañando a las brigadas, cargando el bote para pedir apoyo, repartiendo volantes, haciendo los mandados en la guardia... lo tengo muy presente. Y el muchacho presencié el asesinato de Ricardo. Él mismo me lo contó el día que fuimos a la escuela; se le salieron las lágrimas; me dijo que nunca olvidó la imagen de Ricardo con los brazos abiertos frente a la puerta, y la mía, a su lado, y la de los otros, y el camión con los esquiroles y todo lo demás, lo que tú sabes, y lo que yo sé... Pues ese chamaco estudió en la Normal y se hizo maestro, y estuvo en la lucha del magisterio que se rebeló contra el charro Jonguitud Barrios, y ya como profe volvió a ser brigadista, acompañó

a los maestros de Oaxaca y Chiapas que hicieron plantones en el centro de la ciudad. Esos maestros sureños no conocían la ciudad, no sabían subirse al metro y agarrar camiones, y los de aquí, jóvenes como Matehuala, los acompañaban. Él más que ningún otro, tenía experiencia en eso de brigadear y repartir volantes. ¿Cómo ves? Por eso te digo que la vida da vueltas ¿no? ¡Y de qué manera!

—Bueno—siguió Cipriano hablando con el viejo entusiasmo que le conocía—, a la ceremonia asistieron no menos de cien compañeros de los de entonces. Fue una ceremonia fantástica. Lástima que no hayan ido Montse y tú. Tenían que haber estado ahí. El Licenciado Pablo Alcalde sí fue. Desfiló la escolta de los niños; hicieron los honores a la bandera y cantaron el Himno Nacional dirigidos por una maestra a la que yo conozco, la maestra de sexto, que le dio clases a mi hijo Cipriano. Nosotros estábamos callados viendo todo eso y, pa qué más que la verdad, aguantándonos las ganas de llorar...

Dio un largo trago a la cerveza y me pidió otro cigarro... y con todo no pudo evitar que se le quebrara la voz y le asomaran las lágrimas.

—Después nos volvimos a encontrar otras veces —siguió ya recuperado del amago de llanto. Muchos de ellos tenían empleos gracias a sindicatos independientes de los que nos acompañaron en la huelga, y en sus nuevas chambas siguieron de activistas, porque esa querencia, ¿sabes?, ya no se quita. Por cierto, Martín, todos guardamos tu libro como una reliquia.

—Pero mi libro está incompleto —dije, pensando en que no estaba todo lo que ahora me platicaba Cipriano.

— Bueno — dijo —, yo voy creyendo que todos los libros de historia están incompletos, porque las cosas siguen y dan vueltas. Nunca termina.

— Es cierto — dije.

Nos despedimos con la promesa de que nos veríamos de nuevo, y que nos reuniríamos con otros compañeros.

Me quedé pensando que debería escribir otros dos capítulos, y no uno. El primero podía llamarse: “La victoria fugitiva”, y el otro con un título parecido: “La derrota fugitiva”. Ese encuentro con Cipriano me removi6 muchas cosas. Al final no escribí esos capítulos, pero escribiría una novela.

Virgilio se recuperaba. Me había encontrado a Cipriano. La tarde era agradable. El tráfico estaba tranquilo en Avenida Cuauhtémoc. Caminaba sin saber bien a bien a dónde iba.

EPÍLOGO

Cuando Virgilio salió del hospital y estuvo completamente recuperado me atreví a preguntarle directamente si había sido él quien había ejecutado al Burro. Me describió la escena sin usar palabras de más, sin emoción alguna, con un gesto neutro:

— Esa noche volví y toqué el timbre. No tenía un plan. Llevaba la Beretta cargada en la bolsa de la chamarra. Me abrió él mismo con un gesto de sorpresa, me dejó pasar. Estábamos parados uno frente a otro en la mitad de la sala. Sus muebles eran lujosos. Dijo muchas palabras pero no recuerdo ninguna. Saqué la pistola y le disparé al pecho cuatro veces a dos metros de distancia. Di media vuelta y salí. No vi a nadie en la calle. Nadie me vio. Caminé sin ningún rumbo y sin ninguna prisa.

Virgilio y yo nos seguimos viendo. Hablamos de muchas cosas y tomamos café. Él dejó de fumar y de tomar por prescripción médica. Yo, ni una cosa ni la otra.

Francisco Pérez Arce Ibarra

(Tepic, Nayarit, 1948)

Estudió economía en la UNAM, en la que también fue profesor. Actualmente es investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Ha publicado las novelas *La Blanca* (1987), *Dios nunca muere* (1992), *El día de la virgen* (1994) y *Hotel Balmori* (2004); y los libros de ensayo y crónica *A muchas voces* (1988) y *1994, el año que nos persigue* (1995).

Queda prohibida su venta.
Distribución gratuita.

Todos los derechos reservados.
Octubre 2016.